ITINERARIO ESPIRITUAL   
DEL BEATO EUGENIO DE MAZENOD

Frascati 1988

Quaderni di Vermicino, 18 Versión castellana  
por los PP. Felix Erviti y Acacio Valbuena

# I. EL FUNDADOR EN LOS DIEZ PRIMEROS AÑOS DE LA CONGREGACION (1815-1825)

A. La gracia de la fundación y su primer desarrollo

B. Aspectos característicos del proyecto del Fundador

C. Las cruces

D. Curiosidades

## A. La Gracia de la Fundación y su primer desarrollo

El Fundador siempre ha escrito y dicho que la decisión de fundar la Congregación está ligada a una gracia especial. Conocemos su carta del 23 de octubre de 1815 a Forbin- Janson:

“...Me pregunto a mí mismo, cómo yo, que hasta ahora no había podido determinarme a tomar un partido, sobre ese punto, de pronto me encuentro haber puesto en marcha esta máquina, haberme comprometido a sacrificar mi descanso y arriesgar mi fortuna para realizar un establecimiento cuyo valor preveía, pero hacia el que sólo sentía un atractivo combatido por otros designios diametralmente opuestos. Es un problema para mí y es la segunda vez en mi vida que me veo tomando una resolución de las más serias como movido por una fuerte y extraña sacudida...”

(carta n° 5)

Decisión debida a una gracia, pero también a circunstancias humanas. En efecto, después de la restauración monárquica, la Asociación de la juventud de Aix se desarrolla mucho. Eugenio se encontrará ante dos nudos que deshacer. Por una parte, la necesidad de un local disponible y de unos colaboradores, y por otra, Forbin-Janson que le anima y le empuja para que vaya a París, para formar parte de los Misioneros de Francia.

Se ve obligado, por eso, a tomar una decisión para justificar una eventual negativa. Muchas cartas y los apuntes tomados en sus ejercicios espirituales, entre 1815 y 1825, nos hacen comprender cómo, ciertamente, ha sacrificado su tranquilidad y arriesgado sus bienes para fundar y consolidar la frágil institución de sacerdotes diocesanos, llamados Misioneros de Provenza; institución que, a los diez años, vendrá a ser la Congregación de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada; Sociedad de derecho pontificio, trabajando en diversas diócesis del sur de Francia.

La perspectiva del impulso inicial y de la progresiva expansión provienen de esta “fuerte sacudida extraña”, que sigue inspirando y guiando el celo del intrépido y ardiente misionero. Al mismo tiempo, él será también el hombre de inteligencia y de voluntad que, una vez emprendido un camino, lo recorrerá, con decisión y perseverancia, hasta lograr la meta.

Por lo tanto, gracia y circunstancias, pero también ideas claras y voluntad firme de un líder, hecho para dirigir, y de un hombre de Dios, llamado a ayudar a los pobres y salvar a los pecadores.

El desarrollo de la Congregación es lento, pero continuo: siete sacerdotes y nueve novicios en 1818; once sacerdotes y catorce novicios en 1821; quince sacerdotes y quince novicios y escolásticos en 1826.

El Fundador, en 1814-1815, dispone de una sola casa religiosa, pero la Congregación contará con cuatro en 1825: Aix (1815-1816), el santuario de Ntra Sra de Laus (1819), el Calvario de Marsella (1821) y Nimes (1825).

## B. Aspectos característicos del proyecto del Fundador

El punto principal sobre el cual el Fundador ha estado siempre vigilante desde el comienzo, y que ha puesto a la Congregación en condiciones de empezar del mejor modo su camino y de ejercer un influjo beneficioso en la renovación espiritual de Provenza, se ha caracterizado por el empeño puesto y mantenido en la realización de los dos fines principales del Instituto: las misiones populares y la santificación de los miembros mediante la vida religiosa.

**Las misiones populares**: El Fundador ha querido, desde el inicio de la Congregación, un solo fin externo: predicar la palabra de Dios al pueblo, por el ministerio de las misiones. Esta tarea, querida y buscada, distingue al P. de Mazenod de los demás fundadores franceses de después de la revolución. Había que rehacerlo todo.

Muchos han querido incluir en sus Institutos a sacerdotes, hermanos, hermanas y laicos, dispuestos a hacer frente a todas las necesidades: enseñanza, pastoral, obras de misericordia, etc.

Así surgieron: la Congregación de San Pedro, de los Hermanos La Mennais, la Congregación del P. Chaminade, en Burdeos; la Congregación del Sagrado Corazón de Picpus; la Congregación del P. Colin, en Lyon; del P. Moreau en El Mans y la del Bienvenido Noalles en Burdeos. Este último funda una asociación con sacerdotes, hermanos y hermanas, dividida en nueve ramas, a las cuales agrega seglares.

El Fundador, en cambio, habla solo de sacerdotes. Por eso no alude, al principio, a los hermanos laicos, y sobre todo, no habla de hermanas. Su corazón está abierto y orientado a una sola obra, la de las misiones populares. Desde ese supuesto, una cosa tras otra, pero actuando en profundidad, por medio de la perseverancia.

El P. de Mazenod y sus primeros compañeros siempre se mantuvieron fieles a su primer objetivo: las misiones populares en la campaña par encender el rescoldo de la fe entre la gente. A pesar del número limitado de Padres, se predicaron cincuenta misiones, de cuatro a cinco semanas, en los diez primeros años. Las cartas del Fundador de este período cuentan muchas particularidades de estas misiones.

Ellas constituyen el tema principal de su correspondencia con los Oblatos. Sus misioneros se han mantenido siempre fieles a esa obra. Las misiones populares son casi el único trabajo, el título de orgullo de los Oblatos de Francia hasta 1861. El Fundador ha insistido tanto sobre este punto que se lo reprocharán más tarde cuando, por diversas razones, acepte otros ministerios a título excepcional.

Todo esto viene a demostrar su realismo y su sentido de la medida. Su celo le hace vislumbrar otros fines, otras cosas que poner en movimiento para la gloria de Dios y la salvación de las almas, como:

• el suplir las órdenes religiosas desaparecidas durante la revolución.

• la formación del clero.

“En los comienzos, escribe en la Regla, a causa de su inexperiencia, los misioneros podrán arreglárselas sólo indirectamente para eliminar esa plaga con sus consejos, sus oraciones y su buen ejemplo; pero pronto, si Dios quiere, atacarán frontalmente los vicios y entrarán a hierro y fuego contra ese tumor vergonzoso que lo devora todo en la Iglesia de Cristo”.

• las misiones extranjeras. Escribe también:

“Los Oblatos…están llamados e invitados a ser los cooperadores del Salvador y los corredentores del género humano. Ellos, de momento, en razón de su pequeño número y de las necesidades urgentes de las poblaciones vecinas, deberán limitar su celo a los pobres de la campaña; su ambición, sin embargo, debe estar llena de santos deseos y debe extenderse a la inmensidad de la tierra”.

Todo esto será efectivamente puesto en marcha en su momento oportuno por el Fundador, y todo comenzará a florecer, del mejor modo, en la vida de sus Oblatos.

**El otro fin**: **la santificación de los misioneros**, por medio de la vida religiosa comunitaria.

El Fundador es clarísimo, desde el principio, sobre este punto:

• No sigue a Forbin-Janson en París, porque no está de acuerdo con él sobre este particular. Los Misioneros de Francia son sacerdotes del clero secular, siempre en movimiento. El Fundador no ha tenido mucha estima por el clero diocesano.

En el Prefacio de la Regla se lo acusa de todos los males de la Iglesia. En todas sus cartas a la Propagación de la Fe no simpatiza en absoluto con los sacerdotes libres que van a las misiones extranjeras más por interés que por celo, etc.

• Afirma este principio en el primer reglamento del 25 de enero de 1816, dirigido a los vicarios capitulares de Aix: quiere una comunidad casi religiosa.

• Habla clarísimamente al P. Tempier en su primera carta. Escribe el 15 de noviembre de 1815:

“Cuento con Ud mucho más que conmigo mismo para la regularidad de una casa que, en mi idea y en mis esperanzas, debe reproducir la perfección de los primeros discípulos de los Apóstoles. Pongo mucho más mis esperanzas apostólicas en esto que en los discursos elocuentes que jamás han convertido a nadie”.

Y el 23 de diciembre prosigue*:*

“si solo se tratara de ir a predicar más o menos bien la palabra de Dios, mezclada con mucho interés humano; si se tratara de ganar almas para Dios, sin preocuparse por ser más nosotros mismos: hombres interiores, hombres verdaderamente apostólicos, creo que no sería difícil reemplazaros...pero, créame, no deseo tener a mi disposición esa clase de mercancía”.

• El jueves santo de 1816, los PP de Mazenod y Tempier emiten el voto de obediencia. Escribe el Fundador*:*

“Toda la noche saboreamos nuestra dicha en presencia de Ntro Señor presente en la Eucaristía...Pedimos a ese divino Maestro que bendiga nuestra obra, guíe a nuestros compañeros actuales y futuros para que puedan comprender el valor de la oblación de nosotros mismos, hecha a Dios con la voluntad de servirlo y con el deseo de consagrar la propia vida a propagar el Evangelio y a convertir almas”

(Memorias, cf. Rambert I, pag. 187-188).

• El Fundador consigue hacer aceptar a los suyos los votos de obediencia y de castidad, durante el retiro de octubre de 1818, y el de pobreza en el de 1821. Puntualiza, sin embargo, una cosa: la vida religiosa sólo es real si se la asume y vive intensamente mediante un buen noviciado. Esta ha sido una de sus principales preocupaciones, durante este período de los primeros años de la Congregación.

**El Noviciado**: No existe vida religiosa sin haber hecho un buen noviciado. ¡Cuántas atenciones, cuantas preocupaciones dolorosas, en el corazón del Fundador, para convencer a sus primeros colaboradores, para admitir y educar, encaminar o despedir, a los candidatos que llamaban a las puertas del Instituto!

Entran a formar parte del Instituto, durante este período, 68 candidatos, 37 de los cuales abandonan, un 55 por ciento.

Durante su estancia en Roma (1825-26) el P. de Mazenod toma, en relación a sus Oblatos, decisiones muy precisas y drásticas, sobre la elección y formación a impartir de una manera mucho más rígida. Escribe al P. Tempier el 26 de noviembre de 1825*:*

“El noviciado no está montado a mi gusto. Es una desgracia que sea así. Es absolutamente necesario que solo estén como novicios, entre nosotros, aquellos que quieran y sepan serlo verdaderamente; que sean conocedores, es decir, conscientes, que estar en el noviciado es una verdadera gracia de Dios; es necesario, por tanto, poder contar con su buena voluntad.   
Todo cuanto he observado en mis viajes no se parece en nada al modo de comportarse de nuestros novicios. ¡Qué modestia, qué sumisión y qué piedad he visto al pasar por Turín, por Génova, por Viterbo! En todos estos lugares cuántos pecados de envidia no habré hecho, o por lo menos, cuánto no habré suspirado en pos de la dicha de ver establecido entre nosotros ese mismo espíritu.  
Si no queremos andar de mal en peor es urgente preparar el futuro. Es necesario tener un noviciado que sea verdaderamente así, en el que los sujetos sean formados con mano maestra, de donde salgan llenos de virtud, prontos a la obediencia, llenos de adhesión y respeto a la Santa Regla y a cuanto ella prescribe.  
Lo repetiré hasta la saciedad; tenemos una amalgama informe que nos ofrece pocas esperanzas de futuro, si miramos a los resultados obtenidos, tan poco satisfactorios.”

En todos estos lamentos encontramos y subrayamos la gran importancia que da el Fundador al noviciado y al escolasticado; importancia que fue el origen de la fuerza y de la unidad de la Congregación, compuesta de personas bien preparadas en Aix o en Marsella, bajo la dirección de excelentes religiosos, guiados a su vez por el P. de Mazenod y el P. Tempier.

El Fundador ha tenido una visión muy exacta. El P. Noailles, por ejemplo, intentó por tres veces fundar un instituto de sacerdotes. La experiencia, sin embargo, duró, cada vez, pocos años. Nos ha dado las razones de ello en 1847 (carta al abate Richard, 20 de diciembre):

“no había contado con un buen noviciado y había aceptado sacerdotes de edad demasiado avanzada para poder adentrarse en lo profundo de la vida religiosa”.

Basilio Moreau, fundador de los Padres y Hermanas de la Santa Cruz, fue prácticamente expulsado de su instituto por aquellos superiores que, pensando solo en sus obras, provocaron la destrucción de la obra central del Mans, dirigida por el Fundador. Sorin, Drouelle, Champeau, eran hombres eminentes, pero con escaso espíritu religioso. El P. de Mazenod exige, por el contrario, un noviciado verdadero. Cuenta más con sus jóvenes que con los sacerdotes de edad. Sus primeros colaboradores, Icard, Deblieu, Maunier, sacerdotes de su edad, pero independientes y con poco espíritu religioso, abandonaron pronto el Instituto. Ha sido un sufrimiento, pero, al mismo tiempo, una gracia.

En su lugar entraron muchos jóvenes excelentes, procedentes de la Congregación de la juventud de Aix; jóvenes que amando al Fundador, asumen su espíritu y siguen a la letra la Regla: Courtes, Suzanne, Honorat, Arnoux, Guibert, etc. Eugenio ha sabido hacerse amigo de sus primeros colaboradores; logra la completa colaboración del de más edad, el P. Mie, y sobre todo del más joven: el P. Tempier, que fue decano de la Congregación del 1861 a 1870. El estuvo siempre muy cerca del Fundador, y es, en el sentido más pleno, el segundo padre de la Congregación, como lo reconocieron tanto el P. Fabre como el capítulo general de 1873.

## C. Las cruces del Fundador

Todos los fundadores han sido obstaculizados y han sido personas puestas a prueba. Han padecido contradicciones y calumnias por el hecho de buscar una renovación e intentar nuevos caminos de evangelización, en un determinado tiempo y lugar. Las cartas del Fundador de 1815 a 1825 nos dan a conocer las incontables dificultades contra las que tuvo que luchar valerosamente para poder vencer.

Dificultades, que con su espíritu de fe, ve provocadas por el demonio, que quiere impedir a toda costa la conversión de las almas; y también dificultades externas e internas a la Congregación.

El P. de Mazenod habla poco en sus cartas de la aversión de ciertos ambientes a la obra de las misiones. Como ocurría un poco por todas partes, la acogida entusiasta dada a los misioneros por los fieles, hace olvidar de pronto el endurecimiento de algunos irreductibles entre los intelectuales y burgueses. (cf. cartas de Fortunato al P. Fundador, de 1818 a 1820).

La cruz más pesada fue provocada por los párrocos de Aix. Estos, de edad avanzada, jansenistas, fieles a Napoleón, acostumbrados a su modo de vivir, al principio se muestran poco favorables, y luego pasan a la guerra abierta contra ese grupo de jóvenes sacerdotes, que profesan la moral del beato Alfonso de Ligorio, son abiertamente afectos a la monarquía y ejercen su ministerio, fuera de los cuadros de la parroquia, con los jóvenes y en las misiones populares.

La iglesia de Aix, llamada la Iglesia de la Misión, siempre llena de fieles y sobre todo de jóvenes, viene a ser el punto principal de los párrocos contra los misioneros de Provenza, acusados de alejar a los fieles de la vida parroquial. (cf. sobre este punto algunos estudios del P. Pielorz, en la Postulación).

Es preciso también señalar que en todas las diócesis hay cierta frialdad hacia los sacerdotes que han estudiado en París y que regresaban a sus propias diócesis con grandes proyectos, pero también con una buena dosis de espíritu de independencia, con relación a los ministerios habituales. Noailles, en Burdeos, sufrió mucho por parte del clero local, que no mostró ningún interés ni ayudó, como debía hacerlo, a las diversas obras de las hermanas de la Sagrada Familia. Las mismas dificultades fueron el pan de cada día para B. Moreau en la ciudad de Mans y para Brisson en Reims, etc.

Esta oposición hizo sufrir mucho al P. de Mazenod. El, aun lamentándolo, invita a sus Oblatos a la sumisión y al respeto. Escribe al P. Coutes el 5 de mayo de 1822*:*

“recordad y honrad siempre la dignidad de esos sacerdotes; atendedlos, sed deferentes con su sacerdocio, que es igual al nuestro; sed discretos y disimulad, ante la gente, sus defectos. No deis motivo a quejas y sed moderados en todo”.

El Fundador reconoce haber tenido demasiado poco en cuenta la susceptibilidad de los párrocos. Con fecha del 22 de agosto de 1817, escribe al P. Tempier*:*

“Hay cosas de conveniencia que he descuidado demasiado hasta ahora: hay motivos suficientes para ser más exigente en esto de cuanto lo he sido hasta ahora”.

Los problemas, provocados por algún obispo, duran poco y se explican por la escasez del clero diocesano y por el temor, dada su mentalidad galicana, de ver disminuida su autoridad sobre muchos sacerdotes ingresados en los nuevos institutos religiosos, que surgen por todas partes en Francia, durante esta época.

En 1823 los obispos de Frejus y de Aix se muestran favorables para dispensar de sus votos a aquellos Oblatos que manifiesten el deseo de reingresar en su diócesis. A finales de 1825, algunos obispos, que habían aprobado nuestras constituciones, escriben a Roma para denunciarlas como contrarias a las leyes del Reino francés y a su autoridad. El P. de Mazenod, que se encuentra a gusto tratando con obispos y cardenales, logra solucionar estos problemas, obteniendo de León XII la aprobación pontificia del Instituto, en febrero de 1826.

Pero los sufrimientos más agudos y más punzantes fueron los causados por la crisis de 1823. Impulsados por serios motivos, los Padres de Mazenod y Tempier aceptan el cargo de vicarios generales de Marsella; vienen a ser así íntimos colaboradores de Mons. Fortunato de Mazenod. Algunos Padres, dos de ellos compañeros de primera hora, abandonan la Congregación; también intentan retirarse los Padres Moreaux y Jeancard; Guibert quiere dejar el noviciado.

En estas circunstancias el P. de Mazenod escribe al P. Mie, el 30 de octubre de 1823*:*

“...mientras los golpes me venían de fuera, no les hacía mucho caso, pero ahora que Satanás ha logrado cribarnos y que, sacudiendo su bieldo con violencia, ha hecho pasar con la paja una porción de grano bueno destinado a quedar en los graneros de la familia, estoy afectado hasta el punto de poder decir, como nuestro Señor: “mi alma está triste hasta la muerte”. No me hago a la idea que se pueda jugar con lo que hay de más santo, con pretextos frívolos y, tal vez, por razones poco edificantes”.

(carta n° 118).

## D. Curiosidades

El padre del Fundador y los dos tíos vuelven a Francia a principios de 1818. Fortunato ha sido nombrado ya obispo de Marsella, pero el nombramiento no se hará efectivo hasta 1823. Entretanto va a vivir con los misioneros de Aix y ejerce una paternal influencia tanto sobre el Fundador como sobre los primeros Oblatos; intenta frenar, sobre todo, su celo. Hace casi treinta años que Fortunato vive una vida de burgués y no logra comprender al sobrino, siempre dispuesto a darlo todo, hasta la vida, por la salvación de las almas.

El Presidente, padre del Fundador, elije como residencia Marsella, donde muere en 1820. No podía vivir tranquilo en Aix, a causa de las deudas contraídas. De estos tres años tenemos 442 cartas largas, escritas entre los dos hermanos; cartas preciosas porque Fortunato cuenta todo cuanto pasa en la casa de la misión. (cf. dos artículos en *Vie Oblate Life* de 1986-1987).

Entre las numerosas noticias, los dos hermanos hablan mucho, ya del carácter de Eugenio ya de su virtud. Lo han conocido íntimamente hasta los 20 años en Italia, pero lo juzgan en 1818 como era de adolescente antes de 1802, olvidando que Eugenio tiene ya treinta y seis años, que es superior de una casa importante y que, más aun, considera tanto a su padre como a sus tíos bajo su tutela. Sus juicios son exagerados pero subrayan una cosa: el Fundador ha tenido que luchar toda su vida para plasmar su carácter, intentando corregir sus aspectos negativos. He aquí algunos extractos de las cartas de Fortunato y del Presidente:

“darle consejos es como hablar al viento del desierto”; “espíritu obstinado, indócil y casi testarudo”; “es un caprichoso que ignora las leyes del buen sentido y de la razón en cuanto atañe a su salud”; “es un testarudo, que emprende demasiadas cosas”.

Subrayan luego la inflexibilidad de su carácter:

“tu hijo es muy llevado al desaliento...tiene un tipo de carácter demasiado ardiente que lo lleva a abatirse fácilmente después de un estado de exaltación”; “escribe con humor, pero le falta medida y respeto”; “fondo excelente y forma repelente al mismo tiempo”; (del padre): “es un joven que haría bien en someterse a tu dirección y a tus consejos, y dispuesto a escuchar, algunas veces, aun los míos.

Los dos hermanos son despiadados al juzgar el carácter de Eugenio. Pero también dispuestos a exaltar sus virtudes*:*

“Es verdaderamente admirable, no dejo de agradecerlo a Dios”; “tiene un corazón de oro, hay pocos como el suyo; la gente lo ama con locura”; “qué afortunado eres teniendo un hijo así”; “con qué dulzura y sabiduría gobierna su casa”; “habla de Dios como un ángel”; “no pone límites a su celo, hay que frenarlo”; “tiene celo y caridad, que le atraen muchos penitentes”; “es franco y enérgico: es natural”; “tiene un corazón abierto y lleno de caridad para los demás, pero duro para sí mismo”; “es bueno, sobre todo con los pobres”; “su originalidad está bien compensada por su bondad y por las demás virtudes que le hacen ser muy estimado y respetado por todos”; “no cae en los castillos de España”; “no es soñador”; “de haber muerto durante la misión de Barjols no sería sepultado en el cementerio, sino puesto en una bella urna en la iglesia”; “solo busca la gloria de Dios y la salvación de las almas”; “salud puesta en peligro por su mucho trabajo”, etc. , etc.

Este es el Fundador y esta es la Congregación en el período del 1818 al 1825.

# II. LAS GRACIAS ESPECIALES DE EUGENIO EN LOS ORÍGENES DE SU FORMACIÓN Y DE LA FUNDACIÓN

E. Introducción

F. Acontecimientos

G. Naturaleza teológica de esta gracia y condiciones

H. ¿Tenía el Fundador estas condiciones en 1807 y en 1815?

I. Gracias en 1815

J. Una oración del Fundador: “Señor, tengo miedo equivocarme”

## **A.** Introducción

Los escritores sobre la vida religiosa están todos de acuerdo en afirmar que todos los Fundadores han sido elegidos por Dios para dar vida, con sus colaboradores, a una obra especial.

La tradición espiritual pone en evidencia esta verdad, desde los inicios de la vida monástica. Como punto de partida, en toda fundación de institutos, hay siempre una inspiración divina. El P. Natal, contemporáneo de San Ignacio, escribe*:*

“cuando nuestro Señor quiere ayudar a su Iglesia utiliza este método: suscita unos apóstoles a los que ofrece una gracia y una fuerza especial para que puedan servirle de un modo muy particular. Esta gracia eficaz empuja al hombre a no buscar un provecho personal, sino a abrirse para hacer partícipes de ella también a los demás. Esta gracia viene a ser, de algún modo, la gracia del instituto”

(cf. Jetté, en *Études Oblates*, 27 (1986), 290-91).

¿Existe esta gracia especial en el origen de nuestra Congregación?

## **B.** Los acontecimientos

La gracia especial de la fundación es muy conocida y especialmente subrayada en la carta del Fundador, del 23 de octubre de 1815, a Forbin-Janson*:*

“Ahora te pregunto y me pregunto a mí mismo, cómo yo, que hasta ahora no había podido determinarme a tomar partido, sobre ese punto, de pronto me encuentro haber puesto en marcha esa máquina, haberme comprometido a sacrificar mi descanso y arriesgar mi fortuna para realizar una fundación cuyo valor preveía, pero hacia la que solo sentía un atractivo combatido por otros designios diametralmente opuestos. Es un problema para mí, y es la segunda vez en mi vida que me veo tomando una resolución de las más serias como movido por una fuerte y extraña sacudida”.

Eugenio repetirá todo esto varias veces. No conocemos, sin embargo, más detalles de la segunda fuerte sacudida extraña. Parece que puede ser situada hacia 1815. Es en este período, en efecto, cuando se dedica a buscar algunos colaboradores y compra, a principios de septiembre, parte del carmelo.

Esta gracia de 1815 ha sido precedida por otro favor divino, concedido, al parecer, el viernes santo de 1807. Impulsado por esta gracia, Eugenio no solo se convierte, sino que, probablemente, toma la decisión de ser sacerdote. El describe el acontecimiento, sólo hacia finales de 1814, durante el retiro anual, un año antes de la segunda sacudida. He aquí el acontecimiento, contado por él mismo*:*

“No puedo olvidar aquellas lágrimas amargas que la visión de la cruz hizo brotar de mis ojos, contemplando la cruz, un viernes santo. Arrancaban del corazón, fue imposible contenerlas; eran demasiado abundantes para que pudiera ocultarlas a los que, como yo, asistían a aquella ceremonia emocionante. Me sentía en estado de pecado mortal, y eso era precisamente el motivo de mi llanto. Pero ¡qué diferencia entre este llanto y el de otras veces! Jamás mi alma había quedado tan satisfecha; jamás había experimentado una felicidad tan llena y tan intensa. Es que, en medio de ese torrente de dolor y de lágrimas, mi alma se lanzaba hacia el fin último, hacia Dios, su único bien, cuya pérdida sentía profundamente. ¿Para qué decir más? No lograré expresar jamás lo que entonces sentí. Solo el recordarlo me pone la piel de gallina y me llena el corazón de una alegría insólita, inmensa. He buscado la felicidad fuera de Dios y solo he encontrado aflicción y ansiedad. Soy feliz, mil veces feliz, sumamente feliz, porque este buen Padre, a pesar de mis pecados y mi debilidad, ha proyectado y reservado para mí toda la riqueza y toda la corriente de su misericordia. Que me conceda recuperar el tiempo perdido, centuplicando mi amor por El. Que todas mis acciones y mis pensamientos sean siempre dirigidos a ese fin”

(Ejercicios espirituales de 1814, segunda meditación).

El significado de este texto ha sido estudiado por los PP. Morábito, Pielors y D’Addio.

Eugenio comprende el valor de la sangre de Cristo, vertida durante su pasión; eso le toca de cerca, lo lava y salva. Es este el momento fuerte que señala el fin de un largo itinerario, en el cual el Fundador decide renunciar al pecado y orientar definitivamente su vida al bien, y ciertamente hacia el sacerdocio que ha soñado en Venezia y al que nunca ha renunciado totalmente.

Pienso, sin embargo, que esta gracia de la conversión ha sido la sacudida y el empujón que le pone en el corazón el deseo de ser sacerdote para consagrarse al amor de Cristo Crucificado y a su Iglesia abandonada. En efecto:

• las fuentes no hablan de otra gracia*:*

“Es la segunda vez, que me veo obligado a tomar una decisión verdaderamente seria, sintiéndome empujado por una sacudida extraña a mí”

(1815).

• en 1808 escribe a su madre que ha de atribuirse sólo a una gracia la decisión de ser sacerdote*:*

“El P. Charles, de los Padres del Retiro, no ha tenido parte, en la realidad de esta gracia de ofrecerme al Señor. Cuando he sido impulsado a dedicarme totalmente al servicio del Señor, no he querido decidir inconsideradamente; como ha podido darse cuenta, he empezado a apartarme del estado de tibieza en el que me encontraba...y he intentado esforzarme, por la oración, para merecer nuevas gracias del Señor; y este Maestro bueno y generoso me las ha concedido en abundancia. He rezado, he hecho rezar, he consultado, he pensado y meditado durante un año entero...antes de decidirme del todo”

(verano de 1808).

Por otra parte, pocos meses después del Viernes Santo de 1807, y precisamente en el mes de septiembre, tenemos una carta de Eugenio, dirigida a su amigo Manuel Gualtier, soldado en París, en la que habla de la alegría de sufrir con Cristo, en unión con la Iglesia, y concluye con una clara alusión a la elección de la vocación:

“Ahora quiero hablar de mí. Sí, quiero encomendarme a sus oraciones y pedirle calurosamente pida a Dios con todo su fervor, para que realice sus adorables designios, a pesar de mis infidelidades. Que se meta en mi vida, me perdone y me obligue a querer sólo aquello que El quiere, y sobre todo, que derribe los numerosos obstáculos que se oponen a que yo llegue a un estado más perfecto, al que me siento fuertemente llamado. Que El me dé la gracia de conocer cada vez más la vanidad de este mundo y me haga aspirar a aquellos bienes eternos que el orín no puede atacar. En una palabra: que El me haga digno de la Comunión de los Santos y me haga ocupar, en su Iglesia, el puesto al que El me ha destinado, pero que de momento parece todavía bien lejano. Siento no poder hablar con Ud más claramente. Tengamos un encuentro espiritual cada domingo a las 10, 30, hora en la que se celebra solemnemente el Sacrificio Eucarístico en todas las iglesias. Allí, podremos rezar juntos por nuestras recíprocas necesidades; con esta unión, forzaremos, por así decirlo, el Corazón tierno de nuestro Redentor, para que nos aplique a nosotros, de un modo muy especial, los méritos de su Pasión y de su Muerte”.

La gracia recibida por Eugenio, no puede ser sino:

• Un encuentro con Cristo crucificado, con la necesaria consecuencia: decidida renuncia al mundo y al pecado. “Adorables designios”, escribe, cuyo efecto se ha retrasado a causa de mi infidelidad...que El haga caer los numerosos obstáculos”.

• Una fuerte invitación, que le permita seguir a Cristo en el sacerdocio y vencer los numerosos obstáculos que se oponían a su decisión (oposición del padre y de la madre, deseo de ser rico para poder pagar las deudas de la familia, etc. ).

La historia de Eugenio, por otra parte, es la historia de tantos hijos de la Iglesia: San Pablo, Santa Angela de Foligno, Catalina de Génova, María de la Encarnación, San Pablo de la Cruz, etc.

Parecida a la del Fundador, es la vida de Bienvenido Noailles. También él ha tenido una juventud un tanto inquieta, y también a él le han sido concedidas dos gracias en el largo itinerario que lo lleva a la conversión. Su vuelta a Dios se inicia en 1810, fecha de la muerte de su padre. Se prepara para recibir la primera comunión a los veinte años, en 1813. La víspera de su primer encuentro con Jesús Eucaristía:

“se encierra en la capilla de Ntra Sra del Carmen, en la iglesia de San Andrés de Burdeos; la gracia de Dios lo invade, le ilumina y en su corazón, lleno de alegría, se desvanecen todas las ilusiones. La gracia imprevista otorgada le da fuerzas para apartarse de los amigos poco sinceros y de los placeres del mundo” Tres años después, va a París para estudiar leyes. En esta ciudad, el 10 de noviembre de 1816, entra en la iglesia de San Sulpicio. Allí, a los pies de la Stma Virgen, la alegría llena su corazón: una gracia imprevista le obliga a decidirse a entrar en el seminario. “Esto es un golpe de gracia, ha escrito. He sentido su voz; me ha llamado, me ha indicado el camino a seguir. He aceptado la invitación”. Dos días después, llama a las puertas del seminario.

## C. Naturaleza teológica de estas gracias y condiciones para recibirlas

**Naturaleza**: De este acontecimiento habla el P. José de Guibert en “Etudes de Theologie mystique” (pag. 165...) Distingue la gracia habitual de la gracia actual, o ayudas o impulsos pasajeros de Dios. En estos últimos distingue las gracias que levantan al pecador y las medicinales y fortificantes, destinadas a aumentar las fuerzas en aquellos que quieren progresar en la vida espiritual. Estas gracias, al principio, pueden ser de orden sensible. Actúan sobre la imaginación, sobre la parte sensible del hombre. Esta es la gracia sentida por nuestro Fundador el Viernes Santo de 1807: una gracia que le hace llorar mucho. Luego estas gracias o inspiraciones actúan con preferencia sobre la voluntad. Así Eugenio, en 1815, iluminado e impulsado por esta gracia, lo ve todo claro, y decide fundar la Congregación. Entonces no habla de una emoción especial.

En el comienzo de la vida espiritual, estas gracias se ocultan habitualmente a la conciencia y a la percepción; luego pueden ser percibidas más fácilmente. El Fundador es así más o menos consciente de algunas otras gracias o intervenciones de Dios en su vida. Se ha verificado, por ejemplo, esto el día de la aprobación de la Regla, en 1826, y a propósito de su devoción a la Eucaristía, como veremos enseguida.

**Condiciones**: Estas gracias el Señor las concede cuando quiere y como quiere; las provoca aun en los terrenos más ingratos; generalmente, sin embargo, están preparadas por los dones del Espíritu Santo y son más o menos frecuentes en relación con la intensidad de la vida de oración, y sobre todo en relación con la fidelidad a las gracias ya recibidas.

La condición esencial de cualquier progreso en la vida espiritual y por consiguiente en la perfección, va unida a la fidelidad cada vez más abierta a secundar las inspiraciones de la gracia; fidelidad que tiene, como primera lógica consecuencia, su constante crecimiento.

## **D.** ¿Está en ese estado y en esas condiciones el Fundador en 1807 y 1815?

• **Gracia de 1807 en Venecia**: El P. Mauricio Gilbert, en dos de sus artículos, en *Études Oblates* (1842-1845) es quien mejor intenta profundizar la vida espiritual del Fundador, desde el día de su conversión hasta su ordenación sacerdotal. El, como tantos otros, escribe que no se podrá ponderar suficientemente la importancia de los cuatro largos años, de los doce a los dieciséis, vividos por Eugenio en Venecia, bajo la prudente guía de Don Bartolo. He aquí lo que ha escrito en sus memorias:

“Todo el bien que he podido hacer durante toda mi vida, va unido ciertamente a mi estancia en Venecia”. Fue allí, en efecto, donde sufrió por la ausencia de la madre y de la hermana, por la muerte del tío sacerdote, y por último, por la pobreza en la que tuvo que vivir el padre. Por eso, vive su vida en oración asidua, en el estudio, en la mortificación y con mucha generosidad.

El P. Gilbert ve en la vida de Eugenio en Venecia la acción de algunos dones del Espíritu Santo (temor, fortaleza, piedad) y dice que era el principio de la vida iluminativa.

• **En Palermo**: En cuanto a la vida del Fundador en Palermo, de 1797 a 1802, y luego en Aix, de 1802 a 1808, los PP Morábito y Pierlorz, después del descubrimiento de nuevos escritos juveniles, por los años 1950, han estudiado sobre todo sus aspectos negativos: vida un tanto mundana, proyectos de matrimonio, veleidad de ofrecer sus servicios a la Corte de Palermo y tibieza en la vida espiritual, etc.

Sin embargo, el P. Gilbert, después de los PP Rey y Rambert, niega que se trate de una verdadera tibieza. El percibe en Eugenio todos los elementos de una noche de los sentidos, vivida con mucha generosidad. Así en Palermo, siente disgusto por las alegrías mundanas, gusta las conversaciones espirituales con la duquesa de Cannizzaro y con los Padres Filipinos de la Olivella, participa en la misa de Fortunato y recibe los sacramentos...tiene tentaciones sobre la pureza, pero las combate enérgicamente. Tenemos una carta preciosa sobre su verdadero estado espiritual en Palermo. Escribiendo, en el mes de julio de 1816, a Francisco Cannizzaro, casado y que vive en Londres, para invitarlo a una vida más cristiana, expresa su pesar por no haberlo alentado y ayudado a ser mejor, cuando tenía tanto ascendiente sobre él, y prosigue:

“Me disgusta no haberte dado a conocer lo que conocía de la perfección infinita de Dios; no haberte dado a conocer las maravillas que la Gracia ha obrado en mí, aunque no lo mereciera, y no haberte aconsejado tener, para con la religión, el mismo respeto y apego que yo tenía en el fondo del corazón, pero que a menudo escondía: pero ¿se podía esperar otra cosa? A los 17 ó 18 años no se escucha siempre la voz de la razón”.

• **En Aix**: Regresado a Aix, Eugenio sigue viviendo esta noche del espíritu, con muchos aspectos positivos, a intervalos; se ocupa de los prisioneros y de los enfermos, enseña el catecismo a los niños de la campaña, participa en las ceremonias religiosas, deplora el estado de abandono de la Iglesia, ayuna, estudia la Biblia y defiende la doctrina de la Iglesia.

Su género de vida, sugiere el P. Gilbert considerarlo ya muy adelantado en la vida iluminativa de los proficientes y descubre, a pesar de todo, en él la acción de los dones de fortaleza, de inteligencia y de sabiduría; y al mismo tiempo, opina que hasta tiene momentos de verdadera contemplación, sobre todo en su modo de pensar y de comprender el misterio de la comunión de los santos y del Cuerpo místico.

A los veinticinco años, Eugenio está, pues, bien dispuesto para encontrar, de un modo más particular y más fuerte, a Cristo, para recibir la gracia de una segunda conversión, y la elección definitiva de la vida sacerdotal. El llanto que le acompaña, yo no lo veo tanto provocado y referido a los pecados cometidos, como al remordimiento de no haber correspondido, más rápidamente y mejor, a tantas gracias recibidas, y en particular a la llamada al sacerdocio.

## **E.** Gracias de 1815

En 1815 las disposiciones del Fundador para recibir otra gracia especial aumentan, después de cuatro años de seminario y tres de ministerio.

• **En el Seminario:** El camino espiritual de Eugenio en el seminario ha sido estudiado por los PP Morábito, Pielors y Gilbert (*Études Oblates*, 1945, tesis del P. Pielors).

Durante todo el primer año se advierte en Eugenio una lucha intensa entre dos madres: la madre carnal, por una parte que se opone a su vocación, y la otra madre, la Iglesia, a la que ve en un estado de abandono... (numerosas cartas y apuntes de retiro).

En el segundo año, su madre cede, y Eugenio se prepara a recibir el subdiaconado y el diaconado. Se siente feliz. Habla mucho de su ideal sacerdotal. En una conferencia espiritual, la víspera de su ordenación al subdiaconado (23-121809), enuncia ya todas las ideas que se encuentran en el prefacio de las reglas de 1818.

En 1811 Eugenio es ordenado sacerdote. Tenemos unas bellísimas cartas de este período. Entre otras sobresalen las escritas durante los ejercicios espirituales, que preceden a la ordenación sacerdotal y a la primera misa. El P. Gilbert ve en ellas verdaderas meditaciones extáticas. Eugenio, ciertamente, asegura él, ha logrado el más alto grado de la vida iluminativa, con rasgos de vida unitiva.

• **En Aix, de 1812 a 1815**: Este período ha sido estudiado especialmente por el P. Taché (tesis). El camino espiritual del Fundador está caracterizado por el problema que los místicos llaman “noche del espíritu”. Consiste en ver cómo encontrar el justo equilibrio entre la vida interior y la vida activa. Al dejar el seminario, el Fundador había hecho un reglamento preciso y detallado; lo mismo hace, tanto al diseñar el reglamento de la Congregación de la Juventud como la regla de los Oblatos. Es esta una costumbre de los Sulpicianos. Pero sus actividades apostólicas son cada vez más acuciantes: sea como confesor en el seminario de Aix, en la Congregación de la Juventud que funda, en las cárceles, etc.

No logra, sin embargo, observar siempre escrupulosamente el reglamento que se ha impuesto. En sus retiros, al final de cada año, está muy preocupado y piensa que debe elegir, entre la vida contemplativa, a la que se siente atraído, y la vida activa, a la que siente deber dedicarse, al considerar las necesidades de los jóvenes y de los pobres. (Orientación hacia la vida contemplativa, cf. cartas a Forbin-Janson y carta a F. d’Albertas, el 21 de junio de 1819).

Encuentra una solución que lo tranquiliza en el retiro de 1814: seguirá su ministerio activo, pero se unirá a una comunidad, para alimentar cada ve más su vida interior. Formula sin embargo dos principios, que veremos reafirmados de nuevo, aunque más delante:

“en la vida lo que importa es dedicarse a hacer la voluntad de Dios”; luego, seguir en todo a Cristo Salvador, modelo de vida contemplativa y apostólica.

(cf. Taché, D’Addio).

Y con esta buena disponibilidad y con esta generosidad que Eugenio (ya moribundo en 1814 por el tifus contraído al servicio de los saldados) recibe la gracia de 1815. Sin duda alguna es ésta, una gracia o inspiración divina, y no una convicción personal de su voluntad; una inspiración divina que le hace ver claramente lo que debe hacer; gracia que pone en movimiento su voluntad inclinada a la fundación de la Congregación con la idea de salvar las almas por medio de las misiones, y también mediante una vida interior fervorosa e intensa en comunidad. Todo eso viene reflejado en esa expresión de la regla, que revela, al mismo tiempo, la síntesis de su problema personal:

“Los Oblatos deben ser hombres apostólicos a ejemplo de los Apóstoles”

(cf. carta al P. Tempier, 13 de diciembre de 1815, carta n° 7).

El P. Taché reconoce en esta gracia el influjo del Espíritu Santo, mediante sus dones:

- el de **ciencia** que le ayuda a verlo todo con las luces de Dios...lo que cuenta es salvar las almas, a ejemplo de Cristo;

- el de **consejo** con el que el Espíritu Santo lo mueve a la acción y perfecciona la virtud de la prudencia;

- y el de **fortaleza** que le permite llevar a cabo sus obras, a pesar de los numerosos obtáculos que parecen cerrarle el camino.

La fundación de nuestra Congregación es, por consiguiente, verdaderamente el fruto de una gracia, de una inspiración divina, y no solo el fruto de la voluntad de un hombre.

## F. Oración: “Señor, tengo miedo equivocarme”

El Fundador escribe esta maravillosa oración en el retiro de 1811, antes de su ordenación sacerdotal.

“Oh Jesús, mi buen Maestro, echad una mirada de compasión a vuestro siervo: creo que os amo, pero me da miedo engañarme, creo que si me preguntarais, como una vez lo hicisteis al Príncipe de los Apóstoles (cuyo amor ardiente por ti me ha hecho tomarlo como Patrono de mi elección) me parece que contestaría como él:

“sí Señor, yo te amo”, pero no esperaría una tercera pregunta por estar preocupado por la sinceridad de este amor que os he dedicado, porque, lo repito, tengo miedo de equivocarme, y mientras creo amaros, Vos veréis, Luz increada que ilumina los más oscuros secretos de mi corazón, que leéis en los pliegues más escondidos, que sondeáis el corazón y los riñones, veis que os amo del todo.

Oh Salvador mío, o Padre mío, amor mío, haced que os ame a pesar de todo; no pido otra cosa, porque sé que esto es todo. Dadme vuestro amor”.

# III. APROBACIÓN DE LAS REGLAS Y DE LA CONGREGACIÓN EN 1826

A. Introducción

B. ¿Por qué hacer aprobar las reglas por el Papa?

C. Los acontecimientos: dudas, aliento del P. Albini,

D. los tres obstáculos, la aprobación rápida, las reacciones.

E. Las reacciones del Fundador.

F. Las reacciones de la Congregación.

## A. Introducción

Del año 1825 al 1826, el P. de Mazenod vivió uno de los grandes momentos de su vida y de su Congregación; casi sin darse cuenta, aborda una etapa esencial de su historia. Constatamos todo leyendo las numerosas cartas y las muchas páginas de su diario.

Ellas rebosan, en todo momento, vivacidad, buen humor, fe viva, alegría y agradecimiento.

## B. ¿Por qué hacer aprobar la Congregación por el Papa?

Los autores espirituales aseguran que cualquier progreso en la perfección va unido a la fidelidad constante, y a toda prueba, a las inspiraciones de la gracia: fidelidad que, como primera y lógica consecuencia, provoca una abundancia de inspiraciones o gracias divinas y su aumento constante.

Muchas veces en la vida de Eugenio, advertimos que se lanza a decisiones buenas, en el momento justo, con una intuición que puede venir, en parte, de sus dones naturales, pero también de la inspiración del Señor.

La decisión de ir a Roma es una de éstas. Ha comprendido, de pronto, cuáles podían ser las ventajas de una aprobación romana, como la de tener un obispo amigo y seguro en Francia.

En 1817, no logra obtener del gobierno de París el reconocimiento civil, pero de un modo inesperado, logra el nombramiento de su tío como obispo de Marsella. Tiene así, cerca, un obispo amigo, en un momento lleno de dificultades en la diócesis de Aix.

En 1823, advierte y se da cuenta que no es suficiente una diócesis segura, cuando existe un rechazo constante por todas partes. Los obispos de Aix y de Frejus empiezan, en efecto, a invitar a su servicio a los padres provenientes de sus diócesis, asegurando que los votos son privados y por consiguiente no vinculantes. Ellos se dicen los verdaderos superiores de esos sacerdotes. Siguiendo su ejemplo, también los Obispos de Digne y de Gap dejan salir con dificultad de su diócesis y de su seminario a los que desean ir a la vida religiosa. Esta tendencia galicana invade cada vez más a Francia en ese siglo.

Encontramos, en este estado de cosas, uno de los motivos principales que llevan al Fundador a presentar su solicitud a Roma.

Todas las Congregaciones religiosas, sobre todo las de muchas Hermanas, sufren mucho por esto. Los obispos, directamente o por medio de los sacerdotes y superiores eclesiásticos, cambian los fines de las Congregaciones según sus necesidades e impiden a muchos religiosos dejar sus diócesis.

Ejemplos: la primera casa fundada por el P. Noailles, fuera de Burdeos en 1822, fue separada del centro en 1830 por el arzobispo de París, para iniciar una nueva Congregación.

Noailles no logró la aprobación de su Congregación por parte de Roma durante toda su vida.

El P. Brisson, fundador de los Oblatos de San Francisco de Sales, luchó mucho con Mons. Cortet (1880), obispo de Reims, porque una vez logrado el decreto de elogio (*decretum laudis*) de Roma, intenta poner las primeras fundaciones fuera de Reims.

También Basilio Moreau, fundador de los Padres de la Sta Cruz, ha de sufrir mucho, unas veces por parte de Mons. Bouvier, otras por parte de sus sucesores, por el hecho de haber logrado, contra la voluntad del obispo, el *decretum laudis*. Se vio, después, envuelto en una continua pesadilla de perder la mayor parte de los miembros de la congregación, porque el obispo de Port-Wayne en EE. UU. exigía que los padres fueran sometidos a su voluntad.

Idéntico estado de cosas, aunque de otra manera. En Canadá la numerosa Congregación de las Hermanas Grises o de la Caridad fueron divididas en cinco congregaciones, porque así lo querían los obispos de las diócesis en las que desarrollaban su ministerio.

Los demás motivos que han inducido y alentado al Fundador a ir a Roma son la fidelidad al Papa y el amor a la Iglesia.

## C. Los Acontecimientos

• **Dudas**: Los PP. Jeancard y Rambert explican de este modo las dudas del Fundador*:*

“hasta este momento los Oblatos no solo son poco numerosos, son además poco conocidos.

Por otra parte, se debe subrayar que un motivo personal frena el ánimo del Superior General. El, un hombre de ordinario tan decidido, que sin aparentar esfuerzo y simplemente por impulso de su carácter, lleva hasta los límites de la posibilidad la audacia para el bien, él que nunca ha retrocedido frente a los obstáculos que parecían insuperables, no siente ahora en él esa confianza, que le hace falta, para ir a Roma para la aprobación de la Congregación. Le falta esa natural predisposición, con la que, normalmente, uno se siente impulsado a solicitar. Eugenio no solo debe vencer el orgullo natural de su carácter y una cierta delicadeza de sentimientos, debe también combatir su humildad.

Repite y se repetirá muchas veces a sí mismo, como lo ha escrito a menudo, que no tenía talla para ser reconocido por la Iglesia como Fundador de una Congregación religiosa; que sería presunción de su parte ir a pedir al Sumo Pontífice la aprobación del Instituto.

Por otra parte, temía que si no lograba nada con sus gestiones, el fracaso iba a suponer un descrédito para la Congregación, y los obispos, a su vez, retirarían su aprobación, con la lógica consecuencia de que tampoco otros candidatos estarían dispuestos a ingresar en una comunidad religiosa que Roma se ha negado a reconocer” (Rambert I, 412; Jeancard, 226-228).

Eugenio sale para Roma, en noviembre de 1825, empujado por el P. Albini. He aquí lo que él mismo escribe en su diario:

“Siete obispos han aprobado nuestras reglas, hasta este momento. Pero, aun reconfortado por estas aprobaciones tan lisonjeras, dudaba emprender el viaje a Roma; entonces el santo P. Albini, empujándome por la espalda, me dijo con seguridad: vaya, querido Padre, vaya y tendrá éxito. Partí, abandonándome a la divina Providencia”

(*Rambert I, 414).*

Es interesante notar que el Fundador utiliza la misma expresión en su retiro de mayo de 1818, recordando la fundación de la Congregación y subrayando todo el bien que ha podido hacer:

“Yo no soy bueno para nada, escribe, el poco bien que haya hecho, lo he hecho sólo porque el buen Dios me ha empujado por la espalda”.

En 1826, el Señor se sirve del P. Albini para obligarlo a ir a Roma.

Mientras tanto, tres obstáculos se presentaron, en su camino hacia Roma. Llegado a la capital, el 26 de noviembre, el Fundador pasa la primera semana tomando contacto con cardenales y obispos, prefectos y secretarios, de las congregaciones romanas, con diversos prelados y varias personalidades.

• **Primer obstáculo**: el Fundador constata, con cierta aprensión, que la Congregación de Obispos y Regulares puede conceder, a lo sumo, un decreto de alabanza a las congregaciones que solicitan la aprobación. Por eso, decide informar al Santo Padre, con todo el calor y la convicción de que era capaz, que un decreto laudatorio no le daría satisfacción. Tiene la primera audiencia el 20 de diciembre 1825. En media hora logra el Fundador convencer a León XII que es necesario aprobar la Congregación y no sólo alabarla.

La convicción del Papa se hace decisión categórica, unos días después, en presencia del Prosecretario de la Congregación de los Obispos y Regulares, el Arcipreste Adinolfi. El Papa dice:

“Esta Congregación me gusta. Elija un cardenal entre los disponibles y véalo de mi parte y dígale que es mi firme intención, no solo elogiar estas reglas, sino que sean aprobadas”.

• **Segundo obstáculo**: animado y empujado por tanta benevolencia, el P. de Mazenod se preocupó de lograr un procedimiento rápido. Este supondría de por sí varios meses de fatiga, por el hecho de que debían ser elegidos ocho cardenales para leer el manuscrito de las Reglas y dar su opinión en una Congregación especial.

El Fundador expone también esta nueva petición al Cardenal Pacca, Prefecto de la Sagrada Congregación, que él obtiene del Papa el 18 de enero: la facultad de limitar la Congregación a sólo tres cardenales: Pacca, Pedicini (“ponente”) y Pallotta, amigo del ponente.

• **Tercer obstáculo**: se presenta un tercer obstáculo, que pronto contribuye a acelerar la solución final. Tres obispos del sur que habían firmado la aprobación de las Reglas: Mons. Arbaud, de Bausset y Miollis, hacen llegar al Papa una carta para explicar que los estatutos de los Oblatos, examinados apresuradamente, parecen inaceptables, contrarios al derecho de los obispos y a las leyes civiles del estado. Estos motivos, imbuidos de galicanismo, no logran conmover a los cardenales, quienes afirman con decisión y con un acto auténtico la autoridad de la Santa Sede.

Reunidos con el Card. Pacca, el 15 de febrero, los cardenales se pronuncian unánimemente por la aprobación de la Regla. Dos días después, León XII aprueba y confirma la decisión de la Congregación.

## D. La reacción del Fundador

El Fundador, como todos en Roma, quedó estupefacto por la rapidez de esta aprobación. Estaban por entonces en Roma, por el mismo motivo, Gabriel Deshayes, restaurador de los Hermanos de San Gabriel, y J. Contrin, fundador de la Congregación del Sgdo Corazón de Jesús y María de Picpus, pero no logran la aprobación de sus institutos.

El Fundador hace algunas constataciones y saca conclusiones y resoluciones por esta gracia obtenida.

• **Admiración** **y toma de conciencia** del poder fascinador de su personalidad: El Fundador escribe al P. Tempier el 16 de abril*:*

“Si no estuviese íntimamente convencido de la complacencia de Dios, que me ha salido al encuentro, allanándome el camino y abriéndome todos los corazones, sería el caso de enorgullecerse, viendo la diligencia, la estima y el afecto de que he sido objeto durante mi estancia en la capital del mundo. Gracia a Dios, ni siquiera he estado tentado de ese feo orgullo, pero sería mentira no reconocer que he quedado satisfecho y consolado con esa acogida general. He experimentado sentimientos de gran alegría y de agradecimiento, aun por las atenciones de los laicos. Remontándonos hasta el Papa, debo reconocer que se ha dado una verdadera emulación en cuanto a demostraciones, testimonios, adhesiones y afecto. Si hubieras podido observar al Papa durante aquella buena media hora de audiencia privada que me concedió, hubieras llorado de alegría”

(carta del 16 de abril).

El 4 de mayo, en la despedida del Embajador de Francia, el Sr. Montmorency-Laval, con el cual el Fundador se ha mostrado siempre cortés y reservado, nos informa que el P. de Mazenod “gozaba en Roma de grandísima estima”, y añade que había escrito ese mismo día al Rey, informándole “que entre tantos sacerdotes seculares en Roma el que era más considerado y había dado más satisfacciones era, ciertamente, el abate de Mazenod”.

Por último, el P. Mautone, procurador general de los Redentoristas, no quiere que el Fundador abandone Roma sin haberle ofrecido algunas muestras de estima, especialmente entregándole reliquias del Beato Alfonso Ligorio, y añade:

“Todos aquellos que le han conocido en Roma repiten que ha sabido ganarse todos los corazones...no conozco a nadie que no le quiera y le estime”.

(Diario 24 de abril de 1826).

• **Valor del trabajo personal**: El Fundador se convence cada vez más de la verdad de la afirmación de san Ignacio, según la cual en los asuntos es necesario actuar siempre como si el éxito dependiera de nuestro saber hacer, aunque poniendo en Dios nuestra confianza como si todas nuestras acciones no sirvieran de nada. Efectivamente su éxito ha sido el fruto de una actividad incansable.

El 5 de enero escribe:

“yo corro, corro siempre, corro al correo”, y el 20 añade: “no dejo ningún medio que la prudencia humana pueda sugerirme, y no economizo mis pasos, ni doy descanso a mi espíritu para secundar los designios de la divina Providencia...”

El 27 recuerda una vez más al P. Tempier*:*

“No he perdido un momento de tiempo. Es bueno que sepáis que, cuando me encuentro en este país, me muevo siempre con una actividad febril, increíble, ya sea para acelerar cuanto me lleva a término, ya sea porque Dios me ayuda, paso tras paso...Me doy cuenta que dejo atrás a muchas personas que habían comenzado a caminar seis meses antes que yo”.

En una carta del 4 de mayo confía al P. Tempier*:*

“¿creéis que no descanso? Tomaré unos baños cuando vuelva; porque hay que reconocer que esta operación no se hace sin calentarse”.

• **Importancia de la vida santa** y del abandono al Dios Omnipotente: En Roma el Fundador reza mucho e intenta vivir, día a día, del mejor modo posible. Es consciente de que solo Dios es quien guía y lo hace todo, y de que él, personalmente, sólo es un instrumento del Espíritu.

El 5 de enero escribe al P. Tempier*:*

“Estoy perfectamente, tanto corporal como espiritualmente; parece que Dios quiere que esté totalmente dedicado a mis asuntos, y que, al mismo tiempo me da la fuerza y la gracia necesaria para no ofenderlo más, al menos voluntariamente”.

El 10 de enero rectifica cuanto había escrito ya al P. Tempier*:*

“Sería demasiado absurdo y ridículo todo esto, si no lo hubiera escrito en la intimidad y confianza, al amigo y confidente de mis secretos más íntimos...Todo esto no se me habría escapado con otra persona. Cuando he dicho que yo no pecaba, he querido decir que pecaba algo menos de lo acostumbrado, la razón es sencilla. Ocupándome de nuestros asuntos, he buscado aprovechar del mejor modo y aun ganar las múltiples y extraordinarias gracias del Jubileo. Por otra parte, aquí todo recuerda los grandes ejemplos de los santos, que aun parecen presentes hoy para todos aquellos que viven en esta ciudad con espíritu de fe.

Además, traigo entre manos un asunto de importancia mayor, cuyas consecuencias deben influir poderosamente en la edificación de la Iglesia, la gloria de Dios y la salvación de las almas. Sin embargo todo parece obstaculizado por el demonio de modo que no pueda llegar a buen fin sin una especial protección de Dios. En efecto, El solo tiene el poder de tocar los corazones y de dirigir la voluntad de los hombres. He debido convencerme que era mi deber hacer todo lo posible por vivir en la unión más íntima con Dios, y, como lógica consecuencia, tomar la firme resolución de ser cada vez más fiel a su gracia para no contristarlo y no actuar contra su voluntad.

Tal como están ahora las cosas, la menor infidelidad voluntaria me parecería un crimen, no solo porque disgustaría a Dios, lo que sería sin duda el mayor de los males, sino también por las consecuencias que podría traer. Debo añadir que, desde que salí de Francia, y sobre todo desde que estoy en Roma, Dios me asiste de un modo tan sensible, que me parece que no sería posible no conservar en mi alma un sentimiento habitual de agradecimiento que me lleva a alabarlo, bendecirlo y agradecerle, con nuestro Señor Jesucristo, la Virgen Santísima, los Ángeles y los Santos. Soy deudor para con ellos por la protección y la consolación experimentadas. Este tumulto de cosas no me impide, sin embargo, confesarme dos veces por semana y humillarme profundamente ante Dios”.

El 20 de enero, después de haber obtenido la dispensa del examen por ocho cardenales, escribe:

“Sigamos rezando y no dejemos de poner nuestra confianza en Dios. Sólo a El corresponde regular y disponer todo conforme a su infinita sabiduría para la mayor gloria de su nombre. Debo confesar que jamás en mi vida había comprendido como ahora el valor de ese abandono en Dios; nunca había logrado llevar a la práctica esa virtud como en esta circunstancia...Cuando sigo en espíritu los resultados obtenidos, admiro la bondad de Dios y me siento llevado a grandes sentimientos de agradecimiento, agradecimiento que me lleva a subrayar una protección muy particular”.

• **Agradecimiento** y nuevo empeño en el celo: El Fundador percibe y toca con la mano la intervención de Dios, no solo en la fundación de la Congregación, sino también en su aprobación por parte de la Iglesia.

Todo esto lo lleva a sacar para él mismo y para todos sus Oblatos algunas conclusiones*:*

“Tenemos que trabajar con todas nuestras fuerzas por la gloria de Dios; es preciso estar dispuestos a vivir conforme al espíritu de las constituciones aprobadas por la Iglesia; tenemos que estar agradecidos a Dios y profesar un tierno amor a la Congregación y lograr vivir el espíritu de familia”.

Eugenio escribe al P. Tempier el 18 de febrero*:*

“la conclusión que debemos sacar, mis queridos y buenos hermanos, es que debemos trabajar, con nuevo ardor y la más absoluta abnegación, en procurar a Dios toda la gloria que de nosotros dependa y trabajar porque las almas confiadas a nosotros alcancen la salvación por todos los medios que el Señor les ofrece; por último, debemos adherirnos con todo el corazón y toda el alma a las Santas Reglas aprobadas por la Iglesia, porque, después de minucioso examen, han sido juzgadas santas y eminentemente aptas para llevar a su fin a los que las han aceptado. Estas Reglas son ahora propiedad de la Iglesia que las ha aprobado”.

Y el 19 de marzo añade*:*

“Es el mismo Sumo Pontífice el que lo ha hecho todo por nosotros. ¿Qué título teníamos para eso? ¿Quién es el que me ha dado en una sola audiencia el inspirarle un interés tan fuerte, tan real, tan constante? ¿Cómo no ver en eso algo sobrenatural? Desde ese momento ¿cómo no sentirse lleno de agradecimiento a Dios, y entrando en nosotros mismos, adherirnos aun más a la Sociedad que acaba de recibir pruebas tan convincentes de la protección del Señor, al que pertenecemos ahora de un modo muy diferente, porque, en el orden jerárquico, es por ella por la que dependemos del Jefe supremo de la Iglesia, que es su moderador soberano? Es ahora cuando debemos tomar ese espíritu de cuerpo que lleva a no dejarse superar por ningún otro Instituto, en virtud, en regularidad, etc. Los Oblatos de la Inmaculada Virgen María somos un Instituto, una Sociedad, dicho de otra manera, una Congregación en la Iglesia”.

• **Agradecimiento a Dios**: por eso se celebra cada año la fiesta del 17 de febrero (Capítulo general, 11 de julio de 1826).

## E. Las reacciones de la Congregación

Se conocen muy imperfectamente las reacciones de la Congregación. Las cartas del P. Tempier han desaparecido, excepto algunas líneas de aquella del 9 de marzo, en la que escribe*:*

“Es para maravillarse analizando los designios de la Providencia. Vaya nuestro eterno agradecimiento al grande, al santo Pontífice León XII, que ocupa tan dignamente la Sede de San Pedro. El vivirá eternamente en nuestros corazones. El recuerdo de sus beneficios será transmitido, con el de sus virtudes, de boca en boca, en nuestra Sociedad, mientras exista un miembro de la familia. Tenga la seguridad, mi querido Padre, de que ese sentimiento quedará profundamente gravado en el corazón de sus hijos. Tendría que habernos visto cuando fui a leer a nuestros Padres, que están en Aubagne, la carta en la que nos anunciaba que nuestro Santo Padre había aprobado la decisión de la Congregación; ¡debería habernos visto! Nos abrazábamos locos de alegría. Sentíamos cada uno un no sé qué, que nos daba alegría e indicaba que éramos hombres nuevos. Lágrimas de alegría y de reconocimiento fluían de nuestros ojos, brotaban de nuestro corazón”. Estos mismos sentimientos se han manifestado en los Oblatos de la casa de Aix.

También las actas del capítulo general, que tuvo lugar en Marsella, del 10 al 13 de julio, subrayan la alegría y el entusiasmo de todos. El Capítulo se termina con una sesión solemne y con la renovación de los votos.

“La presencia de Ntro Señor en medio de toda la familia en esta gran circunstancia, leemos en las actas, el profundo recogimiento de los presentes y todo lo que se cantaba en el corazón, ocupaban y daban a la ceremonia un toque de alegría celestial. Algunos derramaban abundantes lágrimas, otros estaban conmovidos, hasta el Señor debía gozar de nuestra alegría.  
El Te Deum solemne de agradecimiento por todos los beneficios derramados sobre la sociedad y la Bendición Eucarística rubricaban este piadoso ejercicio”.

Al salir de la capilla, el Fundador saludó una vez más a sus Oblatos con estas palabras:

“Es este el feliz comienzo de una nueva era para la Sociedad. Dios ha ratificado nuestros proyectos dirigidos a su gloria, y ha bendecido los compromisos que nos unen; de ahora en adelante combatiremos a Satanás bajo una bandera que será la nuestra, porque nos ha sido confiada por la Iglesia. Bajo esta bandera brilla y brillará siempre el nombre glorioso de la Santísima V

Virgen María Inmaculada. Este nombre viene a ser nuestro nombre, porque a la Santísima Virgen estamos consagrados y somos, de un modo particular, sus hijos.

Su protección sobre nosotros, ya muy visible y tangible hasta ahora, lo será todavía más en el futuro, si tratamos de ser dignos hijos de tal Madre...”.

# IV. ALGUNOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL FUNDADOR EXPRESADOS EN LA REGLA DE 1818

A. Introducción

B. Suplir las Órdenes religiosas: ¿por qué? ¿cómo? Emulación en el fervor.

C. La salmodia del Oficio divino

D. La vida religiosa

## A. Introducción

El P. Jetté, en un artículo escrito para “*Études Oblates*”, en 1968 (n° 27, pag. 289), en un momento en el que el interés por Mons. de Mazenod y por la Congregación parecería estar bajo de tono para muchos Oblatos, cuenta que mientras anunciaba un retiro sobre el tema “Retorno al Fundador”, fue interpelado por un Padre con estas palabras:

“diga por lo menos que lo que ha ocupado siempre el primer puesto en la mente del Fundador ha sido la inspiración evangélica”.

Hay un hecho que impresiona en la vida de nuestro Fundador, al comienzo de la Congregación: su encuentro con Cristo, su viva experiencia de Cristo crucificado y de la Iglesia abandonada (el trabajo del P. D’Addio es fundamental), y su vivo deseo, tantas veces expresado, que aparece por todas partes en la primera regla y en la tradición oblata, de querer vivir la vida de los primeros Apóstoles.

La inspiración es, sin duda alguna, evangélica. Eugenio lo afirma con fuerza, en su primera carta al P. Tempier*:*

“Querido amigo, lea esta carta a los pies del Crucifijo, en la disposición de no escuchar sino a Dios y lo que los intereses de su gloria y la salvación de las almas exigen de un sacerdote como Ud. Imponga silencio a la codicia, al deseo de comodidades. Queremos hombres que se sacrifiquen y quieran consagrarse a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, sin otro provecho en la tierra que muchas penas y contradicciones, lo prometido por el Salvador a sus verdaderos, auténticos discípulos.

(9 de octubre de 1815).

Cuento con Ud mucho más que conmigo mismo para la regularidad de una casa que, en mi idea y en mis esperanzas, debe reproducir la perfección de los primeros discípulos de los apóstoles...” (15 de noviembre 1815).

Su experiencia está descrita en el Prefacio de la Regla de 1818-1826, prefacio que, justamente, viene y será reproducido siempre en todas las demás ediciones.

Eugenio ha encontrado al Señor y su vida ha sido bañada en la preciosa sangre del Salvador, porque “la Iglesia preciada herencia que el Salvador adquirió a costa de su sangre, ha sido, en nuestros días, atrozmente devastada. ¿Qué hizo, en realidad, nuestro Señor Jesucristo cuando quiso convertir el mundo? Escogió a unos cuantos apóstoles y discípulos que El mismo formó en la piedad y llenó de su espíritu... ¿Qué han de hacer, a su vez, los hombres que desean seguir las huellas de Jesucristo, su divino Maestro? Deben trabajar seriamente por ser santos; y caminar resueltamente por los senderos que recorrieron tantos obreros evangélicos’’.

Contemplando, paso a paso, al Fundador y los comienzos de la Congregación los vemos envueltos en plena inspiración evangélica. Eugenio insiste siempre, hablando de sus misioneros que:

“Su Fundador es Jesucristo; sus padres los apóstoles. En efecto, en la Regla de 1818, en el capítulo que se refiere a las obligaciones principales del Instituto, leemos:

“Los misioneros, en cuanto lo permita la debilidad humana, están llamados a imitar en todo los ejemplos de Ntro Señor Jesucristo, principal fundador de la Sociedad, y el de los Apóstoles, nuestros primeros padres”

(Edición Duval, 9-11 y 356-360).

“A imitación de estos grandes modelos, una parte de su vida estará dedicada a la oración, al recogimiento interior y a la contemplación en el secreto de la casa de Dios, donde habitarán juntos; la otra será enteramente consagrada a las obras externas, animados del celo más ardiente y más activo”

(ibidem).

Pero, ¿cómo realizar este programa? He aquí cuanto el Fundador escribe y propone como rasgos característicos de la Regla y de la espiritualidad Oblata:

• insiste en que el fin secundario del Instituto es el reemplazar el puesto de las Órdenes religiosas, desparecidas en la revolución;

• incluye, entre los fines secundarios del Instituto, el rezo del Oficio divino, obligatorio para todos, hasta para los novicios;

• y orienta al Instituto, compuesto por sacerdotes seculares, a una rigurosa vida religiosa.

## B. Los Oblatos llamados a reemplazar las Órdenes religiosas desaparecidas

• **¿Por qué y cómo?** No sabemos con precisión de dónde había sacado el Fundador esta idea, más bien rara entre los Fundadores de este siglo.

• sabemos que tuvo bajo su dependencia como criado en Aix, de 1812 a 1814, al hermano Mauro; un ex-camaldulense que luego volvió a reingresar en su orden con la reapertura de su monasterio durante la restauración;

• ¿su amor, su comprensión por la Iglesia abandonada, con pocos sacerdotes y religiosos, y por consiguiente con una disminución de las alabanzas de Dios?

• El P. Yenveux, presentando el carácter distintivo de la Congregación, insiste sobre cuanto sigue:

“Las Órdenes religiosas son la tradición viviente de la vida de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva; deben vivir, por consiguiente, su vida imitando las virtudes de Cristo. Los Oblatos deben seguir ese camino; deben seguir las huellas de esta tradición ininterrumpida de la Iglesia”. Se subraya, pues, en este fin, de un modo concreto, las exigencias de unir la Congregación al Evangelio y a los Apóstoles.

He aquí los principales textos del Fundador:

El primer texto en este sentido, pero todavía muy genérico, lo encontramos en una carta del 12 de agosto de 1817 al P. Tempier:

“No puedo expresar cuanto desearía que nuestra pequeña comunidad reproduzca, a los ojos de la Iglesia, el fervor de las Órdenes religiosas...”.

El 4 de noviembre de 1817 Eugenio es más explícito:

“Nuestros Escolásticos no deben perder de vista que somos una Congregación de clérigos regulares, que debemos ser por consiguiente, más fervorosos que los simples seminaristas, que estamos llamados a reemplazar en la Iglesia la piedad y todas las virtudes de las Órdenes religiosas desaparecidas durante la Revolución francesa”.

El tercer texto es el de la Regla de 1818:

“El fin de nuestro Instituto es también el de sustituir, en cuanto sea posible, la falta de tantas instituciones desaparecidas en la Revolución francesa y que han dejado un hueco sin llenar, que se nota más, día tras día.

Por eso los Oblatos se dedicarán a hacer revivir en sí mismos la piedad y el fervor de las antiguas Ordenes; se esforzarán por hacer revivir, por medio de sus virtudes y su celo en el ministerio, las santas prácticas de la vida regular, como la práctica de los consejos evangélicos, el amor a la vida escondida, el desprecio de los honores del mundo, el alejamiento de las disipaciones y el rezo del Oficio divino en común”.

(Regla de 1818, Missions Omi n° 78, 1951, pag.114).

Como se puede comprender, para el Fundador, suplir a los religiosos no se refiere tanto a las obras externas cuanto a la vida interna y religiosa. Anota también algunas tareas de las Ordenes que debemos hacer nuestras: abrirse a la juventud y a la predicación. Su pensamiento es aclarado por algunas expresiones dispersas, aquí y allá, en las reglas y especialmente aquellas del *“nihil linquendum inausum”* y el *“sese devovendo omnibus operibus bonis ad quem charitas sacerdotibus inducere postest”*.

En 1948 el P. Mauricio Gilbert se ofendió, al leer, en un librito que presenta la vida de los Dominicos, como la única apta para realizar perfectamente la vida mixta de Cristo, en oposición a las congregaciones que sólo tienen en la vida contemplativa su característica, y a otras que la tienen solo en la vida activa. Entre éstas venían citados: los Redentoristas, los Padres de la Santa Cruz y los Oblatos de María Inmaculada.

El P. Mauricio Gilbert contesta en “*Études Oblates*” 7 (1948) pag. 289, citando un artículo de las primeras Reglas que se ajusta a la definición dada por los teólogos de Salamanca a la vida mixta*:*

“La vida mixta, escriben ellos, es parecida a la de Cristo y a la de los Apóstoles y Obispos. El primer lugar no se manifiesta en el ministerio de la predicación, sino en el de la contemplación. Se puede afirmar, por consiguiente, de un Instituto que su acción está siempre en correlación con su vida contemplativa, cuando ofrece a sus propios hijos los medios apropiados e idóneos para la contemplación. Se puede afirmar, por tanto, que la acción y el ministerio de un Instituto van unidos a la contemplación, si ésta ofrece a sus hijos los medios apropiados, como la clausura y la vida escondida, el silencio, el ayuno, las vigilias, la salmodia y la lectura espiritual...”. Todas estas cosas las pide el Fundador a sus Oblatos en las Reglas.

Durante su vida, el Fundador ha recordado muchas veces este punto. Lo recuerda también en una carta de comentario a las Reglas, del 8 de octubre de 1831:

“Fijad vuestra atención en aquellas Ordenes que la Revolución ha destruido. Considerad su ministerio y sus virtudes, desarrolladas ya en el secreto de la casa de Dios, ya en la contemplación, ya en el servicio al prójimo”.

En el Capítulo de 1843, a la pregunta del porqué de la obligación del rezo del Oficio divino para los escolásticos, responde que una de sus principales preocupaciones, en la fundación del Instituto era la de ocupar en la Iglesia el lugar dejado por las Órdenes religiosas desaparecidas durante la Revolución francesa; que le había impresionado sobre todo la interrupción del Oficio divino y que, por eso, quería imponer a sus hijos, sacerdotes o simples Oblatos, la misma obligación que pesaba sobre los miembros de las Órdenes religiosas.

Solo en 1852 encontramos otro texto del Fundador que recuerda todo cuanto ha sido ya puesto en evidencia y señalado (Mazenod a Berne, 9 de julio 1852).

Vale la pena también constatar que esta suplencia de las Ordenes desaparecidas cesó pronto, sea porque la Congregación ha franqueado las fronteras de Francia o sea porque las Ordenes han vuelto pronto a Francia. Incluso han nacido muchos nuevos institutos. El Fundador seguirá hablando de los Apóstoles, pero no hará más mención de las Ordenes desaparecidas; por el contrario, al final de su vida, invita e inculca a sus hijos a emular el fervor de la Ordenes reconstituidas.

**Emular el fervor de las Ordenes reconstituidas**. Los textos son muchos, solo cito dos:

El 8 de febrero de 1853 escribe al P. Chauvet, director del seminario, que pide la exención del ayuno cuaresmal:

“Siento tener que decirle que no. No estoy convencido que no podamos observar la santa ley del ayuno cuaresmal en nuestra Congregación, cuando todas las Congregaciones y las Órdenes religiosas con quienes convivimos la observan fielmente. ¿Soy severo? Por el contrario, soy sólo recto y lógico, cuando exijo que el espíritu de mortificación y de penitencia se cumpla en nuestra Congregación como ocurre en la Orden renovada de los Dominicos, en la de los Franciscanos y en tantas otras. Acabamos de nacer, deberíamos vivir con todo fervor la juventud de nuestro Instituto y caemos en la decrepitud de las antiguas Ordenes que hay que reformar o que se reforman, de hecho, sólo con la Gracia de Dios”.

El 8 de julio de 1853 escribe al P. Mouchette, moderador de los escolásticos, y exige la perfección:

“Ninguna infracción voluntaria a las Reglas; no hemos de quedar detrás de todas las otras familias religiosas que en estos tiempos se restauran en Francia con todo el fervor de su espíritu primitivo”.

Sería interesante buscar, en la tradición oblata, la influencia de este proyecto del Fundador o de los artículos de la Regla que subrayan este deber, refiriéndose a las Ordenes religiosas. En la biografía del P. Rey, escrita por el P. Baffi, pag. 23, viene citado un fragmento de un texto del P. Rey sobre sus recuerdos de noviciado que se remontan a 1850*:*

“me ha sido enseñado, desde mi admisión al noviciado, que uno de los fines de la Congregación es el de imitar, en la medida de lo posible, los ejemplos que nos han dejado las Ordenes religiosas desaparecidas en Francia: es decir, la pobreza de los Franciscanos, la obediencia de los Jesuitas, el celo de los Dominicos, el amor a la vida escondida de los Cartujos y la mortificación de los Trapenses. Aprovecharé todas las ocasiones para entrar en ese espíritu y practicar esas virtudes”

(Otros ejemplos: cf. E. Lamirande: Los Oblatos y la suplencia de las Órdenes antiguas...,   
en *Études Oblates*, 19 (1966), pag. 195).

## C. La salmodia del Oficio divino

*(Cf. P. Chaff, en Études Oblates, 9 (1950), pag. 115...)*

En la regla del 1818 la obligación del rezo en común del Oficio divino no viene incluido en la segunda parte entre los ejercicios de piedad, sino en la primera parte, entre los fines y las obras. Eso viene a ser, por consiguiente, una obligación para todos, hasta para los novicios; forma parte, sin embargo, de los fines secundarios; cede el paso al fin principal, que, en algunas ocasiones, impide y hace difícil el fin secundario, pero que tiene precedencia sobre los demás ejercicios.

Conociendo, por sus primeros años de experiencia sacerdotal, que la actividad apostólica atrae a los jóvenes, el Fundador subraya, en el segundo artículo relativo al Oficio divino:

“El Instituto debe encontrar en este ejercicio la fuente de todas las bendiciones que recaen sobre todos los demás ministerios.”

Anticipándose a la reforma litúrgica del Vaticano II, el Fundador ha visto, en perspectiva, la importancia, la belleza y lo fundamental de la Liturgia de las Horas, como oración de la Iglesia. (cf. Hudon, *Vie Oblate et liturgie*, *Études Oblates*, 25 (1966), pag. 35...).

El reglamento y los estatutos de la Juventud de Aix contenían ya hermosas páginas sobre el Oficio divino, páginas recogidas casi literalmente en el directorio de los novicios y de los hermanos. El rezo en común del Oficio está presentado como “ministerio angélico y un deber sagrado que cumplimos en nombre de la Iglesia y en unión con ella, con todos nuestros hermanos y con los ángeles que alaban a Dios por toda la eternidad y a los cuales unimos nuestras voces”.

Apenas fundada la casa de Ntra Sra de Laus, con dos o tres religiosos, el Fundador impone al P. Tempier el rezo común del Oficio.

En su Acta de visita a la casa de Ntra Sra de l’Osier, el 16 de julio de 1835, Eugenio escribe*:*

“Nadie debe olvidar la importancia que damos, en nuestro Instituto, al rezo del Oficio en común. Este ejercicio santo lo consideramos como fuente de las bendiciones que el cielo derrama sobre el ministerio de toda la Sociedad. Por consiguiente, toda comunidad debe sentirse obligada y dar importancia a este deber, conforme al espíritu de la Congregación. Por tanto, aunque en una casa haya solo dos Oblatos, están obligados al rezo del Oficio en común”.

Es bueno recordar que el P. Albini, aunque estuviera solo en la casa, rezaba en voz alta el Oficio divino ante el Santísimo. Era el Oblato por excelencia en todo, que captó perfectamente el ideal señalado por el Fundador. En Córcega antes de 1790, se contaban más de 150 conventos, todos cerrados, al llegar los Oblatos en 1835. Se comprende, pues, porqué el P. Albini tenía tanto interés en ver en los Oblatos continuadores de las Ordenes desaparecidas, fuera por su celo infatigable en las misiones, o por el rezo asiduo del Oficio divino en común (cf. J. Thiel, “*Notes concernant notre P. Albini*, Roma 1934, n° 787).

Para responder a todas las necesidades de la Iglesia abandonada, el Fundador funda un Instituto que tiene como tarea la de anunciar el Evangelio al mundo y la de alabar a Dios en comunidad con el rezo del Oficio en común. Solución esta que imita el modo de actuar de los Apóstoles, quienes dedicados a otras ocupaciones dejaban las obras de misericordia para entregarse al ministerio de la palabra y a la oración: *“nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus”*.

El Fundador, al formular más tarde los artículos de la Regla, recoge de los demás institutos y de las diversas espiritualidades, pero sabe también hallar lo esencial en la tradición evangélica y apostólica.

De lo más profundo de su experiencia espiritual, personal y cristocéntrica, brotan las grandes líneas de su corazón: la obra de Dios y el ministerio, que hacen referencia a las dos grandes pasiones de Cristo: la gloria del Padre y la salvación de los hermanos. En un artículo de “*Études Oblates*”, de 1950, sobre este tema (pag. 127), el P. Schaff escribe:

“No conozco, ciertamente, fundadores que se hayan atrevido a aceptar tantos ministerios con tanta contemplación”.

El P. N. Boutin, en el libro: *La espiritualidad de Mons. de Mozenod*, Montreal 1970, tiene dos buenos capítulos a este propósito: *Dans la charité du Christ, l’esprit de religion* (pag. 87-170).

## D. La Vida Religiosa

Por todo cuanto el Fundador escribe en el Prefacio de la regla sobre los males de la Iglesia causados por malos sacerdotes y en los párrafos que señalan cómo los Oblatos deben sustituir a las Ordenes desaparecidas y sobre la reforma del clero como fin secundario del Instituto, él no puede dejar de pensar en la vida religiosa.

Efectivamente, sus primeras cartas al P. Tempier, y la súplica del 25 de enero de 1816, dejan entrever claramente cuál puede ser la tendencia y el ideal que no explica claramente entonces; él no está solo, debe antes convencer a sus colaboradores, sacerdotes diocesanos. La ocasión propicia se le presenta al ofrecerle el Santuario de Ntra Sra de Laus. Esta segunda casa viene a señalar la necesidad de una regla bien precisa que una a todos los miembros del mismo modo. Sabemos que en el Capítulo de 1818 son aceptados los votos de castidad y obediencia (pero la mayoría ha sido lograda sólo por la presencia de tres escolásticos). En 1821 se hace obligatorio el voto de pobreza para los futuros miembros (había oposición de parte de los primeros sacerdotes).

La introducción de los votos es sólo una parte del proyecto de vida religiosa de la Regla de 1818. El artículo que describe cómo sustituir a las Ordenes desaparecidas, anuncia ya cuanto tiene de exigente y de radical y que será después exigido en la segunda parte de la Regla. Releamos el texto:

“Los Oblatos intentarán hacer revivir en sí mismos la piedad y el fervor de las Ordenes desaparecidas...se esforzarán por lograr sus virtudes, su ministerio y las más santas prácticas de la vida regular. como la práctica de los consejos evangélicos, el amor a la vida escondida, el desprecio de los honores del mundo, el alejamiento de la disipación, el horror a las riquezas, la práctica de la mortificación, el rezo del Oficio divino públicamente y en común, etc. “

(Regla de 1818, en Mission 78, 1951, pag. 14 y 44-67).

Este es el conjunto de obligaciones de la vida regular que el Fundador tiene presente en su mente cuando habla de aquella regularidad que ha exigido continuamente a todos y de todos los modos. (cf. H. Verkin, en *Études Oblates*, 26, 1967, pag. 342 y 388; Y Beaudoin, ibid, 43-1984, pag. 81 y 112).

Podemos preguntarnos: ¿por qué tanta insistencia? Lo hace ver y lo expone en la circular de agosto de 1853. Está convencido que, sólo por la observancia de la Regla, los Oblatos serán perfectos, santos y realizarán plenamente el fin del Instituto: la predicación de la palabra de Dios a los pobres, el suplir a las Ordenes religiosas y la reforma del clero.

En su discurso al Capítulo general de 1850 precisa:

“Debemos comprender más que nunca la necesidad de ser perfectos religiosos para poder ser buenos misioneros. Debemos estar convencidos que el medio más eficaz para hacer y lograr frutos abundantes en la salvación de las almas es la santidad de vida y la práctica de todos los deberes de nuestro estado religioso. Un modo de hablar muy pedagógico. Los Padres, sobre todo por el año 1850, están todos muy entregados al apostolado con cierta pérdida de la vida religiosa. El Fundador recuerda que para ser buenos misioneros hay que ser primero perfectos religiosos. En las primeras páginas de la regla viene subrayado que la santidad de los miembros, por la vida religiosa y el apostolado, no es solo un medio, sino uno de los fines de la Congregación.

# V. PURIFICACIONES DE LA EDAD MADURA (1826-1837)

A. Introducción

B. Purificación del corazón

C. Purificación de su carácter de líder

D. Nuevas duras pruebas, en 1838 y 1839

E. Conclusiones

## A. Introducción

No hay camino en la vida espiritual que no pase, un día u otro, por las purificaciones, por la noche de los sentidos y del espíritu.

El Fundador estaba dotado de muchos talentos, entre los que descuellan:

• la ternura de corazón, la necesidad de afecto: *“solo vivo por el corazón”*, ha escrito;

• el don de jefe, de liderazgo: ve claro en las diversas actuaciones, decide con firmeza y autoridad, realiza con tenacidad.

Por los años 1826-1837, como consecuencia de una gran crisis, estas dos características suyas fueron duramente mortificadas y purificadas.

## B. Purificación del corazón

El Fundador ha alimentado siempre un afecto muy particular por todos sus hijos espirituales.

• **Congregación de la juventud de Aix:** Eugenio ha sabido conquistarse en pocos años a la juventud de Aix. Poco después de haber fundado a los Misioneros de Provenza, la Congregación de la juventud puede contar con cerca de cuatrocientos jóvenes. Uno de estos ha escrito un libro: “Sobre su fascinación para conquistar las almas” ... (cf. A. A. Tavernier: “Quelques souvenirs sur Mgr de Mazenod”; Aix, 1872).

El secreto de Eugenio, lo ha escrito él, es su corazón, su amor y su afecto.

El P. Pielors, en su libro sobre la “Vida espiritual de Mons. de Mazenod”, 1782-1812, transcribe en la pag. 189, el extracto de una carta de una señora de Aix, del 20 de mayo de 1817. En esa carta leemos*:*

“No sé qué diablos de gusto encuentran los jóvenes en esa congregación que les exige siempre cosas contra su gusto, contra sus pasiones y contra las diversiones de su edad. De Mazenod es capaz, quiera o no, de hacerse amar y temer, al mismo tiempo por todos. Si alguno se acerca a él, no tiene escape, lo conquista enseguida. ¿La razón? tiene el secreto del embrujo”.

• **Hacia los Oblatos**: Eugenio ama a sus hijos Oblatos, más allá de toda expresión. Su amor aflora en todas sus cartas. Y muchas veces, reconoce amarlos aún demasiado. He aquí algunos extractos de sus escritos:

En el retiro de mayo de 1818, escribe:

“El corazón me da la certeza de que solo Dios es el artífice y el lazo de unión de esta sintonía entre yo y mis hijos. Solo una cosa debo reprocharme, creo, la del padre que, después de un minucioso examen de conciencia, reconoce que ama demasiado a sus hijos.

Sería, sin duda, más perfecto amar sólo a Dios, pero para realizarlo sería necesario no vivir entre los hombres”. (Se siente especialmente “padre” de los jóvenes de la Congregación de la Juventud, que se hicieron Oblatos).

En noviembre de 1830, está en Billens y a punto de salir para Niza y Marsella. En el último momento llega Mons. Forbin-Janson y debe de ocuparse de él y no de los escolásticos. A lo largo del viaje, el 17 de noviembre, les escribe una carta:

“Me había prometido disfrutar las últimas horas en vuestra dulce compañía; mi corazón sentía la necesidad de explayarse, de expresar a cada uno los sentimientos de este tierno afecto que siento por vosotros, tan dignos de todo mi querer...Pero he tenido que dejaros, ahogando esos sentimientos de mi alma, llevándome conmigo mi dolor, mi pesar, privado de la dulzura y del bálsamo que me hubiesen procurado vuestros últimos abrazos. Ese sacrificio me ha costado mucho, pero he logrado ofrecerlo a Dios en expiación de lo que pueda haber de exceso en el afecto que os tengo. Pero ¿es una culpa, acaso, amar demasiado a unos hijos que nunca me han dado motivos de descontento, que van con fervor por los caminos que Dios les ha señalado para bien de la Iglesia y de la Congregación?”

El 25 de enero de 1831 escribe al P. Mille:

“Sabe Ud que soy un padre, y...¡qué padre! Por consiguiente no puedo contentarme con la parte que se da a un Superior”.

El 7 de abril de 1835 escribe al P. Casimiro Aubert a Ntra Sra de Laus:

“Tus cartas, mi buen hijo, y los sentimientos tan tiernos y tan conmovedores que me expresas, me procurarían demasiado gusto si la pena que siento de vivir separado de tí...no fuese un correctivo suficiente para mitigar las emociones tan vivas de mi corazón

Ahora, de 1826 a 1831, el Fundador padece todos sus dolores de padre:

Cinco Oblatos han sido llamados por el Señor: tres de ellos son ex-miembros de la Congregación de la Juventud. El dolor causado por estas pérdidas le abate física y moralmente: el P. Marcou muere el 1826, Arnoux y Dumolard en 1828, Suzanne el 31 de enero de 1829 y Capmas el 10 de enero de 1831.

Después del jubileo de 1826, a causa de las muchas predicaciones bajo la dirección del P. Tempier, Vicario General, algunos Padres se ponen enfermos: el P. Albini, Guibert y Reynier pagan su tributo a la enfermedad en 1827, y el P. Coutes, “esta niña de sus ojos”, en 1829, y tantos otros, después.

En mayo-junio de 1829 el mismo Eugenio se pone gravemente enfermo, después de la muerte del P. Suzanne y de la enfermedad del P. Courtes. Hasta se anuncia su muerte en el “Ami de la Religión” el 18 de julio. Durante su convalecencia en su familia, durante los meses de septiembre-octubre, muere su sobrina Natalie de Boisgelin.

En París, el 26 de junio de 1825, también había fallecido otra sobrina, María Carolina de Boisgelin, a quien él quería muchísimo.

• **Expresiones de su dolor**: En todas las cartas de este período, el Fundador subraya su dolor (cf. *Ecrits Oblats*, vol. VII).

A la muerte del P. Arnoux, el 22 de julio de 1828, escribe al P. Coutes:

“Cada vez que he leído y releído tus cartas, las he bañado de lágrimas”.

Durante la enfermedad del P. Suzanne, escribe al P. Courtes, el 15 de noviembre de 1828*:*

“He podido derramar gran abundancia de lágrimas; creo que ese desahogo me ha salvado. Me queda, sin embargo, una fatiga grande. Me costará la vida amaros como os amo. No puedo sin embargo ni arrepentirme ni quejarme”.

Después de la muerte del P. Suzanne, ocurrida el 19 de febrero de 1829, escribe al P. Courtes*:*

“No creo faltar a la resignación; no me niego a los consuelos; pero la llaga siempre abierta y sangrante no puede ser curada ni siquiera por un bálsamo sobrenatural...Tengo siempre ante los ojos a ese hijo, por lo que ha sido para mí, por las esperanzas que ponía en él, por mi descanso y por el bien del Instituto. Mi pensamiento vuela y volará hacia ese querido hijo, objeto de mi amor y de mi continuo pesar. Pienso en él, hablo de él, le tengo siempre presente”.

A la muerte del P. Capmas, escribe al P. Tempier, el 11 de enero de 1831*:*

“Hay que confesar que la enfermedad y la muerte nos golpean con una predilección que desconcertaría a unos hombres menos sumisos a la voluntad de Dios que nosotros. No temo hacer esta confesión porque me parece que estoy bastante hecho a ese hábito de conformidad con los designios impenetrables de la divina Providencia, aunque no presuma, ciertamente, de ser insensible a los golpes que a veces parece que nos van a hundir.

No desearía este tipo de perfección (insensibilidad) que me es ofrecido...Y digo más, para mí es un escándalo leer ciertas biografías. Jesucristo, nuestro único modelo, no nos ha dado este ejemplo. Adoro su conmoción y sus lágrimas ante la tumba de Lázaro y, al mismo tiempo, deploro el estoicismo, la insensibilidad y el egoísmo de aquellos que desearían ir aun más allá de este prototipo de toda perfección, que ha santificado todas las situaciones de nuestra triste peregrinación”. (Por consiguiente el afecto por sus hijos, en el Fundador, es cuestión de temperamento, pero también de principios y de humanidad).

• **Otro sufrimiento afectivo**: Padre Tempier. En los primeros años de su ministerio en Aix, el Fundador busca un amigo capaz de dulcificar sus penas y de intercambiar con él cualquier idea sobre los diversos proyectos apostólicos, etc. (Carta a Forbin-Janson, 12 sept. 1814).

En 1815 encuentra ese amigo en el P. Tempier. Con él, durante cuarenta largos años, ha intercambiado ideas y ha ideado los mismos proyectos. Muy pronto, sin embargo, advierte que Tempier tiene un defecto que fue, no obstante, una bendición para él: es poco emotivo, frío, muy reservado, dispuesto a demostrar una gran disponibilidad para escuchar al Fundador en los momentos de gran alegría como en los de tristeza; pero, incapaz de intercambiar manifestaciones de afecto y de vivir al unísono con él.

Un poco cada vez, el Fundador tuvo que resignarse también sobre este punto y sobre todo en aquellos períodos en que el dolor rondaba a la puerta de su corazón, como por ejemplo cuando la muerte del P. Suzanne en 1829, y cuando los problemas de *Icosía* en 1833-1835.

Cito solo tres textos:

En 1829, el P. Tempier cambia la fecha del retiro anual de Aix, sin avisar al Fundador, convaleciente en casa de su hermana, en San Martín. Eugenio, escribiéndole el 6 de octubre le dice*:*

“Le he siempre considerado un otro yo mismo, porque no solo le quiero mucho, sino que le comunico de buena gana cuanto me pasa por la mente, pero también me sorprende las dificultades que tiene para ponerme al corriente de sus proyectos. Esfuércese en ser menos reservado conmigo. Me ponen al corriente de las cosas cuando ya están hechas”.

El 1 de agosto de 1835 el Fundador, que lleva unos meses en Ntra Sra de Laus por el asunto de *Icosía*, escribe al P. Tempier*:*

“No estoy contento de mi posición. Aunque sea con frecuencia tan huraño que no se pueda saborear con Ud la dicha de ese abandono, de esas conversaciones a corazón abierto que llenan de consuelo a dos almas tan unidas como las nuestras; aunque no precisamente por su culpa, lo reconozco, sino en razón de su carácter, está siempre en retraso conmigo, debo confesarle que no puedo vivir sin Ud...Faltaría algo esencial a mi existencia”.

• **Conclusiones**: Desde el verano de 1829 y todo el año de 1830, el intenso dolor provocado por la muerte del P. Suzanne y la enfermedad del P. Courtes postran más de lo que se puede decir al Fundador, pero al mismo tiempo, demasiado humano, demasiado sensible, según él mismo escribe en algunas cartas ya citadas, como la escrita a los escolásticos de Billens el 17 de noviembre de 1830, y la otra a Casimiro Aubert el 7 de abril de 1835, y sobre todo la carta al P. Tempier, del 11 de enero de 1831, con ocasión de la muerte del P. Capmas, en la que escribe:

“Espero temblando la noticia que me traerá el jueves. Esta vez (es el primer difunto después de Suzanne) lo que ocupa mi pensamiento por completo es el bien general de la familia, mucho más que cualquier otra consideración o afecto personal. Me preparo para cualquier acontecimiento con la oración y el abandono a la voluntad del Señor de nuestros destinos para quien estamos aquí abajo”.

## C. Purificaciones de sus dotes de liderazgo

Eugenio, hombre de acción y realizador, tiene campos de acción que ofrecen la medida exacta para su dinamismo natural y de su celo apostólico: la Congregación y la Diócesis.

• **La Congregación, de 1826 a 1834**: El Fundador vuelve de Roma a Francia en 1826 con el “Breve” de aprobación de la Regla y de la Congregación. Es este un gran éxito personal. En el Capítulo General afirma que todo cuanto ha sido logrado no es más que el feliz inicio de una nueva era para la Congregación. Tiene grandes proyectos de desarrollo y de apostolado. Pero...debemos constatar que, esta vez, no ha sido un buen profeta. Durante unos diez años se dibuja un período de estancamiento y se perfilan peligros para la Congregación.

• Desarrollo muy limitado: solo una casa más, de 1826 a 1834: el seminario de Marsella en 1827. En 1830 se abre la casa de Billens, pero se cierra la de Nimes.

• El Fundador se debate en graves dificultades y graves problemas que no logra resolver:

• Son pocos los que perseveran en el noviciado. La Congregación solo logra atraer pocos jóvenes y estos poco comprometidos. En 1826 solo tres hacen votos. Examinando los diversos períodos hallamos estos resultados: en 1827 de 13 solo perseveran tres, y tres sobre diecisiete en 1830.

• Además: a los novicios no se les ofrece una formación adecuada, por cambiar con demasiada frecuencia los maestros de novicios. En su viaje a Roma el Fundador, que ha admirado tantos noviciados por donde ha pasado, expresa el propósito de mejorar el nuestro, dándole, sobre todo, un maestro fijo. Pero entre 1825 y 1834 se suceden ocho maestros de novicios: Coutes, Guibert, Reynier, Guigues, Capmas, Mille, de nuevo Guibert y, por último, Aubert, a partir de 1834. Este, finalmente, lo será durante varios años.

• La Congregación no logra retener dentro de ella a sus profesos. En seis años, de 1826 a 1831, diez profesos dejan la Congregación; de esos, seis son ya Padres. El número es más bien elevado, si lo comparamos con el número total que no llega a cuarenta.

• Los Padres están escasamente comprometidos en el trabajo apostólico, por diversos motivos:

• Necesidad de predicar el jubileo de 1826. El Fundador no está de acuerdo:

“Si en lugar de esta parada se hubiese evangelizado a las pobres almas más abandonadas, Dios hubiese sido más glorificado”

(carta a Courtes, 22 de julio de 1826).

• De 1827 a 1829 hay muchos enfermos y muertos. (En Ntra Sra de Laus, Mons. Arbaud encarga pocas misiones a los Oblatos, porque los juzga demasiado buenos y demasiado misericordiosos, no jansenistas).

• En 1830, y por unos años más, los jefes de la revolución de julio prohiben la predicación de misiones. La Congregación queda así herida en lo más profundo del corazón Entonces, desaparecen prácticamente los Misioneros de Francia.

• En el Capítulo de 1831 se decide aceptar las misiones extranjeras, pero se constata que, por el momento, hay poco trabajo.

• El Fundador no logra fundar fuera de Francia (lo intenta vanamente en Roma, en Saboya, en Córcega, en Argelia). No logra la fusión con otros Institutos (Oblatos de María Virgen de Lanteri, Misioneros de Saboya de Favre y Misioneros de la Preciosísima Sangre de Gaspar de Búfalo).

• Advierte y se da cuenta que la Congregación está formada de personas no muy brillantes. Pone por escrito en una carta esta amarga constatación, durante su obligado descanso en Suiza en 1830. El 1 de agosto celebra la misa en los Jesuitas de Friburgo, con ocasión de la fiesta de San Ignacio. Por la tarde escribe al P. Tempier*:*

“Felicitaba a su santo fundador por las maravillas que ha realizado...Pero, digámoslo con franqueza, ¡qué hombres lo han rodeado y secundado! Desde los primeros años de la fundación del Instituto, se puede decir que cada uno se ha esforzado por hacer siempre más y mejor que él. Parece que todos aquellos, que con su celo se esforzaban por defender la Iglesia tan desunida, sentían vivo en su alma el deseo de serle útil y de dedicarse a esa gran obra, encuadrándose al amparo de la bandera de San Ignacio; su Compañía fue, desde los comienzos, un ejército de generales.

No hay que sorprenderse, por ello, de cuanto han podido hacer. ¿Vemos algo parecido entre nosotros? Tenemos que formar, con esfuerzo, algunos jóvenes; la mayor parte de ellos no logra hacer propios los grandes deseos y las aspiraciones que deberían elevarlos por encima de cuanto los rodea.

No hay ninguno que pueda aportar algo propio para poner una piedra al edificio que tenemos que construir juntos. ¡Tiempos desastrosos! ¡Detestable influencia del mundo sobre los espíritus! En el momento que logramos encontrar alguno dispuesto a hacer algo, justo lo hacen en sentido contrario; en lugar del impulso que daría el concurso de varias voluntades dirigidas hacia el mismo objetivo, justo vemos apagarse y debilitarse todos los sentimientos de nuestras almas, a causa de las atenciones, de las precauciones y de los razonamientos que hay que emplear para, por lo menos, utilizarlos en la mediocridad en la que esas almas frías y sin vigor desean mantenerse. He llegado a pedir a Dios que me lleve de este mundo, si no me es dado hacer otra cosa, fuera de lo que hago diariamente”.

• **La Diócesis de Marsella**: Eugenio ha hecho de todo, se ha atrevido a usar todos los medios, para reformar la diócesis y.… sobre todo el clero. No ha tenido éxito.

• No solo no es bien visto, sino que es odiado por algunos que no miran con buenos ojos sus proyectos de reforma; hasta se oponen con fuerza y tenacidad.

En 1833, en un informe anónimo mandado a París por algunos sacerdotes, lo vemos enfrentado a un nutrido elenco de acusaciones contra él. El postulador ante la Santa Sede ha empleado veinte largos años para lograr desenredar la madeja de algunas acusaciones, dirigidas contra la heroicidad de sus virtudes.

• Está, sobre todo, disgustado con el trabajo de administración y con la oposición siempre más viva (por dar mucho, debía ser querido y apoyado).

Escribe al P. Honorat el 12 de diciembre de 1827, hablando de las misiones*:*

“Ojalá pudiera tomar una parte más directa...pero, mis pecados me obligan y me ponen al servicio de una infinidad de otras ocupaciones, ninguna de las cuales es de mis gusto... ¡Qué estado penoso el mío! Estoy triste, a veces, hasta la muerte y no tengo alguno cerca que me pueda consolar”.

• El 2 de enero de 1828, felicitando el nuevo año al P. Courtes, escribe*:*

“Mi mesa está llena hasta el punto que no puedo colocar una lámpara. No me siento con fuerzas para continuar este trabajo”.

• **Conclusiones:** Una crisis afectiva, de 1829 a 1830, le enferma; por una crisis de liderazgo está enfermo casi todo el año 1837. Es su deseo abandonar la diócesis de Marsella y ocuparse únicamente de la Congregación, pero su nombramiento inesperado como obispo de Marsella lo deprime más de cuánto puede decirse. Acepta la voluntad de Dios, pero su físico y su sicología quedan sacudidos. Fue necesario un año entero para hacerse a la idea de aceptar un cargo que luego desempeñaría con buen ánimo.

## D. Nuevas duras pruebas en 1838 y 1839

Apenas elegido obispo de Marsella, dos graves acontecimientos purifican sobre todo el corazón henchido y rebosante de afecto de Mons. de Mazenod, y perfeccionan su dotes de jefe: dotes que lo colocarán en una condición necesaria para amar cada vez más a Dios y actuar siempre mejor, y solamente en Dios y para Dios, a despecho de sus inclinaciones naturales.

• **Asunto Veze:** Mons. de Mazenod tuvo siempre dificultades en la búsqueda de buen personal para el obispado. Por los años 18321834 se le presentó un tal Veze, recomendado por el P. Guibert, quien fue enseguida despedido por el P. Tempier. Se le readmitió en 1836, pero de nuevo fue enviado a casa, con bastante dinero para montarse un negocio. Vuelve varias veces para pedir ayudas pecuniarias, que le son claramente rehusadas y entonces intenta vengarse. El 31 de marzo de 1838, aparece durante la bendición y consagración de la iglesia de Roquevaire, tira una llave en el recipiente que contiene el agua bendita y señalando a Mons. de Mazenod, en la iglesia llena de gente, grita:

“es un bandido; es un malvado; es un ladrón; es un sodomita”.

Todos los periódicos, hasta los anticlericales, dan la noticia con sobriedad. El Jueves Santo, 12 de abril, se difunde un folleto con este título: “La llave del Obispado”, un episodio del siglo XV que llama la atención. El panfleto está publicado en la tipografía Moissy, para vengarse por no ser más la tipografía oficial del obispo. Una verdadera humillación para el Fundador.

Enseguida Veze es juzgado en Marsella y luego en segunda instancia en Aix y el hecho ofrece a los periodistas la ocasión de explayarse como mejor creen. El Fundador escribe en su diario el 13 de abril de 1838:

“Puede bastar esto para mi Viernes Santo. Puedo afirmar, esta vez, que estoy verdaderamente crucificado. El estar en la cruz con mi Señor es más que suficiente para dulcificar mis amarguras”.

El 7 de abril había escrito*:*

“Hasta hoy he tenido la alegría de afirmar que, después de tantas tribulaciones contradictorias y persecuciones, mi honor ha quedado incólume. Había sido acusado de ambición, de avaricia, de altivez, de crueldad, de odio...pero nunca, hasta ahora, habían envuelto en fango mi modo de vivir. A los cincuenta y seis años, he aquí que se me acusa de la manera peor. En adelante, no puedo envidiar a nadie. San Atanasio y San Francisco de Asís no se atreverán a quejarse ante lo que me está ocurriendo”.

Después se confía a la humildad, perdona como Jesús en la cruz, reconoce su inclinación natural a amar y a difundir bondad a su alrededor y . de un modo muy particular, a sus criados, y afianzado y purificado, concluye*:*

“Cuando se va con el corazón abierto al encuentro de los pecadores, por amor a Dios, sin motivaciones humanas, se tiene la fuerza para no hacer caso de ningún dolor, cuando uno se encuentra con hombres metidos en el desorden del pecado. No había pensado así hasta hoy; había creído encontrar en la vida del Señor el ejemplo y el modelo en el que podía apoyarme, pero confieso que me había equivocado”

(Diario, 7 de abril de 1838).

• **Asunto Arbieu**: 31 de marzo de 1839: fiesta de la Santa Pascua. Antes de acercarse para celebrar la Santa Misa de Resurrección, un joven abogado amigo comunica a de Mazenod que está a punto de ser publicado un folleto infamante hecho por la Señora Arbieu contra él.

Desea vengarse por haber sido denunciada por la administración diocesana, a causa de su casa de prostitución, bajo la advocación de Santa María, y por el hecho de que vestía un hábito religioso.

El Fundador escribe en su diario que hubiese preferido que este aviso hubiese llegado el Viernes Santo*:*

“Es una flor que florece en el Gólgota y no una lectura de meditación para el día de Pascua. En todo caso, añade, todos los días son buenos para participar en los ultrajes de la Cruz, que debemos llevar cada día, siguiendo al Señor. Se lo agradezco al buen Maestro. Por natural me siento poco llevado al orgullo; tal vez el demonio hubiera acabado tentándome con ese vicio detestable, presentándome demasiado al vivo el bien realizado en mi vida. Pero Dios precede al diablo y permite que los hombres paguen con la ingratitud todo aquello que hacemos por ellos. Mis intenciones son desnaturalizadas y dan lugar a la calumnia”.

En algunas páginas del diario recuerda el gran afecto que le tributaban en Aix los jóvenes y el pueblo. Enumera todas las oposiciones y las incomprensiones de Marsella, donde ha sido desconocido, despreciado, escarnecido, calumniado y odiado...

“Vanitas vanitatum”, concluye. He sobrepasado cualquier límite, me he excedido en el amor prodigado desde mi infancia a mis semejantes. Me he excedido, sobre todo, en el deseo de lograr de los demás sentimientos parecidos a los míos. El sentimiento y la disponibilidad del corazón van juntos con la acción y el servicio a los demás. Cada uno, según la medida de los dones recibidos, después de haber ofrecido todo su afecto a los demás y después de haber gastado todas sus fuerzas, debe concluir: “servi inutiles sumus, quod debuimus facere, fecimus”. De este modo se renuncia para siempre a la gratitud...Doy gracias al Señor por haberme iluminado sobre este punto a través de crueles y dolorosas experiencias”.

(Cf. Diario, 31 de marzo de 1839; Leflon III, 798-801).

## E. Conclusiones

Después de haber purificado su amor y amordazado su temperamento de jefe y de líder, con esta disponibilidad de amor y de servicio, sin esperar ninguna recompensa terrena, sino únicamente confiando en el amor de Dios, el Fundador empieza a conducir la diócesis de Marsella, arreglándose para proyectar también hacia adelante a la Congregación, a la conquista y a la salvación de las almas.

# VI. EL FUNDADOR A LA BÚSQUEDA DE LA VOLUNTAD DE DIOS

A. Introducción

B. Voluntad de Dios y vida espiritual

C. Algunos momentos importantes en la vida del Fundador, en los que se muestra especialmente inclinado a la búsqueda de la voluntad de Dios.

D. Conclusiones

## A. Introducción

Una de las muchas dificultades suscitadas por el promotor de la fe contra las virtudes heroicas del Fundador es esta: Eugenio de Mazenod, que tanto ha invitado a sus hijos a la obediencia, no ha obedecido nunca; ha sido superior durante toda su vida sacerdotal.

Es cierto, Eugenio ha tenido pocos superiores durante su vida; pero podemos preguntarnos: ¿qué es verdaderamente esencial en la vida espiritual, tener y obedecer a uno o más superiores, o esforzarse por secundar, del mejor modo posible, la voluntad de Dios, manifestada a través de los superiores, cuando se tienen, o manifestada por otros medios?

## B. Voluntad de Dios y vida espiritual

Todos los escritores de espiritualidad están de acuerdo en afirmar que el grado de perfección va siempre unido al grado de conformidad con la voluntad de Dios. Esto es cuanto ha dicho y enseñado Jesús; y así es como se ha expresado siempre, desde que dijo: “Estoy contento, Padre, de cumplir tu voluntad” (Sal. 39, 8), o también: “Yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8, 29), y finalmente: “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc. 22, 42).

¿Cómo conocer con certeza esta voluntad? Muchos aseguran querer hacer la voluntad de Dios, pero luego no se esfuerzan por conocer el camino y el modo de buscarla y encontrarla. Todos saben que la así llamada “inspiración” puede ser, tal vez, un engaño o un estímulo para hacer la propia voluntad. Y esto es más bien frecuente y de un modo muy particular en las personas apasionadas y meticulosas.

En el siglo pasado se ha dado un florecimiento de discípulos de la espiritualidad de San Francisco de Sales que han exagerado en este sentido. La abanderada fue la Madre Francisca de Sales Chappuis de las Visitandinas de Reims. Todo cuanto hacía aseguraba que era siempre Dios quien se lo pedía. Es esta la llamada “espiritualidad del camino”.

Ha sido acusada de semi-quietismo (doctrina parecida a la de la Señora Guiyon) y fue denunciada al Santo Oficio por el P. Waringant S. J. Todo esto ha dificultado y detenido su causa de beatificación.

Entre sus discípulos está el P. Brissou, fundador de los Oblatos de San Francisco de Sales, y la Señora Carre Malberg, fundadora de las hijas de San Francisco de Sales; por el mismo motivo también sus causas de beatificación progresan lentamente.

¿Y qué decir hoy de Mons. Lefevre y sus discípulos, convencidos como están de hacer la voluntad de Dios, aun levantándose contra el Papa y contra todos los obispos?

En general, podemos afirmar que la voluntad de Dios se manifiesta por la observancia de los mandamientos, las inspiraciones internas de la gracia, interpretadas por los directores espirituales, y las intervenciones de Dios en los acontecimientos externos. “Si aceptamos de Dios los bienes ¿por qué no vamos a aceptar también los males?” (Job, 2, 10)

La voluntad de Dios se manifiesta también a través de las órdenes de los superiores, las constituciones y reglas para los religiosos, etc.

## C. El Fundador a la búsqueda de la voluntad de Dios

En sus cartas, sobre todo después de su conversión y de su decisión de ser sacerdote, por los años 1805-1808, el Fundador repite y repetirá continua-mente durante toda su vida, tanto a su padre como a su tío Fortunato, que quiere seguir la voluntad de Dios[[[1]](#endnote-1)](#bookmark33). Sabemos que ciertamente ha buscado y seguido todo esto con mucho discernimiento. He aquí algunos ejemplos:

• **Decisión de hacerse sacerdote:** El Fundador tiene un carácter autoritario e independiente. Ni en su infancia, ni en su juventud, le conocemos un ejemplo de desobediencia a sus padres, ni tampoco grandes actos de obediencia. Siempre se le ha permitido actuar conforme a sus deseos y a sus gustos. En algunas notas de retiros, escritas en París en 1808, escribe:

“Tengo veintiséis años y no he desobedecido nunca”.

En 1808 decide ingresar en el seminario y lo hace en contra de la voluntad expresa de su madre (cf. todas las cartas de 1808 y 1809), y contra la menos clara del padre[[[2]](#endnote-2)](#bookmark35). El motivo de esta elección es únicamente el deseo de hacer la voluntad de Dios, aunque a esta situación se opongan sus padres. Una voluntad buscada y madurada largo tiempo, con prudencia y oración.

Pero ¿cuál es el criterio de discernimiento que ha seguido?

• **Intervención directa de Dios**, inspiración clara. He aquí lo que escribe Eugenio a su amigo Carlos de Forbin-Janson, el 23 de octubre de 1815, después de haber fundado la Congregación:

“Es la segunda vez en mi vida que me veo tomando una resolución de la más serias como movido por una fuerte y extraña sacudida”. Hemos hablado ya de esta gracia. Es necesaria esta sacudida divina para allanar el camino y tantos motivos contrarios a esta decisión: como la extinción del nombre de los Mazenod; ninguna posibilidad futura de poder pagar las deudas del padre; dejar solas en Sicilia las tres personas más queridas: el padre y dos tíos, y dejar solas en Aix las tres mujeres más amadas: la madre, la abuela y la hermana.

Siempre muy equilibrado, el Fundador verifica a largo plazo el origen y el alcance de esta “gracia o inspiración”, confirmada luego por los acontecimientos, y pidiendo humildemente consejos.

• **Acontecimientos:** Todo en la vida del Fundador parece subrayar y confirmar la gracia recibida: la imposibilidad de volver a Sicilia para hacer carrera en la corte; la muerte de una joven rica con la cual habría podido contraer matrimonio; su sensibilidad, siempre más agudizada, por la Iglesia abandonada y perseguida, y por último el amor a los pobres que viven en la ignorancia religiosa, etc.

• **Consejos de los directores:** Mientras tanto consulta hombres piadosos y prudentes. Escribe a su madre el 7 de abril de 1809, antes de la tonsura y las órdenes menores:

“Me dice que necesito reflexionar, antes de tomar una decisión tan importante. Estoy de acuerdo, pero...este examen no puede durar toda la vida. Ninguna decisión ha sido tomada con más madurez y ninguna ha sido estudiada, meditada y cribada, durante tanto tiempo, como ésta. La próxima Navidad (fecha del subdiaconado) señalará el fin del tercer año de examen; a él hay que añadir otro año de prueba en el seminario[[[3]](#endnote-3)](#bookmark36). He consultado también a los mejores directores de conciencia, para conocer si mi vocación, que se remonta a la edad de la razón[[[4]](#endnote-4),](#bookmark37)  es real o no. He visto también al P. Jesuita Magy, uno de los mejores directores de conciencia, etc.”.

Tenemos, por tanto, una seria y larga búsqueda de la voluntad de Dios, acompañada de un cambio real de vida, antes de adherirse a la voluntad de Dios; voluntad contraria a la de sus padres (superiores).

• **La fundación de la Congregación**: Eugenio vuelve a Aix en el otoño de 1812 y pone en marcha la Congregación, entre el 2 de octubre de 1815 y el 25 de enero de 1816. Tres largos años para decidirse a entrar en el seminario; tres años de entrega para fundar el Instituto.

• **Proyectos, larga crisis de búsqueda:** Tenía ya cierto proyecto en 1811 cuando fue ordenado en Amiens. Mons. Demandolx, amigo de los Mazenod, propuso al neo-sacerdote aceptara el cargo de Vicario general. Eugenio, sin dudar, lo rechazó. En la mente del obispo ronda la idea de que Eugenio se ha hecho sulpiciano y no insiste más.

En realidad se había comprometido con el Superior del seminario para sustituir, con otros, a los directores expulsados por Napoleón. Escribe en su diario, con fecha del 31 de marzo de 1829, que su negativa estaba motivada por el temor de ser apartado de la vocación, que lo invita y llama al servicio y al amor al prójimo. Al terminar el año escolar, de acuerdo con su director espiritual, deja París para prodigarse al servicio del prójimo y especialmente para ir al encuentro con los pobres.

• **Vida activa:** Llegado a Aix, su primer empeño es el de hacer los ejercicios espirituales en el seminario, en diciembre de 1812 (donde Tempier está estudiando teología) y empieza su trabajo apostólico, plenamente de acuerdo con el vicario capitular Guigou. En poco tiempo, este trabajo apostólico se hace intenso: predicaciones; Asociación de la Juventud que funda en 1813; confesiones en el seminario, donde abre camino a una asociación espiritual de A. A. (Cf. Leflon, I, 199), capellán en las cárceles; proyecto de un equipo de misioneros, concebida ciertamente ya en 1813, antes de su grave enfermedad de marzo-abril de 1814 que lo postra:

“le rompe el cuello (proyectos)”, escribe (a Forbin-Janson, 28 de octubre de 1814).

• **Vida contemplativa**: En poco tiempo, Eugenio está sobrecargado de trabajo. No le ha sido posible seguir su severísimo reglamento de oración y estudio, teniendo tantas otras actividades.

Y llega la crisis, normal en los seminaristas de San Sulpicio, una vez que han dejado el seminario. Otro tanto le ocurre a Pedro Bienvenido Noailles. Crecen así en él las agitaciones y el deseo de la vida contemplativa: proyecta entrar en una orden contemplativa. Aparece esto en varias cartas, escritas a Forbin-Janson de 1814 a 1816.

El 2 de septiembre de 1814 escribe que está abrumado por el exceso de trabajo. Subraya que siempre piensa en los demás y que no tiene tiempo para sí mismo; aunque parezca ser ésta la voluntad de Dios, no acorde con su inclinación. A veces aspira a la soledad y escribe:

“Las Ordenes religiosas contemplativas empiezan a atraerme. No me disgustaría vivir con ellos el resto de mis días”.

El 28 de octubre de 1814 nos hace saber que se siente atraído por dos proyectos: el primero le sugiere ingresar a formar parte de una orden contemplativa, el segundo le hace acariciar la idea de dar vida a una congregación de misioneros. El primer proyecto le parece que corresponde más a sus inclinaciones; el segundo, por el contrario, le parece más útil.

• **Crisis:** En dos cartas a Forbin-Janson, del 2 de septiembre y del 28 de octubre de 1814, nos manifiesta claramente que su inclinación y su natural lo llevan a la vida contemplativa. Dirá más tarde al P. Tempier, el 25 de agosto de 1835, después de duras pruebas, que “advierte que no es un hombre activo por naturaleza. Los hombres, escribe, siempre injustos en sus juicios, por haber hecho yo en mi vida cosas difíciles...han sacado la conclusión de que soy emprendedor por carácter y que tengo necesidad de acción y movimiento. Es justo lo contrario. Si he sido activo, si me he movido, si he emprendido cosas difíciles y las he llevado a feliz término, ha sido unas veces por cumplir con mi deber, otras porque me ha sido imposible negarme a una especie de evidencia que me hacía ver que tal era la misión que me encargaba la Providencia; pero debo también agregar que por carácter he sentido siempre una gran aversión tanto por los negocios como por toda clase de ambición”.

*“Por el contrario, he amado siempre la soledad, siempre he tenido que hacer esfuerzo por sustraerme a la misma”*. Podemos dudar si esto es totalmente verdadero; en todo caso, en 1814-15 esta inclinación y este proyecto son reales; pero en el fondo, sea su cabeza sea su celo, lo han empujado hacia la vida activa.

Escribe a Forbin-Janson, el 12 de septiembre de 1814*:*

“Me atan en Aix las necesidades urgentes de los pobres pecadores”. Y escribe también el 28 de octubre de 1814:

“Quedar en Provenza, por las misiones, parece la elección más útil, dado el deplorable estado del pueblo”.

Larga es la búsqueda, pero en ella domina una sola idea, muy clara: hacer la voluntad de Dios. Cercano el día de su ordenación sacerdotal, Eugenio examina y piensa en las dificultades de su misión sacerdotal. En las intenciones de la primera misa, introduce también ésta: pedir al Señor la gracia de conocer su voluntad para el ministerio que va a afrontar. En la carta a Forbin-Janson del 28 de octubre de 1814, escribe:

“Estoy tan decidido a cumplir la voluntad de Dios, en cuanto me sea conocida, que iría a la luna inmediatamente, si fuera necesario”.

• **Discernimiento entre los diversos proyectos. Gracia:**

Durante el retiro anual de finales de 1814, el Fundador empieza a ver todo más claro: es su deseo iniciar una sociedad de vida activa, en la que se pueda vivir también una vida religiosa intensa, por la oración, el estudio y la caridad. La voluntad de Dios se le manifiesta clara y límpida en 1815. En el mes de agosto o de septiembre, recibe una gracia especial, una sacudida desde fuera, que le proyecta y le hace ver claro todo y pone en movimiento su voluntad (carta a Forbin-Janson de 23 de octubre de 1815).

• **Acontecimientos providenciales**: En el verano de 1815, Napoleón parte al exilio con el consiguiente retorno de la monarquía: ocasión esta favorable para las misiones.

Eugenio no puede ya ocuparse él solo de los jóvenes de la Asociación; tiene urgente necesidad de colaboradores y de locales.

Contemporáneamente, Forbin-Janson lo apremia para tenerlo en París con los misioneros de Francia. Eugenio se ve, por tanto, empujado y obligado a tomar una decisión. Una cosa está clara en su mente, no puede ir de momento a París, sus padres están a punto de volver de Sicilia, las gentes de Provenza necesitan misioneros que conozcan su lengua y su mentalidad; los Misioneros de Francia solo son activistas, sin vida regular; seguirlos sería ir absolutamente contra las propias inclinaciones.

Una decisión iluminadora: necesita poner en movimiento un grupo de misioneros en toda Provenza.

• **Consejos de los directores y amigos**: Durante todo este tiempo, Eugenio consulta y escribe a menudo a Forbin-Janson; pide consejo a su ex-director espiritual de París, el Sr. Duclaux, y éste le aconseja que no siga a Forbin-Janson, porque es cambiante.

Ambos, sin embargo, aconsejan la vida activa.

• **Voluntad de los Superiores eclesiásticos**: Eugenio consulta también a su superior eclesiástico, el vicario general Guigou: este lo escucha y le aconseja dé vida a una asociación de misioneros, que pueda ejercer su ministerio en Provenza.

Eugenio escribe en sus “Memorias” sobre el comienzo de la Congregación*:*

“He consultado al Sr. Guigou, él me ha alabado y se ha negado a dejarme marchar. Es, después de todo, mi superior inmediato; he aceptado su decisión, que se presenta como expresión de la voluntad de Dios”

(Rambert, 1, 164).

Tenemos, pues, el ejemplo resplandeciente de una búsqueda larga, equilibrada, a través de la oración y la prudencia, para hacer la voluntad de Dios: voluntad de Dios que, esta vez, coincide con la voluntad de los superiores.

En adelante, veremos siempre en él el empeño por cumplir la voluntad de Dios, a pesar de lo que pueda costar a la naturaleza humana.

• **Obispo de *Icosía***: El P. de Mazenod ha rehusado varias veces el episcopado. En 1817 Mons. de Latil, uno de los responsables para proponer los futuros obispos al gobierno, le pide como su vicario general para la diócesis de Chartres, con la perspectiva, después de pocos años, de verlo obispo, a la cabeza de alguna diócesis (Mazenod a Tempier, 19 de octubre de 1817).

En 1829 es su tío el que le propone al gobierno, o como su coadjutor o como obispo de una diócesis (Fortunato al Ministro de asuntos eclesiásticos, 3 de mayo de 1929); el Fundador rehúsa ambas cosas; por no querer abandonar su trabajo de misionero, en 1817; por fidelidad a la Regla, en 1829; ésta, en efecto, exige que no se acepten honores, o por lo menos, no aceptarlos sin una orden explícita del Papa.

La propuesta de 1829 habría probablemente llegado a puerto, de no haber sido bloqueada por la revolución de julio de 1830.

En 1832, sin embargo, el P. de Mazenod acepta el nombramiento de Obispo de *Icosía*; ha visto en este nombramiento la intervención de la voluntad de Dios, evidenciada por serios acontecimientos. El prefecto Thomas quiere sea suprimida la diócesis de Marsella, a la muerte del titular: Fortunato tiene ya ochenta y tres años. Muy pronto, por consiguiente, la diócesis podría verse sin su obispo, si no se lograra una solución urgente.

• **Voluntad del Superior:** Mons. Fortunato hace la petición al Papa el 11 de marzo de 1832, para que se nombre a su sobrino Eugenio obispo “in partibus”. Sin duda, el asunto está estudiado y decidido de acuerdo con Eugenio y el P. Tempier. No conocemos las reacciones del P. de Mazenod, que se muestra, en esta circunstancia, más bien pasivo.

• **Consejos del confesor**: El P. Tempier, al que el Fundador ha hecho voto de obediencia, y que está de acuerdo con la decisión de Mons. Fortunato, va personalmente a Roma para patrocinar la petición del obispo. El Fundador, que poco antes ha recomendado calurosamente a los cardenales Felicité, de Lamennais, no recomienda a Tempier, que no solo no habla la lengua italiana, sino que no conoce a ningún personaje en Roma que le pueda ayudar.

El Papa aprueba la petición, sin hacerla pasar por la secretaría de Estado; hace nombrar al Obispo de *Icosía* por la Propagación de la Fe y manda a Eugenio se presente en Roma para la consagración episcopal (Rambert, I, pag. 606).

Escribe Eugenio en esta ocasión:

“El Papa me llama...Esta es su decisión y ésta es su voluntad”

(*Mazenod a Courtes, el 28 de agosto de 1832).*

El Fundador, una vez más, se somete a la voluntad de Dios claramente manifestada.

## D. Conclusiones

Desde hace mucho tiempo, a ejemplo de su padre y de Fortunato, Eugenio se ha acostumbrado a buscar y hacer siempre la voluntad de Dios. Este modo de actuar, este modo virtuoso de vivir, se reforzó mucho en él durante el seminario. Durante el retiro de Amiens, en la preparación para el sacerdocio, había escrito*:*

“Señor, la suerte está echada y es para toda la vida, Vos y sólo Vos seréis el objeto único hacia el cual serán dirigidos y enderezados mis afectos y acciones. Agradarte a ti, actuar para gloria de tu nombre, esa será siempre mi ocupación y preocupación de cada día y de toda mi vida...Trabajaré en todo por ser indiferente, tanto en la salud como en la enfermedad; estoy disponible tanto en la buena como en la mala suerte; en la riqueza como en la pobreza. Acepto todo aquello que pueda redundar para la gloria de Dios y la salvación de las almas”.

En el mismo retiro agrega*:*

“Me esforzaré en no secundar mi voluntad; quiero depender en todo y para todo de la voluntad de mis superiores; quiero vivir para los demás: superiores, iguales e inferiores, siempre dispuesto a hacer cuanto me pidan y quieran pedirme; con una sola condición: que lo que me pidan sea lícito”.

Cuántos sacrificios le ha costado la realización de este propósito: servicio a la diócesis, puerta abierta a numerosos visitantes, respuesta a las cartas de los Oblatos, etc.

En su reglamento de vida, de después del seminario, había escrito*:*

“Tomaré todos los medios eficaces para actuar, en cualquier acción, únicamente para agradar a Dios”.

Siempre ha tenido fe en este propósito.

En el retiro de 1812, en los comienzos del ministerio sacerdotal, ha escrito querer secundar y seguir la voluntad de Dios hasta en las más pequeñas cosas:

“Dormiré, escribe, por lo menos seis horas al día: esta es también una ley de la naturaleza, y por consiguiente, es la voluntad de Dios”.

El haber aceptado el nombramiento de Obispo de *Icosía* ha sido un momento fuerte en su empeño por hacer la voluntad de Dios, aun antes de probar todos los sacrificios y humillaciones que le traería este nombramiento. Durante los ejercicios espirituales de Roma, en octubre de 1832, antes de la consagración episcopal, había escrito:

“En esta última etapa de la vida, me parece estar bien decidido, por las abundantes gracias que voy a recibir, a esforzarme con una aplicación continua, para conformarme a la voluntad de Dios, de tal modo que no permita que una sola fibra de mi alma se aparte voluntariamente de esta voluntad”.

El Fundador se ha sometido siempre a la voluntad de Dios. Esto ha sido siempre muy duro para él, especialmente muchas veces cuando la voluntad de Dios se manifestaba contraria a la suya, aunque ésta fuera orientada a la gloria de Dios. La cruz es esto: dos palos de madera entrecruzados. Esta voluntad de Dios, a veces diferente a la suya, ha hecho sufrir a Mons. de Mazenod y lo ha puesto en situación de escribir hermosas y deliciosas páginas, sobre todo con motivo de la muerte de los Oblatos que el Señor llamaba hacia sí, justo cuando parecían más indispensables, porque tenían cualidades para lograr conversiones en masa durante las misiones...

Monseñor de Mazenod: una personalidad muy distinta de la del buen Noailles, que ciertamente tenía una voluntad propia, tenaz, pero que aceptaba también la voluntad de Dios con una gracia y una serenidad que maravillan, aun cuando esta voluntad se interpusiera en sus proyectos apostólicos.

# VII. EL DESARROLLO DE LA CONGREGACIÓN (1831-1850)

A. Desarrollo de la Congregación, de 1831 a 1850

B. Esfuerzos para reavivar el espíritu religioso y apostólico

C. Conclusiones

Al final de sus purificaciones o noches del espíritu, de los años 1827 a 1837, sobre todo en los años 1834-36, en los que ya no es vicacio general de Marsella, y vive a menudo en las casas oblatas de Ntra Sra de Laus y Ntra Sra de l’Osier, el Fundador intenta relanzar el desarrollo de la Congregación y reavivar su espíritu. Proseguirá, después, en esta dirección, hasta la muerte.

## A. Desarrollo de la Congregación

● **Personal**: De 1831 a 1836 el personal de la Congregación pasa de 34 a 39 Oblatos (ha habido 2 muertes y 13 salidas) y hay unos diez novicios por año. Estamos en el período del problema de *Icosía* y la Congregación crece poco.

De 1837 a 1843 el personal aumenta: se pasa de 39 a 68 miembros: 44 Padres, 13 escolásticos y once hermanos ...Pero, hay 5 muertes y 9 dejan la Congregación.

Estos son los Padres que se han ido a la casa del Padre: Richaud, Albini y el Hermano Morandini en Córcega, y Paris en el seminario de Marsella. En esta luctuosa circunstancia, escribe:

“Observo que cuanto más bueno y santo es un Oblato, más me preocupa; tengo la impresión que el Señor elige lo mejor entre los miembros de la Congregación”

(Mazenod a Courtes, 14 de marzo de 1837).

Veintinueve novicios sobre sesenta y siete se consagran con los primeros votos. Fue elegido, finalmente, un maestro de novicios: el P. Casimiro Aubert, que ocupará varios años el cargo.

En 1841 el noviciado deja definitivamente Aix y Marsella; se aleja del Fundador y del P. Tempier, para trasladarse a Ntra Sra de l’Osier. Allí estará hasta 1903.

De 1843 a 1850: En el período de siete años, que separa el Capítulo de 1843 del de 1850, el número de Oblatos pasa de 68 a 223.

Un salto este de 220% en siete años; un porcentaje que nunca será superado. En estos años hay 10 muertos y 21 que dejan la Congregación. El número de novicios ha ido creciendo continuamente.

Se abre un segundo noviciado en Nancy en 1847; hay unos 15 novicios, año tras año, durante 1841, 1842 y 1843; en 1844, 1845 y 1846 son 25; 73 en 1847 y alrededor de 40 durante 1848 y 1849.

Todo ello constituye, pues, una verdadera renovación del personal de la Congregación. Lo de 1847 es una verdadera explosión: ¡73 novicios! Un acontecimiento realmente importante. Por primera vez la Congregación y sus obras son conocidas en casi todos los seminarios de Francia y Bélgica, gracias a la visita que ha hecho, desde finales de 1846 hasta finales de 1848, el P. Leonardo Baveux, ex-sulpiciano francés, ingresado en los Oblatos del Canadá en agosto de 1842.

No solo recluta él 73 novicios, sino que selecciona en los seminarios los más adelantados en los estudios. En pocos años, por lo tanto, muchos Padres emprenderán el vuelo para tierras de misión.

La afluencia de numerosos novicios, sin embargo, provoca una crisis financiera, crisis agravada por la revolución de 1848, que debilita toda la actividad económica de Francia, por más de un año. Consecuencia lógica; se cierran las escuelas apostólicas de N. S. de Lumieres y de N. S. de Bon Secours. En 1848 se cierra el noviciado de Nancy, a solo un año de su apertura. Encontramos en la correspondencia de ese tiempo muchas quejas contra el P. Tempier, ecónomo general, que pide y exige muchos sacrificios a todas las casas y a todos los Oblatos.

El P. Burfin, superior de una nueva casa en Limoges, escribe, por ejemplo, el 21 de agosto de 1848*:*

“Es mejor despedir a dos novicios que meter en apuros a cuatro Padres...Yo no tengo capacidad para persuadir a los demás, para hacerles comprender que el fervor consiste en celebrar la Misa en la repisa de una ventana y en helarse de frío durante todo el invierno. Cuando estén en el Rio Rojo vivirán como viven los demás. Si tomamos el Limousin por el Oregón, habremos perdido el norte”.

**NOTA BENE:**

● **Variedad de opiniones en la Congregación:** El Fundador ha sido siempre considerado muy exigente en lo referente al voto de obediencia. Todos los Oblatos conocen, sin embargo, su corazón paternal y conocen, sobre todo, la calma del P. Tempier, siempre dispuesto a apechugar con todo; por eso no tienen reparo en lamentarse y protestar, si todo se hace individualmente y con nobleza.

Por ejemplo el 19 de septiembre de 1837, el Fundador escribe al P. Courtes que hay un “sentimiento unánime” en la Congregación que no corresponde al suyo, en lo que se refiere a los ministerios aceptados fuera de las misiones.

● **Pobreza:** Nuestra Congregación, como todas las demás, nació y se desarrolló en la pobreza. Basta pensar que de 1815 a 1861, en menos de 50 años, abrieron, solo en Francia, veinticinco casas, con una media de una casa cada dos años; entre éstas hay unos nueve santuarios marianos y extensas propiedades abandonadas en tiempo de la revolución, que exigen, por eso, mucho trabajo de restauración y muchos gastos. Por otra parte, la Congregación contará, casi siempre, más novicios y escolásticos que Padres y Hermanos en servicio, en Francia; pocos ingresos, que no logran compensar las salidas. Además de esto, hay que tener en cuenta las ayudas y las pensiones anuales a los padres de muchos Oblatos. En aquel tiempo no había pensiones sociales ni otras formas de asistencia; los hijos debían mantener a los padres enfermos o ancianos.

En 1843, el Fundador habla de una deuda de la Congregación de 200. 000 francos. Durante la visita del P. Leonard y la revolución de 1848, el Fundador habla de “desesperación” y de “pesadilla”, por parte del P. Tempier. A la muerte de su madre, ocurrida en 1851, el Fundador ofrece 200. 000 francos a la Congregación. La deuda, sin embargo, entre tanto, llega a los 300. 000 francos.

● **Casas y obras:** El Fundador nunca ha recibido en vano gracias del Señor: si las vocaciones aumentan, el desarrollo de la Congregación es así mismo extraordinario: se extiende a tres nuevos continentes.

• En los años 1830-1834 no logra fundar fuera de Francia. Se intenta en Roma, en Cerdeña, en Argelia, en el Valais, pero inútilmente.

En Francia está prohibida la predicación de las misiones: la única obra de la Congregación desde el principio.

El P. Guibert, Superior de Ntra Sra de Laus, predica los ejercicios espirituales a los sacerdotes acogidos en casa; pero insiste en que se acepten misiones en América:

“Hace falta un campo más amplio al celo de una Congregación joven, dice; el descanso podría ser hoy o mañana nuestra muerte”

(*carta de 1832, cf. Paguelle de Follenay, Mons. Guigert I, 271-72).*

El Capítulo general de 1831 decide que, en principio, las misiones extranjeras deben ser en adelante uno de los fines de la Congregación; pero de momento no se lleva a cabo la decisión; aunque hay obispos americanos en Francia que buscan sacerdotes.

• La situación cambia en 1834, el año más duro de la vida del Fundador, a causa del asunto de *Icosía*: no se le reconoce más como ciudadano francés y no es apoyado o al menos sostenido por el Papa. El P. Rey escribe que este es un año de agonía (Rey I, 608). Sabemos por experiencia, sin embargo, que la cruz es siempre fuente de vida. El año 1834 es un período muy fecundo para el Instituto. Se empieza a predicar misiones; se aceptan dos casas con obras importantes: el Santuario de N. S. de l’Osier y el seminario mayor de Ajaccio. Estas dos obras son confiadas a los Padres Guigues y Guibert, quienes pocos años después serán consagrados obispos.

• En 1837 la Congregación adquiere la propiedad del Santuario de N. S. de Lumieres.

• A finales de 1841 una diócesis francesa nos cierra sus puertas: nos vemos obligados a dejar N. S. de Laus, diócesis de Gap; pero se abre a nuestro celo un continente entero: el primer grupo de misioneros salen para el Canadá.

• De 1843 a 1850, ante el rapidísimo aumento de personal, el Fundador acepta un número impresionante de fundaciones:

• tres en Francia: los Oblatos se alejan cada vez más de Provenza: N. S. de Bon Secours en 1846, Nancy y Limoges en 1847.

• cinco en Inglaterra: Grace-Dieu en 1845-46, Everingham en 1847, Aldenham en 1848, Maryvale y Manchester en 1849.

• cuatro en el Este del Canadá y de los EE. UU.: Saguenay y Bytown en 1844, Montreal y Pittsburg en 1848.

Es este también el período de la gran expansión oblata en las regiones lejanas: Rio Rojo en 1845, Oregón y Ceylan en 1847, Argelia y Texas en 1849.

El Fundador acepta estas fundaciones, con frecuencia, en contra del parecer de sus principales colaboradores, especialmente de los Padres Tempier y Guigues, que son menos audaces que él.

Por otra parte, los superiores se lamentan de no tener nuevos padres a disposición para sus casas.

El Fundador responde al P. Guigues, todavía superior de N. S. de l’Osier, el 18 de febrero de 1843*:*

“Reconozco que sería ventajoso proporcionar personal a nuestras casas, pero pienso también que no es lícito perder esta locación que abre a la Congregación la puerta de tres grandes Reinos. Me parece preferible dejar de lado momentáneamente nuestras casas, convencido como estoy de que no hay ni un miembro de la Sociedad que se niegue a multiplicarse, como sea, para aprovechar esta oportunidad que se ofrece a la Congregación de ampliar la esfera del bien inmenso que se siente llamada a realizar. Es un pesado esfuerzo pasajero del que saldremos recompensados cuando esos países lejanos se basten a sí mismos”.

La misma opinión encontramos en una carta del 4 de enero de 1845, dirigida al P. Courtes. Estos son los hechos. El P. Tempier no quiere aceptar N. S. de Bon Secours, en la diócesis de Viviers, donde Mons. Guibert es obispo desde hace unos años*:*

“He combatido fuertemente esa opinión, escribe el Fundador, de que no solo impediría a la Congregación hacer un gran bien, en conformidad con su fin, sino también porque se nos privaba de un recurso, con el que podríamos contar para poder vivir. La experiencia demuestra que donde nos hemos establido hemos reclutado, ante todo, un gran número de miembros excelentes. Es para nosotros muy importante el extendernos para no morir”.

## B. Esfuerzos para reavivar el espíritu de la Congregación

En todo esto el Fundador se ingenia, sobre todo, para hacer vivir a la Congregación su espíritu genuino. Casi todas sus cartas subrayan la exigencia de una rigurosa vida religiosa conforme a la santa Regla, la predicación de las misiones, fin principal del Instituto, el reclutamiento y la formación de los miembros.

Al mismo tiempo, toma una forma precisa y definitiva, por parte del Fundador, su modo de animar la Congregación, mediante una asidua correspondencia con los superiores.

• **Vida religiosa**: En los años 1834-36 el Fundador, iniciando la visita canónica a las diversas casas, nota que las muertes y los enfermos de los años 1827-30, y los desórdenes de la revolución de 1830, han afectado a las casas y han relajado la disciplina. A los responsables del noviciado y del escolasticado, como a los superiores, Eugenio les pide que vigilen la formación espiritual, la regularidad, el desapego del mundo, la meditación de la regla y la grandeza de la vocación misionera. Es de este período la queja dirigida a los superiores jóvenes, quienes intentan, de algún modo, refundar la Congregación a su gusto.

Afirma que ellos son los responsables, en sus comunidades, de la regularidad, de la pobreza, de la caridad fraterna y de la obediencia.

En 1837-42 insiste mucho sobre la obediencia; viene a ser el tema central de todas sus cartas. En ellas encontramos materia suficiente para escribir un hermoso e importante artículo sobre la obediencia oblata, su naturaleza, la obligación de no presumir permisos y de aceptar, sin protestar, las decisiones de los superiores.

Pocos Padres, y menos superiores, se libran de su corrección fraterna; corrección que hace siempre, sin pelos en la lengua, no solo con aquellos cuya tibieza y orgullo lleva a la apostasía, sino también con los más fervorosos, como por ejemplo, Casimiro Aubert, que se ha permitido abreviar un período de descanso, impuesto por la autoridad (Mazenod a Aubert, 14 de octubre 1837); el P. Dassy, que se ocupa demasiado de arqueología en N. S. de l’Osier, y al P. Lagier de Ajaccio, que continua su correspondencia con las monjas de Marsella; y por último, con los PP Guigues y Mille, superiores más bien propensos a la independencia y a cambiar los usos de las misiones.

Por el 1841 y 1850, las llamadas a la regularidad y a la caridad fraterna van dirigidas sobre todo al Canadá, a donde han sido enviados hombres de valor, pero que se creen emancipados por el hecho de estar lejos. Honorat, superior, es un hombre severo, que cuida mucho la regularidad; Telmon, por el contrario, es un hombre de mucho talento y de gran celo, pero que no ha obedecido nunca a sus superiores, todos ellos gente de prestigio, como Tempier, Guibert y Albini. Llegado al Canadá, lo hace todo como más le agrada, hasta atravesar América, del nordeste al sudoeste, para implantar una fundación en Texas, sin el permiso de Marsella; Baudran por el contrario es un espíritu crítico, siempre descontento. Tenemos fuertes y bellísimas cartas del Fundador a este propósito. Ha sufrido mucho por el modo de llevar la vida religiosa en Canadá. Cuando se trató de mandar un Obispo y superior a Natal, elije a Allard, el hombre más regular de todo el Instituto, aunque muchos lo creían poco apto, sea para el episcopado sea para fundar una misión.

## NOTA BENE

Como se ve, la corrección fraterna, aspecto de la caridad poco conocido hoy, ha sido muy empleado por el Fundador, quien no transige ante sus exigencias. He aquí su consigna: nada ni nadie fuera de la Regla. Responde con firmeza, pero lo lleva todo a término con palabras de bondad y de exquisita gentileza, en las que la misericordia y la bondad del padre llevan a aceptar con agrado aun el rigor del superior. Por ejemplo, termina así la carta enviada al P. Casimiro Aubert el 14 de octubre de 1837: “*Adiós. Después de todo, mi querido hijo, solo has pecado de exceso*”.

• **Misiones populares:** De 1834 a 1845, el Fundador ha insistido mucho sobre las misiones populares, como fin principal de la Congregación y como ministerio propio y característico de la vocación oblata. Fija él mismo, personalmente, el calendario de las misiones a predicar; se admira de sus éxitos y de los milagros que producen siempre; insiste sobre la preparación y sobre la solidez de los sermones; prefiere las misiones a los retiros y sobre todo a la predicación aislada de los Advientos y Cuaresmas.

Insiste mucho sobre esto, pero después tropieza con muchas dificultades al buscar padres disponibles para el noviciado, para el escolasticado y para los seminarios; todos están inflamados e impulsados por el deseo de predicar. He aquí las estadísticas del año 1837 y 1842. De noviembre de 1836 a la primavera de 1837 los Oblatos predican 21 misiones y retiros; y serán 65 durante 1841-42. En 1841-42 cada una de las seis casas de misioneros está disponible para diez misiones y retiros.

Después de 1846-47 se advierte en el Fundador un interés menos aparente para las misiones populares. Se nota, en efecto, una crisis en este ministerio esencial. Con el reclutamiento de muchos padres jóvenes y la fundación de varias casas nuevas y las misiones extranjeras, el Fundador se ve obligado a buscar superiores entre los mejores predicadores del momento, como Honorat y Guigues que salen para América, y Vincens, el más famoso, nombrado maestro de novicios; Bernard es nombrado superior de N. S. de la Guardia, Dassy, superior de Nancy, Martin sale para Argelia, Mille, ya superior de N. S. de Bon Secours, deja la Congregación en 1848, a causa de desacuerdos con el Fundador y con el P. Tempier, por intereses económicos.

Quedan así pocos padres, y además jóvenes, como Hermitte, Burfin, Cuni, quienes siguen llevando adelante esta tradición, en espera de nuevos apóstoles.

El Fundador se da cuenta de esta situación, creada por la necesidad, y se esfuerza por encontrar una solución adecua- da. En 1846 funda una escuela de formación para la predicación. Unos diez padres jóvenes son sus alumnos, en la primera sesión de julio-agosto de 1846 en Parmenie, cerca de N. S. de l’Osier, bajo la dirección de los PP Vincens y Magnan.

La escuela seguirá funcionando, más o menos regularmente, durante toda la vida del Fundador.

• **Interés por las vocaciones y por la formación de los jóvenes:** Después de la apertura de la casa de Ajaccio y de N. S. de l’Osier en 1834, de Lumieres en 1837, y sobre todo, después del envío de padres a Inglaterra y el Canadá en 1841, el Fundador sigue más de cerca el trabajo de reclutamiento y de formación. Invita a todos a colaborar, del mejor modo posible, para alcanzar éxito en este campo.

En 1846 es él mismo quien tiene la feliz idea de llamar al P. Leonard, el hombre adecuado, en el momento adecuado, para visitar los seminarios de Francia y de Bélgica. El éxito es tal que se hace necesaria la apertura del noviciado de Nancy, y aflora el deseo de construir un escolasticado propio, Montolivet, que verá su estructura definitiva en 1854.

En 1840 se abre la escuela apostólica de Lunieres y en 1841 el noviciado encuentra su sede fija en N. S. de l’Osier, con el P. Vincens como superior y maestro de novicios; cargo que ocupará durante una buena decena de años.

## C. Conclusiones

La Congregación, finalmente, despega y se proyecta hacia adelante conforme a los deseos del Fundador, al mismo tiempo que la diócesis de Marsella que le da tantos consuelos. Desparecen los problemas, las rebeliones, las acusaciones de parte del clero y de las autoridades civiles, tan numerosas durante el episcopado de Fortunato y después de la revolución de julio de 1830. Es este un período febril de la actividad del

Fundador y también de éxitos. Habla menos de sí mismo y es más parco en las notas de sus ejercicios espirituales anuales, en los que participa, como él mismo dice, “con muchas distracciones”, junto a su clero, en el seminario de Marsella.

Un período, en el que su vida espiritual es menos conocida, pero que está bien alimentada con la fidelidad a los ejercicios espirituales anuales, mensuales y antes de cada ordenación.

Su trabajo, para proyectar hacia adelante y hacia el mañana la diócesis y la Congregación, es enorme; y siempre al servicio de todos. Le quedan pocas horas disponibles para su descanso; pero, a pesar de las preocupaciones y trabajos, su unión con Cristo es intensa. Prevé el futuro y saborea momentos de grande e intensa alegría espiritual. Todas estas cosas forman parte de su personalidad humana y, al mismo tiempo, señalan y realzan un alto grado de vida mística.

# VIII. VIDA ASCÉTICA Y MÍSTICA DEL FUNDADOR

A. Introducción

B. Vida Ascética

C. Vida unitiva y mística

D. Conclusiones

## A. Introducción

En 1950 la dirección de “*Études Oblates*” abre una encuesta sobre la espiritualidad oblata (Cf. *Études Oblates* 10 (1951), pag. 113-116).

Una de las preguntas era esta:

“¿Cuál podría ser el coronamiento místico de nuestra espiritualidad?”.

En una respuesta leemos:

“El coronamiento místico de nuestra espiritualidad oblata exige que, después de un conocimiento más profundo de Cristo Salvador (don de inteligencia y purificación pasiva del espíritu), sean vividas, en estado heroico, las virtudes características del Oblato[[[5]](#endnote-5)](#bookmark44). Estos deben ir, sin embargo, acompañados con el ejercicio habitual de los dones correspondientes: heroicas iniciativas de celo, obediencia total a la Iglesia, gran cuidado por la caridad fraterna, contemplación infusa, considerando sobre todo la caridad apostólica del Salvador, la Eucaristía y María Inmaculada, Madre de la Iglesia y de las almas”.

Este texto sigue la carta del Fundador, del 15 de octubre de 1848, al P. Dorey. Es fácil y sencillo, al mismo tiempo, probar cómo él había logrado este “coronamiento místico”, a través de heroicas iniciativas de celo, sea por las grandes obras materiales y pastorales en Marsella, sea con el envío de su Oblatos a los diversos continentes; por medio de su obediencia heroica a la Iglesia en 1834, con ocasión del proceso por el asunto de *Icosía* y por la propuesta al cardenalato, hecha por Napoleón III en 1859, pero no ratificada por el Papa; y por último, por el amor, la contemplación de la caridad apostólica del Salvador presente en la Eucaristía, y la devoción a María Inmaculada, Madre de la Iglesia, etc.

Pero demos un vistazo a la vida ascética.

## B. Vida ascética

Mons. de Mazenod, según Leflon, ha sido más asceta que místico. Durante toda su vida ha ayunado, ha buscado todas las ocasiones para hacer penitencia, en reparación por sus pecados y los de las almas confiadas a sus cuidados pastora- les; Sobre todo, se ha sacrificado él mismo por el bien de los Oblatos y de los habitantes de Marsella[[[6]](#endnote-6)](#bookmark48).

Al terminar el seminario, había escrito en su reglamento:

“Me esforzaré por no hacer más mi voluntad y estar dispuesto a hacer siempre la voluntad de mis superiores. Quiero estar abierto a todos, dispuesto a conceder cuanto de lícito me pidan, según mis posibilidades”. Esta es su vida hasta los ochenta años: servir al prójimo, hasta ser esclavo, renunciar a todo para cumplir, del mejor modo, su deber de cada día, sea en favor de la diócesis y de la Congregación, sea en pro de los asuntos religiosos de Francia y de la Iglesia.

Terminada la crisis de los años 1827-1837, Eugenio vuelve a hablar de sí mismo sólo después de los 70 años, cuando su trabajo va siempre en aumento día a día.

El 18 de enero de 1852, escribe al P. Richard*:*

“No puede tener la mínima idea de la esclavitud a la que estoy sometido”. El uno de agosto de 1853 escribe al P. Vincens que le reprocha no haber contestado a una carta urgente:

“Jóvenes de buena voluntad, no me deis escrúpulos; estoy apenado por no poder hacer más. Cuando uno se levanta a las cinco de la mañana y se acuesta a media noche; cuando no se me permite ni hacer un paseo de media hora, y está de la mañana a la tarde al servicio de todo el mundo, y se sienta en su mesa de trabajo, pluma en mano, todo el tiempo que la obligación o la indiscreción le exigen, creo que no se puede reprochar a uno de no cumplir con su deber. Es imposible hacer más”.

El 11 de enero de 1854 el Fundador describe al P. Bellon el trabajo agobiante que le espera al comienzo de cada año*:*

“Ya estoy metido en tantas visitas de cortesía que me toca hacer a cerca de 200 personas sobre quizás dos mil que han venido a felicitarme... Es este uno de los tormentos de mi situación”.

En relación con sus Oblatos, prepara visitas canónicas, recibe a todos los que pasan por Marsella, y, sobre todo, escribe muchas cartas. En su gabinete la mesa, “verdadero abismo”, está siempre llena de cartas. En julio de 1853 cuarenta y cinco de ellas esperan todavía respuesta. A pesar de esa dura labor, encuentra siempre el tiempo necesario para alimentar su vida espiritual. Es fiel a los ejercicios impuestos por la Regla, que cumple al atardecer o de mañana temprano. En la diócesis no se niega nunca a celebrar la santa misa y a presidir las ceremonias. Todos están impresionados por la fe, la piedad y la dignidad con la que él celebra.

Los Oblatos, a imitación del Fundador, y tal vez más que él, son más ascetas que místicos. En su proyecto de reglamento para los seminarios el P. Vincens, muy próximo al pensamiento de Mons. de Mazenod, ha escrito una página entera invitando a los directores de los seminarios a estar en guardia ante los fenómenos místicos extraordinarios. Escribe:

“No haremos nunca demasiado al proponer la exigencia y la práctica de una verdadera y sólida teología ascética, tan necesaria a los sacerdotes, tanto para su santificación personal, como para que puedan ser capaces de hacer todo el bien que requiere su vocación; utilizarán el mismo celo para ponerlos en guardia de cierto abuso de misticismo, por lo menos absurdo, por no decir más. El mal menor de esta tendencia es ciertamente una verdadera pérdida de tiempo y constituye una desviación del camino señalado por los santos, maestros competentes y modelos en la materia”

(Proyecto Vincens, pag. 20).

Conocemos varios ejemplos de prudencia del Fundador y del P. Tempier referentes a los místicos. El del Fundador sobre el caso de la Madre María San Agustin de Jesús Ruel, fundadora de las Religiosas del Sgdo Nombre de Jesús y de María[[[7]](#endnote-7)](#bookmark49); y el del P. Tempier sobre el caso de un novicio belga (de Beer) en N. S. de l’Osier, que había engañado al maestro de novicios con sus pretendidas teorías místicas.

En todas partes los misioneros Oblatos han sido ascetas heroicos; pero solo raramente se habla de su vida mística. Con todo han sido muchos los que han vivido su vida íntimamente unida a Cristo y la han dado por El.

## C. Vida unitiva y mística

Hemos considerado ya con el P. Gilbert, que desde los comienzos de la fundación de la Congregación, el Fundador había logrado el más alto grado de la vida iluminativa, con rasgos y momentos de vida unitiva[[[8]](#endnote-8)](#bookmark51). Después del duro período de la purificación, de los años 1827-1837, parece que la unión del Fundador con el Señor, sobre todo presente en la Eucaristía, y algunos fenómenos místicos, como el don de lágrimas, momentos de alegría y de serenidad inefables, intuiciones proféticas, no dejan lugar a dudas; su alma purificada y llena de virtud había alcanzado la unión habitual e íntima con Dios.

**• Fenómenos Místicos**

**Don de lágrimas:** Encontramos, a menudo, en la vida del Fundador gracias extraordinarias, con momentos de intenso consuelo y muchas lágrimas. Todo esto, ciertamente, debemos atribuirlo a su naturaleza emotiva; pero debemos también considerar que estas emociones coinciden siempre con actos y acontecimientos religiosos importantes. Enumeremos aquí solamente los casos más importantes:

- Lágrimas del Viernes Santo de 1807 (retiro anual de 1814).

- Ordenación sacerdotal, diciembre de 1811 (carta a Duclaux, 21 de diciembre de 1811).

- Primera Misa del P. Courtes, en N. S. de Laus, 31 de julio de 1820: tanto Courtes como de Mazenod que lo asiste, perciben el Corazón de Jesús en la Hostia consagrada, durante la elevación que dura mucho tiempo

- 15 de agosto de 1822, alegría espiritual, durante la bendición de la imagen de la Inmaculada, en la iglesia de la Misión (Mazenod a Tempier, 15 de agosto de 1822).

- Durante algunas Misas en Roma, en 1826 (diario y cartas del Fundador).

- Misa del 4 de marzo de 1826, en el Gesù, en el cuarto donde murieron San Ignacio y San Francisco de Borja (diario, 27 de noviembre de 1854).

- Misa del 26 de marzo: fiesta de Pascua, en San Pedro: *“consuelos y lágrimas”*.

- Misa del 23 de agosto de 1830 en Friburgo, Suiza (Mazenod a Tempier).

- Ordenación episcopal: 10 de octubre de 1832 (diario y Mazenod a Tempier).

- Misa de Amiens, 1850, en el altar de su ordenación sacerdotal*:*

“Hacía tiempo, escribe, que no había sentido durante el Santo Sacrificio los consuelos, la dicha, diré casi el arrobamiento que el Señor se dignó concederme sobre ese altar en el que recibí la imposición de las manos y ofrecí con el Obispo, mi primera Misa...La impresión de la gracia era tan fuerte y tan dulce que, desde el “confiteor” hasta el último Evangelio mis lágrimas se derramaron tan copiosamente que no podía leer. Me atrevo a decir que encontré allí, por la misericordia de Dios, todo el fervor que su bondad me había inspirado cuando me preparaba para recibir el sacerdocio”

(Mazenod a Tempier, 12 de agosto de 1850).

- 8 de diciembre de 1857: en la bendición del monumento a la Inmaculada Concepción de Marsella (*Positio super virtutibus*, III, 1433-51).

**• Predicciones y Profecías:** Es difícil decir hasta qué punto estamos en presencia de una intuición natural, como por ejemplo, puede suceder a una madre de familia, en relación al futuro de sus hijos, o ante revelaciones privadas sobre su obra y sobre el futuro de sus hijos. Como en una guitarra eléctrica, se trata de una resonancia natural, intuitiva, en el prever los acontecimientos, pero también de una ampliación sobrenatural de estas visiones.

He aquí algunos ejemplos:

- en las primeras cartas al P. Tempier, el Fundador preanuncia lo que será Tempier en la Congregación. Es “capaz de abrazar una regla de vida ejemplar y de perseverar en ella” (5 de octubre de 1815). “Estoy seguro que nos entenderemos siempre” (13 de diciembre de 1815). Efectivamente, han trabajado siempre juntos y el P. Tempier ha sido el hombre de la regularidad por excelencia y el educador de los Oblatos durante toda su vida.

- La Congregación vivirá, será forja de santificación para sus miembros y será también fuente de un bien inmenso (Mazenod a Tempier, 15 de agosto de 1822).

- En sus primeros encuentros con Guibert, entrevé el papel eminente que está llamado a tener en la Iglesia: obispo de Viviers, arzobispo de Tours y cardenal de París (Mazenod a Guibert, 19 marzo 1826 y 26 junio 1823).

- Con referencia al Canadá:

- cuando la salida en 1841: *“Esto será el inicio de una gran expansión del Instituto, teneis que arreglaros para ser santos”;* (Mazenod a Lagier, 28 agosto 1841*). “Montreal solo es la puerta que introducirá la familia en varios paises”.* (Mazenod a Honorat, 9 de octubre de 1841).

- *“Bytown, ciudad del futuro”* (Mazenod a Honorat, 1 marzo 1844). Bytown de pueblecito que era entonces, será capital del Canadá. En ella el número de los Oblatos ha superado ampliamente los cuatrocientos.

- Salida para el Oeste: Rio Rojo, *“Los Oblatos se extenderán en el Canadá de un mar al otro”* (Mazenod a Guigues, 5 diciembre 1844; a Richard, 8 enero 1847). Todo esto será una realidad ya en 1847.

La expresión *“a mari usque ad mare”* - *“de mar a mar”* - ha sido escrita en el escudo del Canadá, en 1847, cuando se abrió camino a la confederación canadiense.

- Con relación a Lesotho: en su última carta al P. Gérard, 4 de septiembre de 1860, Eugenio escribe a sus Oblatos: *“Adentraros más al interior. Allí habrá una explosión de conversiones”*.

Allard y Gérard obedecen en octubre de 1861, penetran en Basutolandia y encuentran un pueblo que acoge con calor el anuncio del Evangelio.

**• Devoción a la Eucaristía:** El Fundador siempre ha tenido un culto y una devoción extraordinaria a la Eucaristía. Se diría que su comprensión del misterio y de la doctrina, que ha enseñado siempre de un modo particular, la ha recibido por una gracia especial.

En su diario, del 17 de marzo de 1839, nos revela que temía haber correspondido demasiado poco a las grandes iluminaciones y a las inspiraciones concedidas por Dios hace muchos años, sobre el admirable sacramento del altar.

Sus grandes emociones, las lágrimas de alegría y de felicidad las ha tenido casi siempre durante la Santa Misa o en presencia del Santísimo. Todos sus escritos señalan su devoción a la Eucaristía y su esfuerzo para aumentar y divulgar el culto en su diócesis de Marsella. Leamos algunos textos que evidenciarán sus intervenciones en este sentido:

• **La Eucaristía en la vida personal del Fundador:** Primera Comunión, hecha el 5 de abril de 1792, el Jueves Santo, en el colegio de Nobles de Turín. El recuerdo de aquel encuentro con Jesús permanecerá siempre vivo en él. He aquí lo que escribe un biógrafo suyo*:*

“Un Jueves Santo, séame permitido este recuerdo personal, estábamos en la catedral de Marsella. El Obispo oficiaba, con aquella majestad dulce y recogida que le hacía célebre entre todos los prelados. De pronto, lo vemos llorar y por mucho que se esforzaba no lograba dominarlo. Los seminaristas que rodeaban el trono episcopal, sorprendidos por su emoción, lo miraban conmovidos. Él se da cuenta y volviéndose hacia uno de ellos, autor de este relato, cuya miopía hacía la atención más fija: ‘‘pequeño mío, dice, con aquella sencillez que conquistaba los corazones, no te sorprendas, hoy es el aniversario de mi primera comunión”

(Mons. A. Ricard, Mons. de Mazenod, París 1892, pag. 12.

**- Seminario y sacerdocio:** Los apuntes del período pasado en el seminario nos hacen entrever cómo, día a día, profundiza sus relaciones con Jesús Eucaristía. Al transcribir la lista de las comuniones que, según la costumbre del tiempo, le son permitidas, anota las disposiciones para ser digno y para producir su fruto, y se confía a los Santos para poder inflamarse de su mismo amor por la Eucaristía. Después de la ordenación sacerdotal, escribe a su confesor, el Sr. Duclaux, el 21 de diciembre de 1811:

“Mi querido Padre, me parece soñar, cuando pienso lo que soy. Alegría, temor, confianza, dolor y amor se alternan en mi corazón. Dos torrentes de lágrimas bajan por mis mejillas, con alegría y con dulzura. Mi alma está llena de un encanto, que no puedo expresar. Soy sacerdote. Hace falta serlo para saber lo que es. Si Dios en la santa Comunión me ha puesto en este estado, ¿cómo podré celebrar la Santa Misa el día de Navidad? Todos se darán cuenta de aquello que el Señor obra en lo íntimo de mi alma; y sólo este pensamiento me aflige. Hasta aquí he deseado, no me atrevo a decir pedido, no ser turbado tan sensiblemente ni por tanto tiempo. Le suplico celebre una Misa con esta intención ‘‘.

Reafirma su confianza absoluta y filial, en Roma en 1826. Escribe al P. Tempier, el 16 de febrero de 1826*:*

“Debo confesar que nunca había rezado tanto, nunca tampoco con tantos consuelos, fruto de una confianza absoluta y filial, hasta hablar con el Señor como lo hubiese hecho, de haber tenido la fortuna de vivir cuando El estaba en la tierra para distribuir sus beneficios y conceder a cada uno cuanto pedía. Sobre todo en la Comunión, cuando Ntro Señor está dispuesto a darnos la mayor prueba de su amor, me siento inclinado a abandonarme a todos los sentimientos que, en este momento precioso, su divina presencia y la inmensidad de su Misericordia inspiran a mi pobre alma...”.

**Culto a la Eucaristía promovido en su diócesis:** El Fundador aprovecha cualquier ocasión para promover el culto y amor a Jesús Sacramentado. He aquí algunas de ellas:

- Organiza ceremonias de expiación anuales en reparación del robo sacrílego de las sagradas Especies Eucarísticas, ocurrida en la iglesia de San Teodoro, el 10 de marzo de 1829.

- Reemplaza al tío y escribe una carta pastoral llena de emoción, el 11 de marzo de 1829

adoración y procesión todos los años

- Vísperas solemnes, de pie, delante el Santísimo expuesto:

“Todos de pie, como si el Señor estuviese presente entre nosotros, como cuando estaba en la tierra” (Diario, 7 de marzo de 1839).

- Exposición del Santísimo Sacramento en todas las iglesias, el jueves, el domingo, el lunes y martes de carnaval:

“Voy a adorar el Santísimo Sacramento en la parroquia, escribe Eugenio; lo haré de tal manera que cada año, en esos cuatro días, pueda visitar las catorce parroquias de la ciudad” (Diario, 7 de febrero de 1839).

- Adoración nocturna el Jueves Santo en todas las iglesias parroquiales (Diario, 21 de marzo de 1856).

- Fiesta del Corpus Christi celebrada solemnemente*:*

“Hoy todo es espléndido. Ha sido uno de los días más hermosos de mi vida. Estoy feliz al ver a Ntro Señor glorificado por una población inmensa como la nuestra”

(Diario, 19 de junio de 1857).

- Institución de las Cuarenta Horas en la Diócesis en 1860.

- escribe una extensa carta pastoral, el 21 de diciembre de 1859;

- va a adorar, a todas las iglesias y escribe bellísimas páginas en su Diario, al regreso de cada visita.

- el 16 de enero de 1860, escribe*:*

“He tomado parte en la bendición, en los tres días de adoración en la iglesia de San Lorenzo. Era para exultar de gozo, al observar ante todo la magnificencia de la iluminación del altar en el que estaba expuesto Ntro Señor”.

- el 23 de enero*:*

“Adoración en San Lázaro. ¿Cómo decir la belleza de esta magnífica exposición y la participación, durante la semana, y el celo por la adoración nocturna? Es como para morir de alegría. ¡Oh! ¡Cuán glorificado es Ntro Señor!”.

- el 3 y 4 de febrero*:*

“Es imposible resistir a la emoción que procura un espectáculo así. ¡Cuántas lágrimas y qué dulces han derramado mis ojos! Si todo esto hubiera durado más tiempo, sería demasiada felicidad en la tierra. Gracias, millones de gracias al Señor por estos momentos que hacen pregustar el Paraíso”.

Estos textos y hechos de su vida seleccionados, entre tantos otros, subrayan la importancia que ha tenido la Eucaristía en la vida de Mons. de Mazenod y evidencian el grado de su unión con Dios. En algunos santos esta unión se ha manifestado de un modo sensible, como por ejemplo, contemplando y llevando a Jesús Niño en sus brazos (San Antonio de Padua y la Sierva de Dios Yvonne Beauvais, de las Agustinas de Malestrot, muerta en 1951); al Fundador le bastaba estar en la presencia de la Eucaristía, el “centro común”, el “medio de comunicación”, en el que los Oblatos dispersos por el mundo entero se encuentran y se hablan, durante la Misa y en la oración de la mañana y de la tarde.

Pienso que el Fundador sigue encontrando a sus hijos para hablar con ellos del Señor, no ya creyendo en la fe sino poseyéndolo en la visión.

## D. Conclusión

Para progresar en la unión con Cristo, hace falta renunciar a sí mismo, hace falta desprenderse. Dios va al encuentro de las almas contemplativas, en las noches de los sentidos y del espíritu, con las que se ven privados de consuelos sensibles...Y va al encuentro de los apóstoles, lanzados a la acción, víctimas, muy a menudo, de muchas desilusiones, de inquietudes y de fracasos.

Mons. de Mazenod ha empujado siempre a sus hijos a andar por las vías de la perfección. Esta santidad la ha buscado él mismo, con tenacidad, durante toda su vida; el Señor lo ha llevado, por eso, a pasar por el fuego de las purificaciones. Eugenio en su vida ha gozado de momentos de consuelo y de felicidad intensos, sobre todo ante Jesús Sacramentado. Estas continuas visitas suyas, aunque breves, son las etapas luminosas para subir al Tabor. Ha pasado, sobre todo, por muchas purificaciones del corazón y de su celo apostólico: purificaciones intensísimas en los años 1827-37, que se prolongaron después hasta el final de su vida.

Mons. J. Leflon analiza tres fotografías de Mazenod y condensa toda su vida en tres momentos esenciales. En la primera fotografía, de los comienzos de la Congregación, lo presenta: austero, peinado descuidado, rasgos tensos, ojos de un negro fascinante...es la figura del apóstol lanzado a la conquista de las almas.

En la segunda fotografía, que lo representa en su condición de obispo de *Icosía*, por los años 1832-33, se advierte en él: la seguridad del hombre maduro, autoritario, mirada firmemente decidida, gran dignidad de noble y de obispo; no se advierte su bondad, sino que aflora solamente su dignidad.

La tercera fotografía, sacada en París en 1859, lo presenta ya anciano, con rasgos marcados por el sufrimiento y las purificaciones. Deja una impresión de cansancio. Conserva la fuerza, pero está impregnada de serenidad, resignación y bondad. En los ojos profundos y medio cerrados, la llama del pasado se convierte en luz. (cf. Leflon IV, pag. 2419).

Ha escrito el P. Eugenio Baffie:

“La vida de Mons. de Mazenod ha sido siempre muy activa, muy penitente y muy unida al Corazón de Jesús. No creemos que la Iglesia, en el curso de los siglos, haya contado con muchas almas más mortificadas, más interiores, más deseosas de la gloria de Dios. Pero se buscará, en vano, en esta existencia, tan eminentemente apostólica, esa austeridad, esas mortificaciones (se podría añadir, esos fenómenos místicos extraordinarios) que han realzado, en el pasado, el esplendor y aun la originalidad de algunas vidas monásticas o episcopales.

La consideración de esta maravillosa mezcla de sus virtudes provoca el entusiasmo sin producir, a su vez, el desánimo, y hace comprender que, a pesar de la belleza del modelo, no se pierde de vista la esperanza de lograr imitarlo” (Baffie, Espíritu y virtudes de Mons. de Mazenod, Paris, 1894, pag. VI-VII).

# IX. ACTIVIDAD Y PROBLEMAS DEL FUNDADOR de 1850 a 1861

A. En la Congregación

B. En la Diócesis

C. Vida personal

## A. En la Congregación

En los años de 1850-55 nos encontramos con dos acontecimientos importantes y poco tenemos que anotar para los años 1855-56. En estos años el Fundador vela y se esfuerza, sobre todo, por buscar y formar misioneros.

Modificaciones a las Reglas de 1850, en la edición nueva de 1853:

• **Primera modificación**: división de la Congregación en Provincias - 4 Provincias: Canadá, Inglaterra y dos en Francia; 4 vicariatos de Misión: Rio Rojo, Oregón, Natal y Ceilán.

Esta decisión libra al Fundador y a la Administración general del cuidado de la responsabilidad inmediata de las casas y de los Padres. He aquí cómo concluye el Fundador la carta circular del 2 de agosto de 1853:

“Hay que reconocer que los Provinciales y los Vicarios tendrán, de ahora en adelante, una gran responsabilidad en el cargo que la Regla les asigna. El futuro de la Congregación está, en gran parte, en sus manos”.

En la práctica, durante algunos años, el Fundador se arregla para tener relaciones con todos los superiores. ¿Teme, tal vez, ver disminuir su autoridad? El 23 de enero de 1854 escribe al P. Dorey, superior de Nancy, que él es siempre “el verdadero y único padre de toda la familia”.

Se reserva dar las obediencias urgentes, sin hablar con los Provinciales: saca, por ejemplo, del Canadá al P. Baudrand, para enviarlo a Texas, y al P. Pinet a Inglaterra. El P. Santoni, como protesta, ofrece su dimisión como Provincial del Canadá. En Francia el Fundador da órdenes urgentes a los Padres Baret, Sumien, de l’Hermite y Dassy. Manda, por ejemplo, a este último a predicar un retiro a Aix:

“Es necesario, absolutamente, hacer un esfuerzo, le escribe. Es imposible volverse atrás. Hace falta, hace falta, ciertamente, hace falta que vaya a Aix”

(Mazenod al padre Dassy, 21 de noviembre de 1855).

A pesar de estas nuevas disposiciones, circulan quejas contra la Administración general; especialmente por parte de aquellos padres que le han criticado siempre, por ejemplo el P. Burfin en Francia, el P. Rouge en Montreal y el P. Belmon en San Bonifacio. El P. Vincens, Provincial del Norte de Francia, muy escuchado por el Fundador, es uno de los pocos que puede, por aquellos años, hablar con el Fundador de estas quejas y buscar cómo remediarlas.

Mons. de Mazenod le contesta, el 4 de septiembre de 1855*:*

“Contra lo que protesto con energía, es contra el ridículo descontento de algunos Padres que todo lo ven mal, y a los que Uds temen cuando yo muera. Me inspiran lástima con su pretensión de juzgar las conveniencias y las necesidades. Quieren enseñarnos a gobernar la Congregación, ellos que no saben conducirse a sí mismos. La Congregación, convénzase, mi buen P. Vincens, no gana nada con hombres de esa clase...Hay que acostumbrarse a respetar la autoridad, hasta el punto de creer que actúa bien, aun cuando no logremos comprender su línea de conducta. Sobre este punto no flaquearé nunca y estoy decidido a colocar a cada uno en su sitio”.

La primera elección de Provinciales o Vicarios no resultó exitosa. El P. Baudrand muere en Texas, poco después de su nombramiento; el P. Allard, en Natal, es demasiado exigente con sus colaboradores y le falta iniciativa apostólica; el P. Santoni, en el Canadá, es demasiado independiente: decide sin consultar a la Administración general; el P. Vincens es un predicador y poco acostumbrado para administrar una Provincia.

En Marsella el Fundador está prácticamente solo con el P. Casimiro Aubert, secretario de la Congregación y Provincial del Midi. Los PP Temier, primer asistente, y Fabre, ecónomo general, están absorbidos con la casa de Montolivet y el seminario mayor, de los que son respectivamente superiores. El Superior General es Obispo de Marsella y no puede estar en todo y seguirlo, tanto más que en la Congregación todos están acostumbrados a acudir a Marsella para cualquier cosa.

La forma de gobierno debe cambiar y adaptarse a una Congregación dispersa por el mundo entero. Mons. Guibert, arzobispo de Tours, muestra una alegría inmensa por el nombramiento del P. Fabre como sucesor del Fundador. Le escribe el 13 de octubre de 1863:

“Ahora es cuando empieza el verdadero trabajo, el de poner orden en la Congregación. La vida del Fundador ha sostenido todo, con aquella fuerza creativa que ha acompañado siempre el origen de las obras, ahora sin embargo, es necesario buscar una vida regular normal, que asegure y empuje hacia adelante el desarrollo. El Beato P. Fundador ha sido el S. Ignacio de los Oblatos; Ud será el Laynez”. Efectivamente el P. Fabre tomará decisiones felices para la administración: fundación de Misiones OMI, retiros anuales de Superiores, cartas circulares frecuentes, y visitas canónicas a toda la Congregación.”

(Levasseur, Histoire des Missionnaires Oblats, t. 1 (1983), pag. 178-79).

• **Segunda modificación**: Seminarios Mayores. Se añade a la regla del Instituto un capítulo sobre los seminarios mayores, presentados como fin de la Consagración.

Eso ya estaba incluido, en cierta manera, en la Regla de 1818, en el capítulo de la reforma del clero. Allí se leía*:*

“Al principio, a causa de su inexperiencia juvenil, los misioneros no podrán curar, sino indirectamente, esta llaga, con sus consejos, oraciones y buenos ejemplos; pero, después de algunos años, con la gracia de Dios, podrán enfrentar estos vicios horrendos; arrojarán la sonda para vencer este tumor vergonzoso que lo devora todo en la Iglesia de Cristo”.

Muy pronto, en Marsella, el Fundador advierte que no es fácil reformar al clero: no les queda, pues, otra a los Oblatos que entregarse a la formación del clero en los seminarios. En las Reglas de 1850-53 encontramos artículos muy fuertes sobre la importancia de este ministerio en los seminarios. “Sería inútil, leemos, renovar las parroquias con las misiones si luego el párroco no es santo”.

Mons. de Mazenod, hombre de acción, desea enseguida la realización de este fin. Los Oblatos trabajan en el Seminario Mayor de Marsella, en 1827; en el de Ajaccio en 1834; aceptan el de Fejus en 1851, el de Romans en 1853 y el de Quimper en 1856. Se ponen también en movimiento los de Ottawa y de Platsburg.

• **La gran purga de los años 1850-1856**: Entre 1850 y 1856 los Oblatos pasan, en cuanto al número, de 223 a 298. Un aumento de apenas setenta y cinco miembros; mientras que, en los seis años anteriores, el personal había pasado de 68 a 223. De los noviciados de Francia, Inglaterra y Canadá salen 150 profesos. Los años de 1850 a 1856 batirán un triste récord en la Congregación: 27 muertos en seis años (sólo habían sido 22 entre 1815 y 1850) y 50 Padres dejan la Congregación (solo habían sido 60 en los 35 primeros años).

• **Muertos**: El Fundador no habla mucho de los difuntos. No conoce ya individualmente a sus Oblatos. Además, sus numerosas ocupaciones contribuyen, tal vez, a hacerlo menos sensible también a la muerte de los más cercanos, como los escolásticos; al menos, no tiene tiempo para expresar por escrito sus penas.

Sin embargo su dolor explota aun ante la muerte de los padres más conocidos e importantes, como el P. Baudrand en Texas (“cruel pais”) y el P. Dorey, superior de Nancy.

Después de la muerte del P. Baudrand escribe*:*

“Mi corazón está fuertemente oprimido, debo hacerme violencia para afrontar algunos problemas”

(Mazenod a Gondrand, 24 de noviembre de 1853). A la muerte del P. Dorey escribe al P. Contrard a Sion*:*

“Mi corazón está inmerso en un mar de dolores; estoy tan angustiado que no sé cómo consolaros”

(Mazenod a Contrard, 19 de marzo de 1855). Poco después escribe al P. Jeanmaire a Nancy; anota que han muerto seis Oblatos en pocos meses y añade*:*

“La pérdida de los nuestros es la única cruz que me oprime. Siento dentro de mí un dolor agudo y unas llagas siempre sangrantes que solo se curarán con mi propia muerte”

(Mazenod a Jeanmaire, 15 de mayo de 1855).

• **Salidas**: En un período de seis años dejan la Congregación 50 Oblatos. Entre ellos, 18 escolásticos y 17 Padres y Hermanos irlandeses. Esto explica sus palabras contra los irlandeses ingresados en la Congregación, después de la gran hambre, tal vez por motivos sociales.

¿Cómo explicar tantas salidas? Los motivos son muchos y diversos. Los PP Vincens y Santoni no han sido tal vez bastante severos como maestros de novicios entre 1840 y 1848, después de la visita del P. Leonard a los seminarios. Muchos de estos se encuentran metidos de lleno en el trabajo, después del noviciado y de pocos meses de escolasticado, por estar adelantados en los estudios, desprovistos, por lo tanto, del espíritu religioso necesario.

Se ingresaba en la Congregación para ir a las misiones, no para ser religiosos. En cualquier caso, si el número de los muertos puede deberse a una serie de circunstancias fortuitas y, fundamentalmente, por la voluntad insondable de Dios, la salida de muchos Padres de la Congregación puede hallarse, por el contrario, en los proyectos y en las exigencias del Fundador.

Hablando de la perfección de la vida religiosa, que él exige como condición indispensable para permanecer en la Congregación, nunca será expresada de una manera tan clara como en las cartas de este período:

“Hay que confesar, escribe al P. Vincens el 31 de agosto de 1854, que tenemos algunos hombres que no tienen las más elementales nociones de las virtudes, y digo aun más, no sienten los deberes de la vida religiosa. ¿Dónde se ha visto que haga falta pactar continuamente con esos sujetos para no contrariar su caprichos o sus repugnancias? Ya es hora de que termine ese desgraciado sistema. Por útiles que sean las personas, bajo algunos aspectos, me parece que es muy peligroso para el futuro de la Congregación conservarlos en esas condiciones...Que la acepten o que la dejen”.

El 18 de octubre de 1855, escribe al P. Bellon, Provincial del Norte y nombra a cinco Padres que no cumplen con su deber en la provincia; de modo particular, en la casa de l’Osier, donde el P. Vanderberghe, joven superior, no logra imponerse:

“Quisiera recomendarte, dice, mantener tu autoridad de superior autoridad que no debe capitular jamás ante ninguno de los súbditos de la casa. Al que no le convenga eso que se retire. Será un alivio”.

El 8 de noviembre, anuncia al P. Bellon que el P. Piot acaba de ser dispensado de sus votos y que el P. Sigaud lo será pronto, y termina con estas palabras:

“No nos detendremos en eso, hasta purgar enteramente la Congregación de los humores pecaminosos que la desgarran”.

El mismo día escribe al P. Baret a Burdeos:

“teneis que curar las heridas que hacen a vuestra Madre tantas personas indignas, con un incremento de celo y más regularidad. Poco a poco, todo cuanto no es digno de vosotros deber ser expulsado, como un tumor maligno que hay que eliminar del cuerpo. Solo nos dejan un pesar: el haber tenido tanta paciencia con la esperanza de una enmienda que la experiencia nos demuestra ser casi imposible conseguir”.

Por eso, encontrándose frente a unos religiosos tibios, engolfados en su desobediencia y en sus desviaciones, el Fundador debe necesariamente concederles o la dispensa o expulsarlos, sin tardanza, del Instituto y hacer caer así sobre ellos toda la responsabilidad de esta medida extrema.

Esta posición y la muerte de sus hijos viene a ser la más importante fuente de sus sufrimientos. Repite continuamente:

“Dios mío, qué penas, qué disgustos” (a Courtes, 1/3/50); “Estoy afligido en lo más profundo de mi alma” (a Lavigne, 24/7/51); “Llaga profunda de mi corazón” (a Vanderberghe, 12/12/52); “Son pruebas que hacen sangrar” (a Tortel, 31/1/54); “Puñaladas” (a Tamburini, 2/10/55).

**NOTA BENE:**

Reflexiones sobre la dureza de sus expresiones, empleadas contra los Oblatos poco fieles, y la facilidad de las expulsiones de la Congregación.

Todo esto, en parte, puede explicarse por el estilo del Fundador, que revela su carácter emotivo y exigente (las palabras van más allá que el pensamiento), pero también, por su modo de gobernar, a base de firmeza y de bondad al mismo tiempo. Ya en la Congregación de la Juventud de Aix, el Fundador expulsa a todos los que, una vez advertidos, no se esfuerzan por seguir el reglamento. En los 25 primeros años de la Congregación existe para el Instituto y para la Congregación de la Juventud, el registro de las expulsiones.

El motivo de fondo, para actuar de ese modo, va unido al hecho de que el Fundador quiere mantener en todo su fervor a la Congregación. No puede concebir que en su juventud la Congregación apenas nacida “caiga en la decrepitud de las antiguas órdenes” (Mazenod a Chavet, 8/2/53).

En 1830 ya el P. Albini aconsejaba al Fundador que “purgar a la Congregación de todo aquello que era poco bueno” (Albini a Mazenod, 18/12/36).

Además hay que notar que muchos dejaban el Instituto para ingresar en el clero secular.

En cualquier caso, este modo de gobernar del Fundador ha evitado muchos problemas difíciles, que algunos fundadores más tolerantes han tenido, por ejemplo, Basilio Moreau, que tuvo que dejar la Congregación fundada por él; poco faltó para que también el P. Dehon fuese sustituido como General por algunos Padres independientes y soberbios.

Nuestra Congregación ha empezado su vida en la humildad y bajo la égida del mismo padre, durante cincuenta años, llena de fervor religioso y de celo apostólico.

• Interés por el reclutamiento y la formación: A medida que la Congregación se extiende, aumenta en Eugenio el interés por el reclutamiento. Escribe, en efecto, al P. Richard el 18 de enero de 1852: *“Nosotros tenemos una necesidad inmensa de alimentar nuestro ejército”*.

En sus últimas cartas es él personalmente quien manda jóvenes al Noviciado, invita a los Padres a interesarse por las vocaciones y a pedir oraciones por esta intención; permite a los escolásticos y a los jóvenes misioneros visitar los seminarios; encarga al P. Vincens que se entregue a hacer algo por el reclutamiento; por último, propone al P. Tamburini ser un incansable reclutador de vocaciones en el seminario de Vico. En esta ocasión Eugenio nos deja una confidencia preciosa:

“Solo tenía 12 años, cuando Dios hizo nacer en mi corazón los primeros y eficacísimos deseos de ir a las misiones”

(Mazenod a Tamburini, 2/10/55).

Las cartas más hermosas de los diez últimos años de su vida van dirigidas a los maestros de novicios de l’Osier, P. Richard y Vanderberghe, y a los moderadores de los escolásticos, en Marsella y en Lumieres: PP Martinet y Mouchette.

Muchas cartas hablan del noviciado, del escolasticado y de la formación de los Padres jóvenes. La sabiduría y la experiencia del septuagenario magnifica con sus preciosos consejos, la grandeza del cargo de maestro de novicios; la paciencia que deben tener los formadores; la confianza en Dios que aleja la impaciencia de aquellos que, a veces, no encuentran en sí mismos todo el fervor que deberían transmitir a los demás:

“El buen Dios, en efecto, no quiere alimentarnos siempre con golosinas”

(Mazenod a Richard, 18 enero 1859). Por último subraya la necesidad, para el maestro de novicios, dadas las necesidades de la Congregación, de ensanchar la puerta y también el corazón de la caridad para que todos esos elementos que la Providencia le envía encuentren entre nosotros todo aquello que buscan.

## B. En la Diócesis

• El tiempo que tiene para dedicarse a los Oblatos es limitado. Algunas horas de consejo, cada mes; algunas visitas a las casas, durante el verano; algunas visitas recibidas y un día, cada tanto, para escribir a todos.

El Fundador ha dedicado mucho tiempo a la diócesis. Es increíble su actividad en estos diez años de su vida después de los setenta.

• Las grandes obras de Marsella han sido realizadas en este tiempo:

• la construcción de la Catedral empezada en los años cincuenta y terminada en 1897. Es esta una de las mayores iglesias construidas en Francia durante este siglo.

• Construcción de la Basílica de N. S. de la Guardia, empezada en 1853 y terminada en 1863, sin ninguna ayuda del gobierno.

• Reparación y ampliación del obispado, para que sea digno de la segunda ciudad de Francia y acoja a los numerosos obispos que pasan por Marsella, en viaje hacia Roma.

• Erección del monumento a la Inmaculada Concepción, inaugurado en 1856.

• Los grandes proyectos de orden episcopal

• Nombramiento de un auxiliar para que le ayude y lo sustituya durante tres meses del año, cuando debe ir a París por su cargo de senador, entre 1856 y 1861. Nombramiento de Mons. Jeancard en 1858.

• Erección de la diócesis en arquidiócesis, por amor a Marsella y por la dignidad de la sede de la segundad ciudad de Francia. No lo obtiene, a pesar de que el emperador está dispuesto a conceder el favor a título personal, en tanto que el Fundador lo quería para sus sucesores.

• Invitación, y luego obligación, para el clero diocesano de vida comunitaria en las parroquias (Sínodo de 1856).

• Adoración perpetua en la Diócesis desde 1859.

• Problemas y preocupaciones

• Poca buena voluntad y poco espíritu de servicio por parte de sus principales colaboradores. Después de su muerte será uno de sus vicarios generales, un tal Guiol, quien encabece el movimiento de rechazo a los Oblatos y a cuanto ha hecho el Fundador.

• Una especie de revuelta del clero, contrario a la vida de comunidad y que encuentra a los Oblatos demasiado poderosos.

• Relaciones poco buenas con la autoridad municipal.

## C. Vida Pastoral: últimas purificaciones

Hacia el final, el Señor quiso purificar al Fundador, sobre todo en sus dos características y cualidades: el corazón y el liderazgo.

• Las numerosas muertes y las salidas de tantos Oblatos le han hecho sufrir mucho. Hemos subrayado algunas de sus expresiones a este propósito.

Lo mismo pasa, más o menos, con las murmuraciones de Marsella.

• Las salidas de la Congregación, las críticas contra la administración de la Congregación y de la Diócesis han quitado también brillantez a los acontecimientos de su vida, como Fundador y Obispo.

La coronación de su vida, al servicio de la Iglesia, ha estado a punto de ser premiado con el cardenalato. La propuesta del emperador es de 1859. Pero Pio IX no lo nombró, sea porque la noticia fue divulgada en París y en Francia antes de que fuese conocida la propuesta hecha al Papa, sea sobre todo, porque el Papa no estaba contento de la actuación del emperador, que no defendía los Estados Pontificios, como hubiera podido y querido hacer. En Marsella, sin embargo, las malas lenguas aseguraban que no había sido nombrado porque el Papa estaba descontento de la actuación del Obispo de Marsella. Todo esto ha sido para Eugenio una humillación y un sufrimiento interior.

A comienzos de 1860, el Papa le escribió para darle a conocer que el nombramiento sería divulgado cuando lo permitieran las circunstancias políticas. Le bastaba eso, pero durante varios meses, este nombramiento, que debía ser el coronamiento de su vida, fue una cruz muy pesada con anterioridad a los últimos cinco meses de su enfermedad.

# X. EL TESTAMENTO DEL FUNDADOR

A. Introducción: importancia, diversos testamentos

B. “Entre vosotros la caridad”; el amor del Fundador por los Oblatos; la caridad fraterna en la Regla y en la vida de la Congregación

C. “Y al exterior el celo por la salvación de las almas”: proyectos del Fundador; la realidad oblata

## A. Introducción

• **Importancia:** El espíritu auténtico de una familia religiosa se evidencia a la luz del carisma del Fundador y de la inspiración que la pone en movimiento en la Iglesia.

Esto es particularmente verdadero para nuestra Congregación que el Fundador reafirma ser una obra: *“Toda ella salida de su corazón”* (Circular de 2/2/57).

Sabemos, en efecto, por sus escritos, que ha reivindicado para sí el derecho de infundirle su espíritu (*Études Oblates* 11, 1952, pag. 162).

Si este espíritu de la Congregación se encuentra ya en sus comienzos, cuando se puede decir que brota de la fuente, lo encontramos también en las enseñanzas y directrices del Fundador, durante toda su vida, y sobre todo, al final de sus días, en su testamento (Gilbert en *Études Oblates* 29, 1969, p. 45).

• **Los testamentos**: El verdadero testamento del Fundador ha sido escrito el primero de agosto de 1854, antes de su salida para Roma, con motivo de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción. Menciona a sus Oblatos, después del clero diocesano, los fieles y las Hermanas, para pedir oraciones con las que poder abreviar su purgatorio, que reconoce merecer hasta el fin del mundo. Escribe solamente:

“...Los Oblatos, de quienes una justa reserva me impide hacer aquí el elogio”.

Se puede decir que sus últimas recomendaciones, escritas como Fundador y Padre, las ha dejado ya en la primera carta circular escrita con motivo de la promulgación de la segunda edición de la Regla, el 2 de agosto de 1853. Es este el período en el que los Oblatos están demasiado metidos en las obras; es el período de la gran purga y de los numerosos fallecimientos en la Congregación. Por eso, la actitud del Fundador está llena de humildad; sus recomendaciones no hablan de “celo”, sino que subrayan el impulso hacia la santidad y a la práctica de la caridad fraterna.

“Termino esta larga carta, mis amados hijos, encomendándome más que nunca a las oraciones de cada uno de vosotros, para lograr de la bondad de Dios el perdón de todas las culpas que he podido cometer en el gobierno de esta querida familia que me ha confiado y a la que he dedicado mi existencia; y para que me conceda, al final de mis días, el consuelo de verla crecer en virtud y en santidad, como me ha concedido verla aumentar en número y en extensión. Resumo todas mis recomendaciones y mis deseos con estas palabras del apóstol San Pablo a los Corintios (2, 13): «Por último, hermanos míos, alegraos, sed perfectos, animándoos unos a otros, estad unidos en espíritu y de corazón, vivid en paz y el Dios de amor y de paz estará con vosotros»”.

Para nosotros Oblatos el verdadero testamento del Fundador es aquel que brota de su corazón; son aquellos sus últimas palabras, antes de morir, palabras que subrayan el último deseo de su corazón*:*

“Practicad siempre entre vosotros la caridad, la caridad, la caridad, y hacia fuera, el celo por la salvación de las almas”. Estas palabras tienen, para nosotros los Oblatos, valor de regla, y expresan, sin duda, el carácter típico y más profundo de la vida oblata.

## B. “Practicad entre vosotros la caridad...”

La caridad, el amor, que el Fundador ha querido para sus hijos:

• **En las palabras**: El amor por sus hijos Oblatos, aflora en todos sus escritos; cuanto más envejece tanto más predica y manifiesta este amor.

En las cartas escritas de 1852 a 1855, sobre todo después de la muerte de su madre, ocurrida el 17 de diciembre de 1851, impresionan por la variedad y por la fuerza las expresiones con las cuales manifiesta su afecto. Cualquier señal de amor y de agradecimiento lo conmueven.

He aquí algunas expresiones con las que expresa su afecto*:*

“Mi gran debilidad es la de amar apasionadamente a los hijos que el buen Dios me ha dado. No conozco amor de madre que lo pueda igualar”.

(Carta a Baret, n° 1057).

“No sé cómo mi corazón puede resistir al afecto que tengo para todos vosotros. Es este un prodigio de la bondad de Dios. No existe creatura en el mundo a la que Dios haya concedido el favor de amar tan tierna, fuerte y constantemente, a un número tan grande de personas”

(al P. Dassy, carta n° 1095);

“Imposible haceros una idea hasta qué punto mi corazón os ama”.

(al P. Guinet, carta n° 1118);

“Quisiera que mis manos secundaran la energía de mi corazón. Pero ¿cómo hacer, con una sola pluma?”

(a Mouchette, carta n° 1223).

• **En los hechos**: En su vida de colaboración con los Padres Tempier, Aubert, Fabre, Vincens, Bellon, Mouchette, encontramos mucha ternura, alegría, broma, corrección fraterna. El toma la iniciativa de escribir a quien no le escribe. Escribe cartas de bondad y de misericordia a quien, aun dejando algo que desear en cuanto al comportamiento, deja entrever algún indicio o señal de arrepentimiento (Telmon, Chaine, Baudrand).

Sin duda, su caridad no ha sido de fachada o diplomática. Lo vemos alegrarse o sufrir verdaderamente, al lado de cada Oblato, preocuparse por cada uno y animarlos.

• **La caridad exigida por la regla:** Esta característica no aparece bastante ponderada y con fuerza, a primera vista, en la Regla de 1818 y de 1826. Aunque leemos en el primer artículo (1826) la afirmación:

“ut fratres habitantes in unum”, a menudo recordada por el Fundador y por toda la tradición oblata.

En el párrafo que habla de la caridad, de la humildad y de la huida del mundo, leemos:

“Estarán todos unidos por los vínculos de la más intensa caridad y con perfecta sumisión a los Superiores”

(*manuscrito Honorat, en Études Oblates, 2, 1943, pag. 37).*

• **En la vida de la Congregación:** La caridad es una nota distintiva. - Así lo ha querido el Fundador. El texto más explícito, en el que habla de la caridad fraterna, como carácter distintivo de la Congregación, ha sido escrito en Roma, en el Quirinal, el 2 de diciembre de 1854, al P. Mouchette y a los escolásticos.

Eugenio presenta a los Oblatos como “hombres de Dios”; su mansión “es la continuación del ministerio apostólico”; como “santos” que obran “milagros” en las misiones; como hermanos que viven juntos con un espíritu de familia que debe reinar indistintamente en todos*:*

“He visto muchas órdenes religiosas y estoy en relación muy íntima con las más regulares; pues bien, aparte de sus virtudes, he visto en ellas un gran espíritu de cuerpo; pero ese amor más que paternal del superior a los miembros de la familia, y esa relación cordial de los miembros con su superior, que establece entre ellos una vinculación que arranca del corazón y que, entre nosotros, establece verdaderos lazos de familia, de padre a hijos y de hijos a padre, eso no lo he encontrado en ningún lugar.

Siempre se lo he agradecido a Dios como un don particular que ha querido concederme, porque El me dio ese temple de corazón, esa fusión de amor que me es propia y que se derrama sobre cada uno sin daño para los demás, como ocurre, me atrevería a decir, con el amor de Dios a los hombres. Puedo afirmar que es este sentimiento, que brota de Aquel que es la fuente de todo amor, el que ha hecho nacer en el corazón de mis hijos esa reciprocidad de amor que constituye el carácter distintivo de nuestra querida familia. Este amor recíproco nos ayuda a saborear siempre más y mejor, nuestra vocación, para que todo vaya dirigido a Dios para su mayor gloria. Este es el deseo más ardiente de mi corazón”.

¿Ha sido siempre vista así, la vida comunitaria en la Congregación? Jeancard (p. 56) escribe*:*

“La comunidad de Aix era verdaderamente una familia. Todos vivían la misma vida. Todos los corazones latían al unísono. Todos eran calentados siempre por el afecto del Padre. El “cor unum et anima una”, que el Fundador recomendaba en las Reglas como uno de los signos distintivos de la Sociedad, era verdaderamente el carácter distintivo de esta pequeña comunidad”.

El novicio Marcou escribe desde N. S. de Laus al seminarista Guibert, el 11 de mayo de 1822*:*

“¿qué puedo decirte de nuestro Instituto? Te digo solamente que todos tendemos a la perfección, siguiendo el camino trazado por nuestra Regla. Todos somos aquí un solo corazón y una sola alma”.

Durante la primera enfermedad del P. Suzanne en 1826, Dupuy ofrece su vida a Dios en lugar de la de Suzanne, que estima más importante y más preciosa para la Congregación (Dupuy a Mazenod, 10 septiembre 1826).

El seminarista Dassy escribe al P. Tempier, el 29 de mayo de 1829, que quiere hacerse Oblato*:*

“Lo que me atrae de vosotros es la unión, la caridad que anima a todos los miembros de vuestra comunidad y los lleva a ayudarse unos a otros”.

En el acta de visita de Lumieres, el 10 de octubre de 1840, el Fundador escribe*:*

“He pasado con vosotros cinco días deliciosos. He constatado que os amáis verdaderamente como hermanos y que todos tenéis un solo corazón y una sola alma. No hay entre vosotros el mínimo desacuerdo; cada uno, a su modo, se siente feliz”.

El P. Clos escribe al P. Tempier, desde Nueva Orleans, el 26 de mayo de 1861, informándole que anda rondando la noticia del nombramiento del P. Gauder, superior, como Obispo de Galvenston. “Este nombramiento gustaría a muchos sacerdotes. Un eclesiástico, que ha vivido mucho entre los indios, que no ama a los religiosos, y especialmente a Jesuitas y Lazaristas, me ha dicho un día que lo que más le ha impresionado de nuestra Congregación es el espíritu de caridad que reina entre los padres. No me sorprendería, añade el P. Clos, que, no pasando mucho tiempo, se deje atrapar por los vínculos de esa caridad que reina entre nosotros, caridad que no se encuentra en ninguna otra Congregación, como en la nuestra, afirma este sacerdote. No es posible para nosotros Oblatos no tener esa virtud...Nosotros somos los hijos de un padre que es, él mismo, todo caridad”.

Mons. d’Herbomez escribe al P. Tempier, el 17 de febrero de 1863, desde la Columbia Británica, recordando su visita a Marsella*:*

“Qué hermoso es, qué dulce, vivir juntos como hermanos, formando un solo corazón y una sola alma...Somos verdaderamente culpables los que ponemos voluntariamente en peligro los estrechos vínculos de la caridad fraterna”.

Esta característica siempre viva de la caridad fraterna es recordada en muchas circulares de los Superiores Generales hasta hoy (*Études Oblates*, 28, 1959, pg. 60-79).

## C.” ...Y fuera el celo por la salvación de las almas”

• **Proyectos del Fundador**: La caridad oblata tiene su fuente en el corazón de Jesús Salvador, centro de nuestra vida espiritual. Ella busca reproducir en nosotros el “cor unum et anima una” de la Iglesia primitiva, bajo el influjo de María.

Da un sello de familia a nuestras comunidades y ofrece un carácter paternal a la autoridad. Tiende a promover la colaboración en el apostolado, pero, al mismo tiempo, se hace verdadera escuela de compasión apostólica, desarrollando las cualidades de sencillez, de acogida y de benevolencia.

En lugar de recluirnos sobre nosotros mismos, esta caridad de Cristo nos lanza hacia fuera y se transforma en celo, conforme a la lógica expresada en las últimas palabras del Fundador:

“Entre vosotros la caridad...fuera el celo”.

Este doble ideal que encontramos en las últimas palabras del Fundador, es idéntico a aquel que lo animaba en sus proyectos de fundación: buscar verdaderos apóstoles y reagruparlos en una comunidad de vida y acción.

Escribía la P. Tempier, el 9 de octubre de 1815*:*

“Si quiere ser de los nuestros, no se sentirá en un país desconocido. Tendrá cuatro compañeros. No somos más numerosos; queremos elegir hombres que tengan la voluntad y el coraje de seguir las huellas de los Apóstoles”.

En 1817, sobre todo el 12 de agosto y el 22, escribe desde París hermosísimas cartas sobre la caridad y sobre la naturaleza de nuestra vocación:

“Quam dulce et quam jucundum habitare fratres in unum”. No es dado a todas las comunidades gustar esa dicha y esa felicidad”

(12 de agosto). Pero ¿qué somos nosotros? “Somos o debemos ser sacerdotes santos que se sienten más que felices por consagrar su fortuna, su salud, su vida, al servicio y a la gloria de Dios. Estamos colocados en la tierra, y particularmente en nuestra casa, para santificarnos, ayudándonos recíprocamente con nuestros ejemplos, nuestras palabras y nuestras oraciones.  
Nuestro Señor Jesucristo nos ha dejado la tarea de proyectar hacia adelante y continuar la gran obra de la redención de los hombres. Es únicamente hacia ese objetivo hacia donde deben tender todos nuestros esfuerzos; mientras no hayamos empleado toda nuestra vida y dado toda nuestra sangre para logarlo, no tenemos nada que decir. Ese espíritu de dedicación total a la gloria de Dios, al servicio de la Iglesia y a la salvación de las almas es el espíritu propio de nuestra Congregación, pequeña, es verdad, pero que será siempre grande, en la medida en que se esfuerce por ser santa”

(22 de agosto 1817, al P. Tempier).

En 1818 escribe la Regla. En ella encontramos el mismo proyecto, con las palabras de fuego del Prefacio, sobre todo para describir los males de la Iglesia y la necesidad de tener nuevos apóstoles que vivan, como los apóstoles y los primeros discípulos la caridad fraterna y el mismo celo.

Eugenio ha dado el ejemplo, en primer lugar. Quiere entregarse hasta ser mártir de la caridad; roza, efectivamente, la muerte en 1814, habiendo contraído el tifus en las cárceles; nunca se reservó lo más mínimo en todas las epidemias de cólera. Y eso mismo ha pedido a sus hijos y no ha tolerado a los hombres tibios y miedosos, hasta el punto de pronunciar esta famosa frase:

“No deseo y no quiero mechas humeantes en la Sociedad. Debemos quemar, calentar, dar luz, o irnos”.

El P. Deschátelets ha escrito en la circular n° 191, pag. 25*:*

“Lo que constituye nuestra vocación, nuestra misión, es el mayor grado de empeño al servicio de Dios y de las almas, la entrega, a toda prueba, al servicio de Dios, a su gloria, a su amor, a su misericordia infinita; y el arrojo, don particular y especial de la caridad sacerdotal, de celo, ante las obras más difíciles...Es una ofrenda, sin límites de nosotros mismos”.

• **Los hechos en la historia de la Congregación**: Los Oblatos han respondido con generosidad al ideal apostólico del Fundador, ya en Francia, ya sobre todo, en el norte del Canadá, en Sri Lanka y en África del Sur; se han entregado hasta el punto que el Fundador no ha tenido necesidad de insistir mucho sobre eso, excepto con Mons. Allard y algunas veces con el P. Semería. Ha continuado, sin embargo, encareciendo y proponiendo este ideal hasta el final; Eugenio es el testigo conmovido por el celo intrépido de sus hijos, que agradece continuamente al Señor.

El 17 de febrero de 1859, desde París, donde está solo, escribe al P. Mouchette, director de los escolásticos en Marsella*:*

“Me parece ver en cada escolástico un apóstol llamado, por un exquisito favor de la misericordia de Dios, como aquellos que escogió nuestro Señor a su paso por la tierra, para lanzar a todos los vientos la buena noticia de la salvación: en Europa para despertar a los pecadores que se han olvidado o nunca han comprendido que eran cristianos; en otros países lejanos para anunciar y presentar a Jesucristo y abrir la puerta del cielo a tantos pueblos paganos que, sin nosotros, nunca hubiesen conocido ni amado a Dios”.

Se maravillaba ante esta vocación y sus frutos. El 8 de enero de 1847 escribía al P. Ricard, superior de Oregón:

“No le digo nada de lo que tiene de magnífico, a los ojos de la fe, el ministerio que va a realizar. Hay que remontarse a la cuna del cristianismo para encontrar algo parecido. Os habéis asociado a un Apóstol (Mons. Blanchet) y las mismas maravillas, que fueron realizadas por los discípulos de Jesucristo, se renovarán en nuestros días por vuestro medio, queridos hijos, llamados entre tantos otros por la Providencia, para anunciar la buena noticia a tantos hombres que son esclavos del demonio...que no conocen a Dios. Ese es el verdadero apostolado que se renueva en nuestros tiempos

Idénticas palabras dirige al P. Faraud, en el Noroeste, el 28 de mayo de 1857*:*

“Hay que inclinarse ante Ud... Es Ud verdaderamente privilegiado, porque ha sido elegido, entre tantos, para realizar estos milagros de conversión entre los paganos”.

Los Oblatos han sido verdaderamente hombres de un celo ardiente, de una audacia heroica, sobre todo en el Canadá. En 10 años han trabajado en todo el Canadá, del Este al Oeste (6.000 km.), del sur al Norte (4.000 km.). En 1864, el P. Grollier morirá joven después de haber plantado la Cruz en la extremidad del Norte de la tierra, y se sentía feliz...

Y la tradición se ha mantenido en la misma estela. Pio XI podrá llamar a los Oblatos: especialistas de las misiones difíciles:

“Entre vosotros la caridad...y fuera el celo... Este espíritu es el alma de vuestra alma”

(Audiencia, cf. Missions, 66, 1932, pg. 675).

Y más cerca de nosotros, Juan Pablo II ha repetido a los capitulares el 2 de octubre de 1986:

“Ha sido grato para mí echar una mirada a los trabajos preparatorios de este Capítulo. He notado una convergencia manifiesta de las diferentes regiones de la Congregación hacia un trabajo misionero comunitario, más netamente consagrado a las poblaciones más desfavorecidas, incluso a costa de sacrificar compromisos más personales. Esta primera convergencia hace aparecer otra, a saber, la acentuación o incluso la recuperación de una verdadera vida comunitaria, transparente, fraternal, gozosa, abierta, y por consiguiente, generadora de fervor para vuestra vida religiosa y apostólica.  
Desde hace 160 años, los Oblatos de María Inmaculada, por su parte, han escrito un maravilloso capítulo de la historia misionera de la Iglesia contemporánea, desde el Gran Norte al ecuador. Permitidme mencionar la gran figura de Mons. Vital Grandin en el pasado, y el valiente Presidente de la Conferencia episcopal de África del Sur, Mons. Hurley, en nuestros días. Doy gracias a Dios, al saber que hoy, un gran número de Oblatos, deseosos de entusiasmar a todos sus hermanos, quieren abrazar de lleno el ideal que ha llevado a su Beato Fundador a una aventura evangélica misionera, cuyo sorprendente desarrollo no se atrevería a imaginar, considerados los múltiples obstáculos encontrados en su camino… Hijos de Eugenio de Mazenod, cuyo celo por el anuncio del Evangelio ha sido comparado al viento del mistral, herederos de un linaje casi bisecular de Oblatos apasionados por Jesucristo, dejaos más que nunca atraer por las muchedumbres inmensas y pobres de las regiones del tercer mundo, así como por este mundo occidental sumido en la miseria y a menudo en la ignorancia de Dios”.

1. [↑](#endnote-ref-1)
2. [↑](#endnote-ref-2)
3. [↑](#endnote-ref-3)
4. [↑](#endnote-ref-4)
5. [↑](#endnote-ref-5)
6. [↑](#endnote-ref-6)
7. [↑](#endnote-ref-7)
8. [↑](#endnote-ref-8)